

HERMENTERIA

POESIAS

DRPS
FA
457



UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitaria



0500763337

ARMENTERIA

POESIAS

1870

Ex Libris



Russell Perry Sebold III

FL DRYS FA 10457

0500763337

POESIAS.

San Pedro

POESIAS

DE

D. MARIANO DE REMENTERIA

Y FICA,

Me quoque Musa levat.

OVID.



MADRID:

IMPRENTA DE BCIX, EDITOR.

—
1840.

A MIS AMIGOS.

¿Que podié deciros, amigos míos, del contenido de una colección en que tiene mas parte mi natural afición à los estudios amenos que el conocimiento y disposiciones para un arte, cuyas dificultades conozco? Vosotros sabéis muy bien que considerando à la Poesía como un puro desahogo de otras tareas, he mirado constantemente mis producciones en este género con tanta indiferencia, que he perdido la mayor parte de

Es propiedad de don
Ignacio Boix, y está
bajo la proteccion de las
leyes.

los originales, dejándolos correr libremente entre las manos de quienes los apreciaban, fascinados tal vez por la pasión; pero no he podido disenterme de los gratos recuerdos que me excitaban algunas de mis juveniles composiciones que conservaba en la memoria, añadiendo á ellas otras posteriores, con las que he formado este volumen. En las estraviadas pocas ó nada habrán perdido las letras; en las existentes he encontrado el medio de ofrecer un recuerdo á la amistad, y recordar momentos de satisfacciones ó de

contratiempos. Conozco que en vuestros tengo Meccenas hasta benignos, cuya indulgencia me compensa ampliamente del severo juicio del público, à que gratuitamente se espone el que osa presentarse como poeta al mismo tiempo que genios muy superiores al suyo, y en un siglo delicado y no viscoso en las artes de imitación.

Como quiera que sea, yo voy á arrostrar su sentencia, consolándome la idea de que cuantas veces paseis la vista por este tomito, y mientras no os presente producciones mas importantes, penséis

*en mi; y de que cuando la ausencia à la muerte me separe de vosotros, digais en vuestro corazon:
No se ha ido, no: está todavía con nosotros nuestro amigo*

REMENTERIA.

(9)

ODAS BÁQUICAS.

A D. MARIANO DE EGUIA.

Tú que la patria cantas
con lira sonora,
el pundonor antiguo
y la fé nunca rota ;
Suspende por un rato
tus canciones heroicas ,
y de tu frente quita
la bélica corona.

De mi mano recibe
el nardo con las rosas ,

(10)

la mi báquica lira ,
con la colmada copa.

Si pulsarlas te dignas
entonando mis odas ,
no al venusino envidio ;
no envidio al de Verona.

A Anacreonte.

¡Oh feliz Anacreon
que dulzorar supiste
los males de la vida
con tus alegres brindis!

Coje, coje la concha,
y los cantos repite
que atónita la Grecia
oyéra en sus festines.

No pares, sabio viejo:
no ceses, blando cisne,
que ya pronto te tengo
el jugo de las vides.

En trasparente copa
aromas mil despidе,

(11)

de pámpanos ceñido ,
de rosas y jazmines.

Yo, cantor de las Gracias,
la taza he de servirte ;
tú en cambio, de tus odas
dime el secreto, dime.

De los viejos.

Los viejos regañones
me dicen de continuo :

«La cítara y la copa
»deja, deja Mirtilo.»

Pero yo les respondo
al son del caramillo :

«Primero su corriente
»han de tornar los rios,

»El sol dará tinieblas,
»el Vesubio granizo,

»y dejareis vosotros
»rarezas y caprichos,

»que yo la lira deje ,
»que deje el dulce vino.

A Doris.

En mina el avariento
quisiera transformarse,
y los duros guerreros
en afilado sable.

Las muchachas en rosa
que aspire olor fragante,
y los viejos ceñudos
en azote de alambre.

Y yo ¿ qué desearía?
Yo en el vaso mudarme
que mi Doris aplica
á sus finos corales.

El valor.

Como valor heróico
nos pintan el del César,
pasando á la Calabria
con mal segura vela.

Las ondas nos describen
que inundan la cubierta,
y amenazan al héroe,
y él amenaza á ellas.

Pues, sus, para que canten
tambien de mí proezas,
quiero beber, y luego
lanzarme á la mar fiera.

Verán como animoso
insulto las tormentas,
y de Baco guiado,
me igualaré con César.

Del beber.

Dame la taza tuya
mas honda que la mia,
y del risueño Baco
gocemos las caricias.

Por cierto ¿ qué nos prestan
las ciencias y doctrinas
de filósofos serios
ni la su parca vida?

Allá se lo hayán ellos
con todos sus sofismas ,
malogrando las horas
que el cielo nos envidia.

Nosotros entre tanto
con placentera risa
llenaremos cantando
la copa cristalina ;

La copa , en cuyo fondo
sin egipcios enigmas
estudiára el de Teos
la verdadera dicha.

El Sol y Yo.

Cuando Febo sus luces
muestra por el oriente ,
amenazando fiero
abrasar ambos ejes ,

Saco yo la mi copa
sobre la yerba verde ,
y del licor sabroso
la liberto mil veces.

Aumenta sus ardores
en la mitad del eter ,
y yo doblo los sorbos
con mano diligente.

Hasta que sonrojado
de no poder vencerme ,
en los mares se lanza ;
y yo en los brazos de Egle.

Poder de Baco.

Aquel á quien da Baco
su fuerte patrocinio ,
la suerte desafía ,
ni teme los peligros.

De mí sé que una noche
marchaba bien bebido
por una estrecha senda ,
cercana á un precipicio :

Tropecé por desgracia ,
caí por todo el risco ,
y á fé que era escabroso
y lleno de mil picos :

Mas ni sentí dolores,
ni el susto daño me hizo;
hasta que al otro día
del sol el claro brillo
me despertó, y halléme
en un charco tendido.

A Rocio por navidades.

Rocio, fuera cuidados:
fuera, Rocio, pesares,
y llévelos el cierzo
que hora furioso bate.

Prepara la vihuela,
disponte á los cantares,
y las henchidas copas
sin número reparte.

Tal obro en estos días;
y mientras firmes arden
en el hogar los leños,
no hayas miedo que falte
en mi mansion humilde
los brindis y los bailes.

En medio de la rueda,
cual agitado vate
á quien supremo numen
hacer fecundo sabe,

Con mi cítara digo:
«Placer por siempre amable:
»que habitas con nosotros,
»vé, traspasa al instante
»Montes, selvas y rios,
»y con Rocio reparte
»la feliz negligencia,
»la paz y los cantares.

«Que lo pasado olvide;
»que lo presente halague;
»ni, cuerdo, á lo futuro
»pretenda dar alcance.

«Díle que viva alegre:
»díle que beba facil:
»pues así le desea
»Mirtilo Navidades.

A una ponchera.

Tú sabes, oh ponchera,
como del ponche gusto,
que tenga color de oro,
y poco ácido zumo.

Mas siempre descuidada
me le haces tan insulso,
que no siento en mi pecho
los báquicos influjos.

Venga, venga la jarra,
verás como en un punto
yo me le confecciono
cual el ingles mas ducho (1).

Y despues de apurados,
segun lo que acostumbro,
ocho vasos cumplidos
como si fuese uno,

(1) Alude á la costumbre que hay en las romerías de Vizcaya de ponerse en el campo mesas asedísimas en que se sirve el ponche.

Cantaré de Liéo
los agraciados triunfos,
y al sexo delicado
que mas que el fuerte pudo.

Y luego entreverado
en los bailes confusos
que corren por las selvas
al son del parche rudo,

Daré saltos y gritos
de regocijo mucho:
hasta volver á casa
entre uno y otro tumbo.

A todas.

Si de las rubias canto
severa á Lisis miro;
y á Dorilis ceñuda
si de las blancas digo.

Añada me desdeña
si algun metro dedico
á la trigueña Filis,
la del mirar ladino.

Necio llamóme un día,
 Belisa porque un himno
 compuse á los azules
 ojuelos de Calipso.

Y ésta no me saluda
 porque llamé divinos
 los de la amable Cloe,
 señuelos de Cupido.

¿Pues qué he de hacer, hermosas,
 si todas cuantas miro,
 por Baco entusiasmado,
 me pareceis prodigios?

A todas quiero, á todas:
 las blancas cual armiño,
 las, como Febo, rubias,
 las de color de trigo,

Las de los negros ojos,
 las de ojos cerulinos;
 que Amor no diferencia,
 variable en sus caprichos,
 y Baco llama á todas;
 y á Baco y Amor sigo.

De las vides.

¡Bien haya el que primero
 dulces vides plantara,
 y quien su grato jugo
 embarriló bien haya!

Que no con su doctrina
 la Grecia celebrada,
 ni de Roma los héroes
 con ambiciosas armas

Lograron una dicha
 tan libre de la Fama,
 como yo, que tendido
 bajo sombrosas parras,
 estudio con las copas,
 guerroo con muchachas.

A Egulio en sus dias.

El vaso que guardado
 con cuidadoso esmero
 solo por navidades

de licor se ve lleno,

He de sacar, Eguilio,
y con báquico esfuerzo
agotaré su fondo

mil veces y otras ciento.

Otras cien y mil veces
cantaré placentero
tu natalicio día,
á los cielos pidiendo
que otros mil y cien años
felice te miremos.

A los amigos.

¿No me direis, amigos,
por qué tan enojados
que á Cupido celebre
me improperais y á Baco?

¡Que! ¿quereis que yo corra
á la lid indignado,
llevando con mi acero
desolacion y llantos?

¡Que! ¿quereis que yo viva

cual insaciable avaro,
las noches en vigilia,
los dias con cuidados?

¡Que! ¿quereis que procure
subir á puestos altos,
para cuanto mas suba
dar luego mas porrazo?

¿Que quereis, pues, tontuelos?
Colmad, colmad mi vaso:
y pase yo mis dias
bebiendo y requiebrando.

La edad.

De pámpanos ceñido
entre gallardas ninfas,
quise cantar, y muda
hallé mi blanda lira.

Púsela cuerdas nuevas,
redoblé la clavija;
pero ni asi sonaba
cual un tiempo solia.

Severa voz en esto

escucho que me grita:

»¿Serás siempre muchacho?

»¿cuatro lustros no miras

que te llaman ansiosos

»á mas altas fatigas?

Dijo, y en aquel punto

la pobre lira mía

mis ojos la miraron

en trozos dividida.

Pues á Dios, dulces odas;

de mis ocios delicias;

y mas tiernos muchachos

nuestros asuntos sigan.

SONETOS.

LA NOCHE.

¡Cuál silva el ruiseñor en la oscuridad!
¡Cuán balagüeño el céfiro se siente!
¡Cuál se ostenta la luna refulgente
retratada del lago en la onda pura!

¡Cuál parece dormida la natura,
y que su sueño arrulla blandamente
el pausado susurro de esa fuente,
y la quietud de la alameda oscura!

De tan gratos objetos inflamado
mi espíritu se agita, y al momento
celebrarlos quisiera el numen rudo;

Mas si torno á mirar con mas cuidado,
cantar no puedo aunque cantar intento,
y en éxtasis de asombro quedo... mudo.

LOS BIENES RUSTICOS.

Al pie de una purísima fontana,
á la que ciñen pámpanos umbrosos,
tengo yo la mi choza, y tres viciosos
novillos que se pintan de oro y grana.

Suben hasta la rústica ventana
los pomos de los árboles frondosos:
tengo al hogar enebros olorosos,
y cerca una colmena que se afana.

Tengo del ganadillo en centinela
A *Leal*, que danzar suele conmigo
al son del caramillo concertado:

Tengo un vaso de corcho, y churumbela:
al dulce Eguilio tengo por amigo,
y no se aparta Antimia de mi lado.

DE VALINO.

En este bosque que mis tristes ojos
miran con ansia y con letal quebranto,
sonó, Valino, nuestro dulce canto
ahuyentando del alma mil enojos.

Aquí ceñimos los cabellos rojos
con oloroso trebol y amaranto,
y allí al tender la noche el pardo manto
partimos de la caza los despojos.

En este arroyo que te está llorando
con la tuya se holgaba mi manada,
y ahora que te robó la parca impia

Todo, todo conmigo está clamando:
*¡Oh dulce prenda por mi mal hallada,
dulce y alegre cuando Dios queriala!*

LA NATURALEZA.

En su admirable obrar naturaleza
el vasto cuadro sin cesar varía:
de júbilo y de luz decora el día,
tras él la noche en su tiniebla empieza.

Llega el invierno y su mortal tristeza
envuelve al campo en palidez umbría;
pero torna por Mayo la alegría,
del aquilon vencida la braveza.

Nada pues en su círculo infinito
en el bien ni en el mal es permanente;
verdad que no atempera mi conflicto:

Pues mi mal durar veo eternamente,
y soy quizá exepcion de lo prescrito,
ó en mi naturaleza se desmiente.

EL TRUEQUE.

ANFRISO, FILEMON.

A. ¿Qué quieres que te dé por la cayada
de cintas y arrayan embellecida?

F. Es la cayada prenda de mi vida.
Anfriso amigo, no la doy por nada.

A. Un manso pinto tengo en mi manada
y en mi vergel una paloma anida:
un pellico tambien de piel teñida:
todo te lo daré si es que te agrada.

F. Si sobre eso me dieras tus alanos,
el rabel y sombrero de colores
que Lalage te dió con su divisa,

Yo me conformo, démonos las manos.

A. Dámelas, Filemon, con mil amores.

F. Quitate allá, bobon, que es de mi Elisa.

A TIRSIS

EN UN INFORTUNIO.

Mira , Tirsis , el campo de flores
vimos por Mayo en torno coronado ;
al furor de diciembre despojado ,
la pérdida gemir de sus verdes.

Mudas las aves , mudos los pastores ,
y con ellos está mudo el ganado ;
y en pálida blancura se ha trocado
la gaya variedad de sus colores.

Solo el laurel , la yedra y el espino
nos recuerdan la alegre primavera
entre el lúgubre velo de natura.

Cuerda leccion el campo nos previno ;
que aun queda la esperanza lisongera ,
si la suerte nos es , Tirsi , tan dura.

A UBALIO.

¿ Ves , Ubalio , la cumbre floreciente
que domina á lo lejos esta vega
donde favonio con las flores juega ,
mientras que lanza Febo el rayo ardiente?

¿ Ves esa en su principio humilde fuente
que apenas las ocultas yerbas riega ,
como sobre las peñas se despliega
ya transformada en rápida corriente?

Aquí nuestra florida primavera
vió los dias felices de inocencia
del gozo y de la paz acompañados :

Cual su cumbre crecimos placentera:
favonio y raudal fué nuestra existencia,
y somos... ¡ ay!... torrentes despeñados.

LA CHOCITA.

Viví feliz en la chocita mia
con pobre industria y rústico alimento,
y como al canto y la labor atento
cierta opinion de mi se difundia,
viví feliz en la chocita mia.

Mas vencióme el orgullo y ya nutria
de abandonar el hato el necio intento ;
pisé alcázares regios, y al momento
despreciado me ví , no cual un dia.
viví feliz en la chocita mia.

Perdiendo el fruto de mis verdes años
con la virtud, los bienes verdaderos
dejé á cambio de duros desengaños
perdiendo el fruto de mis verdes años:

Dolor, oprobio y dias lastimeros
solo me restan; y al sentir sus daños
¡ay! dije, nunca tuve en los oteros
dolor, oprobio y dias lastimeros!

LA TARDE.

Undido el sol en ondas espumosas,
ecrecen las sombras por el verde suelo;
y las aves, dejando el raudó vuelo,
tornan á sus hijuelos cariñosas.

Huyen las nubes de arrebol graciosas
y queda terso el serenado cielo,
mientras se corre el vespertino velo
por manó de las horas deliciosas.

Deliciosas al viejo Melibeo,
que vuelve paso á paso á su cabaña,
de sus hijos y rústicos seguido:

Deliciosas á aquel cuyo deseo,
Ageno de ambicion, lucro ni saña,
en su propia inocencia está escondido.

LA FUGA DEL TIEMPO.

Yo ví en un campo al asomarse el día
una sombra vagar de altura fiera:
ansioso la seguí, que no debiera,
y al quererla coger ya no existía.

Por un prado pasé que en lozanía
emulaba á la misma primavera,
y hallé al volver su amenidad primera,
trocada en aridez triste y baldía.

¡Tal es del hombre, prorumpí, el destino,
á fugaz existencia condenado,
y en ella siempre de su fin vecino!

Ya mi vigor los años se han llevado:
sombra los días son en que declino,
y yo la seca yerba de ese prado.

A LAS MUSAS.

Perdon, Musas, perdon si por mi daño
abandonaros pude descreído,
dando vuestros favores al olvido
para ciego correr tras un engaño.

Ya vuestras plantas con mi lloro baño
y presto á vuestra voz dócil oído:
ya de yedra las sienas he ceñido
y alegre cantaré mi desengaño.

Que en ricas urnas las silvestres flores
mueren, y el ave en la fontana fria,
y el pececillo en la dorada arena.

Y quien probó una vez vuestros dulzores
¿qué alcanzará, si de ellos se debía,
sino tristeza, cuita, llanto y pena?

EL ARROYO.

Claro arroyuelo que en silencio giras
y en la márgen florida te adelantas:
tribútante sus ámbarés las plantas,
y te ofrecen los pájaros sus liras.

Mas con helada indiferencia miras
tan ricos dones, armonías tantas;
y tú que el bosque con tu curso encantas,
solo por despedirte de él suspiras.

¿Por qué tanto desden, claro arroyuelo?
¿qué te falta en tu orilla placentera,
¿ó que te sobra á donde va tu anhelo?

No es mi centro, respondes, la ribera;
y pues que para el mar me crió el cielo,
fijar él solo debe mi carrera.

A LA LIRA.

¿Por qué mi voz provocas, lira mía,
y pasadas memorias renovando,
á requerir me empeñas tu eco blando
que fué á mis versos dulce compañía?

Pasó ya de mi edad la lozanía:
pasó el placer y su risueño vando:
en el mezquino corazón dejando
¡ay! larga copia de tristeza impía,

Recuerda de tu engaño, lira triste,
y á discreto silencio te condena,
dócil siguiendo la contraria suerte:

Que no soy yo, ni tú eres lo que fuiste:
y temo que pulsada de mi pena
solo respires ayes de ansia y muerte.

EN UNA AUSENCIA.



Sin alma quedas, corazón cuitado,
que toda se va en pos de aquella hermosa,
á quien miraste en hora venturosa;
de quien te apartas en momento airado.

De tu existencia en el postrero grado,
exala ya la queja lastimosa,
cual al ponerse el sol marchita rosa
sus últimos perfumes deja al prado.

El tierno suspirar, las ilusiones,
los deliquios de amor, y las querellas
que ya no encontrarán quien las recoja...

Gózenlas venturosos corazones;
tú, fiel siguiendo de la flor las huellas,
vélas dejando caer hoja por hoja.

CANTINELAS.



MI GUSTO.

Tenga en buen hora
su trompa Homero:
suene con ella
marcial estruendo.

Doctas edades
por digno premio
le adornen gratas
de lauro eterno.

A sus pies pongan
clarín y yelmo,
fulminea espada,
dorado plectro.

Yo no ambiciono
su honor supremo,
pues no respiro
tan sacro aliento.

Cantor sencillo
del campo ameno,
con violas simples
lucir deseo.

Mi busto pongan
libre de arreos
en gruta oculta
de musgo y sérpul.

Grata frescura
aspire el centro,
do no entren luces,
sino reflejos.

Sus plantas bese
un lago terso,
donde los cisnes
jueguen traviosos.

Y por al lado
con curso ledo
de lo alto jiren

dos riachuelos.

A sus umbrales
los sauces tiernos
con los jazmines
formen un techo.

En cuyas ramas
tengan su asiento
los blandos nidos
de mil guilgueros.

Por el contorno
se sienta el eco
de los enjambres
que llama al sueño.

Y este sitio amen
los zagalejos
cuando en la siesta
se encienda Febo:

Y aqui á posarse
venga el buen viejo,
y mil historias
cuente á sus nietos.

El sabio acuda,
que en el silencio

meditar gusta
grandes objetos.

Y los poetas
que aman lo bello,
aquí se aparten
del vulgo necio.

Al numen llamen,
mas no al guerrero;
sino al que inspira
blandos acentos.

Y al ver mi busto
medio risueño,
piensen que escucho
sus dulces versos.

De mi niñez.

Entre los verdes juncos
del breve Manzanares,
infantillo inocente
yacía en mis pañales.

Su deidad la cabeza
sacó de los cristales,

y llamando á Cirene
asi le dice afable:

«Aqueste pequeñuelo,
»hijo de nuestros lares,
»los hados determinan
»que á la Cantabria pase.

»A mitad de su lustró
»á Nervion llevarasle,
»á Nervion, que sus aguas (1)
»con el Oceano parte.

»Crecerá en su ribera
»entre bienes y males
»engañando sus penas
»con tonos agradables.

»Hasta que en otro tiempo
(el cielo le adelante)
»La patria que abandona
»pueda atenta escucharle.»

Asi dijo, y llenóme
el seno de corales,

(1) El río Nervion baña á Bilbao, y desemboca en el Oceano á casi dos leguas de aquella villa.

y de lágrimas tiernas
cual amoroso padre.

La diligente ninfa
las aureas alas bate,
y me trae á estas playas,
do suenan mis cantares.

A Lidia.

Cref que mis pesares
el tiempo aliviaria,
haciéndote mas fácil,
ó menos bella, Lidia.

Mas tu creces en años,
y creces en ser linda;
y crezco yo en amores
cual tu creces en ira.

Cede el leon al tiempo,
cede el tigre sus iras,
¿por qué pues la hermosura
no ha de ceder lo esquiua?

Sin duda que ser debe
eterna mi desdicha,

si nunca tu belleza
ni tu rigor declina.

Asi muy mas te adoro
cuanto eres menos niña;
asi cuanto mas bella
es peor la suerte mia.

A un Gilguero.

Al fin con tus quejidos
y lastimero lloro
consigues cuanto quieres,
gilguerillo gracioso.

Ea, quiero sacarte
de hierros, y que pronto
la libertad disfrutes
volando por los sotos.

Mas mira, cuitadillo,
no con el gusto loco,
descuides el peligro
y pierdas tu reposo.

Huye de los reclamos
los sones engañosos,

ni fies de las ramas
que tengan blanco lodo.

En paz vuelva, gilguero :
y pueda yo gozosó,
escuchar en la vega
tu cántico sonoro.

El pago de Amor.

Cual simple zagalejo
perdido por un valle,
ví al Amor en la fragua
de Vulcano su padre.

Llamóme y así dice :

«Zagalejo agradable,
»solo estoy y no tengo
»quien el fuelle levante.

»Y pues vagas ocioso,
»puedes acompañarme,
»que por mi madre Venus
»te juro he de pagarte.

Yo dócil me someto,
los secos leños arden ,

y las flechas aguza
en menos de un instante.

Al fin de la tarea
le pido me despache,
y según lo pactado
el mi jornal me pague.

Entonces coge el arco,
bandéalo con aire,
y una acerada flecha
el tierno pecho me abre.

Yo lloro, y él riendo
me responde : «Ignorante,
»de todo el que me sirve
»esos son los jornales.

La ciudad y el campo.

Huyamos sin tardanza,
huyamos, musa mía,
á los tranquilos bosques,
de la ciudad maldita.

Siquiera los ilusos
á cuyos ojos brilla

su falaz hermosura
do la maldad se anida,

Se burlen de mi intento
con inhumana risa,
misantrópo me llamen
y en su delirio sigan,

Que tiempo ha de llegarles
cuando la suerte impía
la venda engañadora
arranque de su vista,

Tambien yo en algun tiempo
con candidez sencilla
juzgué mansas palomas
las sierpes de la Libia.

Miré al mar, y prendado
de su faz cristalina,
en malhadado punto
fiéle mi barquilla.

Ornar pensé mis sienes,
mil rosas se ofrecian,
y no creí al cogerlas
punzarme en sus espinas.

Mas hora el desengaño

con blanda voz me avisa
evite una morada
del cándido enemiga;

Do á la virtud contrahace
la fea hipocresía,
y arranca la balanza
el oro á la justicia;

Do el mérito lamenta,
y la ignorancia brilla,
y el vicio protegido
sobre la ley domina;

Do despiadado el padre
al hijo sacrifica,
y el yugo los esposos
odian que los fatiga;

Donde la fé es delito,
destreza la malicia,
oprobio la pobreza,
y mérito la intriga.

Donde... pero ya basta:
que el labio se fatiga
en referir los daños
que el alma martirizan.

(50)

Escenas muy mas gratas
á mi pincel se brindan:
¡quién trazarlas pudiese
como son en sí mismas!

Sí: la fresca mañana,
el claro medio día,
la silenciosa siesta
y las sombras tranquilas;

Los riscos coronados
de gayas florecillas,
y el trasparente lago
que los contornos pinta;

El coro de las aves
en la floresta umbría,
y el eco repitiendo
las voces campesinas;

La luna que su disco
asoma en la colina,
encanto de las noches,
del desdichado amiga;

La nieve que en vellones
cubre la ancha campiña,
y huyen de ella á los chozos

(51)

las aves ateridas;

¡Ay esta escena varia,
por mas que la repita
diestra naturaleza
cada año á nuestra vista,

Nuevos encantos tiene
que los males olvidan,
de la paz destructores
en la ciudad maldita.

Al mes de Mayo.

Salve, Mayo florido,
mil y mil veces salve,
dador de la alegría
en monte, vega y valle.

A gozar tus presentes
zagalas y zagales
á la sombrosa estancia
de esta alameda salen: (1)

(1) Sucinta descripción del paso del *Arenal* en Bilbao, muy concurrido en los días festivos.

Donde los altos tilos
que amenazan los aires ,
de relucientes hojas
visten su airoso talle ,

Y el oloroso espino
la blanca flor esparce
remedando al granizo
que por Enero cae.

El copado castaño
estiede entre el follage
erguidos ramilletes
que el cefirillo bate:

Y de unos en otros
la turba revolante
se incita y se provoca
con músico language.

¡Cómo al mirar su bosque
Detiene los raudales
Nervion y entre las ovas
se goza en saludarle !

¡Cuál rie al ver sus hijas
ufanas solazarse
en pláticas sabrosas

con uno y otro amante !

Quienes en lazo amigo
corren las verdes calles ,
llevando tras sus huellas
hidalgas voluntades.

Las otras reposadas,
de amor duros combates
se refieren amigas ,
esperando el enlace
que risueño Himeneo
teje á sus voluntades.

Cual hay que atisva cauta
á que cercano pase
el zagal que la sirve
y enrojece al mirarle ;

Mientras otra sencilla
entre todos reparte
las flores que á la aurora
cogiera vigilante.

¡O bosque deleitoso ,
mansion de mil beldades !
mayor será tu hechizo
en la tranquila tarde;

(54)

Cuando las sombras crezcan ,
cuando Diana te aclare ,
cuando aspire el favonio ,
cuando mi Antimia pase.

A un pajarito.

No pienses, avecilla,
no pienses que te miro
por ascechar tu lecho
y robarte los hijos:

Que no naturaleza
pecho tan diamantino
me diera para siervo
del vendado Cupido.

Yo, cual tú, namorado,
á mi zagala sigo:
cual tú tierno la adoro,
cual tú mi mal le digo
ya en cánticos gozosos,
ya en dolientes suspiros.

No pues te me receles,
hermoso pajarillo:

(55)

cuéntame tus pesares:
yo te diré los míos;
asi nuestros quebrantos
tendrán algun alivio.

El calidescopio.

Mira, Dorilis bella,
mira ese tubo hermoso,
donde sin fin de objetos
admirarán tus ojos.

¿Qué ves, dime, querida?
¿diamantes? ¿perlas? ¿oro?
¿y hora estrellas fulgentes?
¿y hora nevados copos?

¿Le mueves y te pasmas
de ver salir tan pronto
caprichos diferentes,
y despues otró y otros
al leve movimiento
de tu brazo donoso?
¡Ay Dorilis! suspende;
tu pasmo silencioso,

y mi pecho escudriña
en su interior mas hondo.

Verás allí pintados,
mejor que en vidrios cortos,
muchedumbre de objetos:
la risa, el gusto, el lloro,

La calma, los recelos,
variados en cien modos
á solo un movimiento
de tu celeste rostro.

Deja pues ese lente:
contempla bien estotro,
que es para los amantes
mejor calidescopio.

Recuerdos.

Laud de amor sonoro,
vuelve á mis manos vuelve,
y con memorias tiernas
mi esquivo mal divierte.

¡ Cuán acordes tus nervios
sonáran otras veces,

cuando Amor te tempabla
al tono de mi suerte!

Pasó tan feliz era:
¡ ay ! pasó para siempre !
que el bien de los mortales
no es mas que soplo leve.

Abandonado yaces,
tu dueño está igualmente:
huyó Amor de su lado,
él calla y tú enmudeces.

Mas si el cielo piadoso
vigor aun le concede
para trazar el cuadro
de sus pasados bienes;

Si un sueño delicioso
consuela al mas doliente,
por mas que el mal agrave
apenas se despierte,

Soñemos de consuno,
soñemos, y á mi mente
un pasagero alivio
tus consonancias presten.

Tal vez céfiro amigo

los tristes ecos lleve
á mi hermosa enemiga,
y á conmoverta acierten.

Tal vez al escucharlos
moje su faz de nieve
llanto mal reprimido,
traidor á sus desdenes:

Y diga: «Quejas tales
«solo las da quien siente
«golpes de la desdicha,
«que á los mas firmes hieren.»

La mirada.

¡Ay cuán necio presume
quien del amor se burla,
que en pueril apariencia
su tiranía oculta!

En juveniles años,
dado todo á las Musas,
juzgué vanos delirios
de amor las amarguras:

En vano Dositeo

contábame de Julia
rigores increíbles
en plácida hermosura:

Y mi risa escitára,
cuando de pena muda
Cefisa me dijera
sus amorosas luchas.

Y si bien compasivo,
á su llorada angustia
presté fácil oído
cual amistad lo inculca,

Mi corazón estóico
fallaba su ternura
de afeminado afecto,
que la razón inculpa.

Así libre vagaba,
y una tarde entre muchas
que del Nervion orillas
al despuntar la luna,
de ninfas y pastores
giraba entre la turba,

Al volver la cabeza,
(¡oh la volviera nunca!)

(60)

una fugaz mirada
de pronto me deslumbra.

No es que quedára ciego,
cual el que necio busca
en la solar hoguera
cebar su vista turbia;

Sino como el que viendo
la faz cándida y pura
del luminar afable
que por la nóche alumbra,

En delicioso arrobó
contempla su hermosura,
y cuanto mas la mira,
mas de mirarla gusta.

Suspenso, enagenado,
la lengua al punto muda,
mi planta titubea,
veloz el pecho pulsa,
y cierto dolor dulce
mi corazón ocupa.

En él vibró la cuerda,
hasta entonces oculta,
sonando: «el cielo ordena

(61)

«que Antimia sea tuya.»

¡Mirada encantadora,
que súbito me inunda
de mil celestes gozos,
que en nuevo ser me mudan!

¡A Dios gratos estudios!
¡A Dios holganzas puras!
¡A Dios paz, no apreciada
cuando feliz abundas!

El halagüeño velo
con que su faz oculta
la deidad mas terrible
que al corazón subyuga

Cayó, y despavorido
el ara vi desnuda,
á donde en sus misterios

Amor nos inaugura.
Misterios de esperanzas
que el ánimo conturban;
misterios de deseos
mezclados con mil dudas;

Y de quejas y llantos,
que halagan, y que asustan...

¡Ay cuan necio presume
quien del amor se burla!

La Higuera.

Otoño delicioso ,
que los fuegos templando
del encendido estío
con soplo regalado ,

En pos de sus rigores
vuelves á reinar grato ,
y con Pomona unido
sus frutos das al campo:

Tente , y no fugitivo
me robes en tus pasos
las mas dulces memorias
á un corazon llagado.

No orgulloso te pido
que con aliento blando
mi numen vivifiques ,
cual el del vate sacro
que Albion miró en su orilla
trazar sublimes cuadros ;

Ni menos que la vista
de tus bermejós ramos
dulce melancolía
al ánimo inspirando ,

La tibia voz modulen ,
que entre fúnebres llantos
del cantor de Narcisa
el ¡ay! digan amargo.

Y no porque me falten
objetos que ocuparon
en mi sensible pecho
lugar privilegiado:

Que ¿ cuál es el viviente
tan ageno de daños ,
que no pida á la tumba
del alma algun pedazo ?
Sino porque mi númen
de la desdicha esclavo ,
sentir sus males sabe
mas bien que no espresarlos.

Aun me es dulce la vida
mientras lloroso trazo
de mis antiguos bienes

recuerdos siempre gratos.
 Entre ellos... rubio Otoño,
 (¿ por qué al tiempo engañando
 no echaste raiz eterna
 en mis floridos años?)

Al pie me considero
 del árbol mas amado,
 testigo de mis gustos,
 tesoro de mis llantos.

Bajo sus anchas hojas
 de verde barnizado,
 en feston recortadas
 sobre robusto tallo,

Sus lecciones primeras
 me dió el antiguo Lacio,
 templando la aspereza
 de exóticos vocablos
 con sus fáciles chistes
 el Lafonten hispano.

Allí tambien de Roma,
 ya joven mas lozano,
 encomendé á la mente
 el código sagrado;

si bien tímido el pecho
 prefirió á sus arcanos
 del poeta del Tormes
 los deliciosos cantos.

Y en un rústico asiento,
 formado por mis manos,
 sentí el primer impulso
 del délfico entusiasmo.

Allí... ¡ triste memoria!
 (ya un incendio mas sacro
 el pecho devoraba
 con deleitoso halago)

Mil veces asomarse
 miré al objeto amado
 á la ventana amiga,
 de mis miradas blanco.

Y al despuntar la aurora
 sus rosicleres albos,
 al corpulento tronco
 trepára y de los ramos
 cuidadoso elegia
 los frutos sazonados,
 que luego repartidos

en rústico canasto,
 á mi prenda querida
 los presentaba ufano.

De mi cariño emblema,
 en su verdoso manto
 miré de la esperanza
 los inmortales rasgos;

Y el fuego de mi pecho
 el interior rosado
 del fruto me ponía
 por entre grietas claro.

«Antimia, le decía,
 »aproxima á tus labios
 »el almibar sabroso
 »del árbol mas amado;

»Si bien tanta dulzura
 »sea trasunto escaso
 »de la que al alma influyen
 »tus ojos soberanos.

»En su vértice observa
 »cual diamante fijado
 »un globo de rocío
 »que heló cierzo temprano;

»Y no presagio sea
 »que el fuego en que me abraso
 »al soplo de desvíos
 »se mire al fin helado.»

Con sonrisa hechicera,
 su faz pudor velando,
 tomó, no una vez sola,
 el pastoril regalo.

Y el fruto dividiendo
 sus dedos nacarados,
 de la mitad gustára,
 la otra parte dejando,
 mas que divino nectar
 á mis deseos grato.

¡Ay horas venturosas
 que cual sueños livianos
 á realidades tristes
 dejásteisme entregado!

Sonó Marte su trompa,
 aleve llegó el Galo:
 y fuera de mi albergue.

gemí tristes mis daños (1).
Segur desapiadada
cortó en momento aciago
el árbol de mis dichas
del tronco en lo mas bajo.

Y siete primaveras
sus flores derramaron
desde que está mi higuera
desnuda de sus ramos.

¿Y qué importa que un dia
torne al honor pasado,
si ya mis esperanzas
por siempre se secaron?

La Rosa.

¡ Oh cuán bien los poetas
en sus sabias ficciones,
bella rosa, te aclaman
por hija de Dione!

(1) Deplora el autor haber sido desposeido de la casa donde pasó sus primeros años, por la invasion de los franceses, que la destinaron para oficinas del gobierno.

Amor tu ambar inspira,
ternura tus colores,
y esperanzas lo verde
que el tallo contrapone.

¡ Flor de Cupido hermosa!
tú sola, tú conoces
de dos pechos amantes
el misterioso choque.

Y si el pudor embarga
las esperadas voces,
tú con mudo lenguaje
les das vehemencia doble.

Dígalo yo que un dia
de Antimia al lado inmóvil,
contemplando suspenso
sus celestiales dotes,
orgullosa en su pecho
te ví enlazar dos orbes,

Mirábate envidioso,
y ella tímida entonces
del cendal delicado
al punto desprendióte.

En mi mano te puso,

(70)

y el encantado bosque
trasponiendo en silencio,
estático dejóme.

¡ Oh flor , y que de cosas
me digiste en su nombre ,
que con celos pudieran
oir los mismos dioses !

El *si* tan deseado
tu seno presentóme ,
y el alma en su fragancia
al Olimpo arrobóse.

Y aún hoy, si bien contemplo
marclitos tus colores,
y tus áridas hojas
mi vista desconoce ,

Mi juventud renuevas ,
y en pesarados goces
en tus fragmentos miro
la flor de mis amores.

(71)

A Glicera.

Bien puedes desdeñosa ,
Glicera , en tu rigor
impedir que á tu puerta
el alba aguarde yo.

Bien puedes mis billetes
rasgar sin compasion ,
y motejar los versos
que Erato me dictó.

Bien puedes de tu vista
privarme , y que el dolor
de tu tirana ausencia
me dé muerte precoz.

Mucho puedes , Glicera ;
y mucho tu adversion ;
pero impedir que te ame...
Eso no puedes : no .

ROMANCES.

El Solitario.

Las dos habian sonado,
y la luna placentera
presidia de la noche
la claridad halagüeña.

Muda estaba la espesura,
solo sonando entre peñas
las olas que combatian,
y el eco que las remeda.

Cuando el anciano Silerio
deja la ruda caverna,
donde felice vivia
con las campestres tareas.

A la entrada de la gruta
hay una encina ya vieja,
y á sus pies mullido cespel
en que tranquilo se sienta.

Templó la arpa sonora,
y acompañando las cuerdas
rompe el nocturno silencio
diciendo de esta manera:

«¡Feliz el desengañado
»que del tumulto se aleja,
»y con medianía humilde
»sabiamente se contenta!

«¿Quién contará su ventura?
»¿quién dirá sus complacencias?
»solo sabe el que las goza,
»y el cielo que se las presta.

«Contento con lo presente,
»lo por venir no le inquieta:
»que del dia que no es suyo
»¿quién á disponer acierta?

«Alejado de las córtés,
»de do la virtud huyera,
»de sus intrigas se burla,

»el falso esplendor desprecia,
 »ni contra sus sentimientos
 »hablára mendaz la lengua.

»En las pláticas sabrosas
 »de su inocente conciencia
 »sabias lecciones aprende
 »que precavido aprovecha,
 »Y si pasatiempos busca,
 »en los montes y en las selvas
 »se los da de modos varios
 »fecunda naturaleza.

»Ocupado cada instante
 »con las campestres tareas,
 »la negra melancolía
 »ni el tedio jamas le ascecha;
 »Ya cultiva el jardinito;
 »ya con lazadas secretas
 »los pajarillos cautiva,
 »cuyos cantos le recrean.

»Duerme sin temor alguno,
 »sin sobresalto despierta,
 »y así corren sus momentos
 »tejidos de oro y de seda:

»Hasta que la parca viene,
 »no, cual para otros, severa;
 »sino cual sueño apacible
 »que sobre sus ojos vuela.
 »¡Oh cielos! tardar no puede
 »en terminar mi existencia;
 »mis arrugas lo presagian,
 »y mi blanca cabellera.

»Pero bajaré al sepulcro
 »tras ochenta primaveras
 »que viví desengañado,
 »gracias á tu providencia.»

Dijo el viejo solitario,
 y en gratos éstasis queda,
 hasta que el sol por oriente
 asoma su faz bermeja.

Mis cantos.

Al sonido de los hierros
 que en su cautiverio ciñe,
 canta en Argel el esclavo
 la patria donde fue libre.

Canta el labrador sembrando,
mientras el ardor resiste,
las esperanzas de Agosto
y el aura de los Abriles.

Tambien canta el marinero
entre borrascas y sirtes
la amenidad de las playas,
á donde el rumbo dirige.

Que la celeste esperanza
al débil mortal asiste,
para que engañe sus males
con los favores que finge.

Asi yo entono mis cantos,
aunque me veo infelice,
y doy al viento con ellos
los daños que me persiguen.

Esclavo soy de mi suerte,
y esperando faustos fines,
labro tal vez en terreno
que mis arrojos castigue.

Navego traidor abismo,
donde no hay bonanza firme,
y en que mi voz acompaña

del viento el crujiir terrible.

Pero canto, y voy pasando
las horas que el tiempo miden,
y acaso puedan traer otras
en que mis gozos publique.

¡Esperanza y lira mia,
ningun severo os critique:
que de algun consuelo al menos
deberá gozar un triste!

El Pescador.

Cuando el mar pinta la orilla
en sus diáfanos cristales,
la pobre barca desato
porque los quiebre süave.

Abandónome con ella
á las brisas agradables,
que jugando con la vela
se despiden de la tarde.

Entonces los pececillos
á la superficie salen,
al resplandor de la luna

que se asoma sin celages,
 Y al paso que voy surcando,
 mis redes les dan alcance:
 que en las engañosas mallas
 encuentran tristes su carcel.

¡Oh que encanto el alma prueba
 al ver el plácido esmalte,
 que copia en trémulos brillos
 de las estrellas la imágen!

Y poder en su silencio
 la ventura que me cabe
 gozar sin otro testigo
 que del mar las soledades!

Pero luego que presiento
 que ya prepara inconstante
 tras de la halagüeña risa
 sus cóleras implacables;

Que el resplandor se oscurece,
 quieren las ondas alzarse,
 y el soplo del Bóreas fiero
 los ecos lejanos traen,

El débil lienzo recojo,
 y con el remo cortante

bogo á la playa y las selvas,
 que son mas para desearse,
 Hermoso es el mar á veces;
 mas el que quiera gozarle,
 no se aleje de la orilla
 que puede ser que naufrague.

Esto un pescador cantaba:
 pudo un áulico escucharle,
 y exclamó: «¡lo propio observe
 el que en las córtes se embarque!»

El desengaño.

Cansado ya de mirarme
 entre gentes sin honor,
 cuyos labios miel destilan,
 y acibar el corazon,

A vosotros torno, campos,
 á donde me luzca el sol,
 dueño del tiempo y la vida,
 que es del hombre lo mejor.

Con el silencio y paciencia,
 ¡necio! un dia pensé yo

encontrar entre los hombres
al menos la compasion :

¡Yerro de la fantasía
que la esperiencia curó,
y solo contra mí mismo
torna la quejosa voz !

Siquiera la torva envidia
respetará mi mansion ,
que por humilde no ofrezca
alimento á su furor.

Ni la amistad cortesana ,
Proteo de la ocasion ,
me adulará afortunado ;
me dejará cuando no.

A Dios mundo y sus engaños ,
vanas quimeras , á Dios ,
que engañais á tantos necios ,
y aun á los que cuerdos son.

Tarde llega el desengaño ;
mas no llega tarde , no ,
si cauteriza severo
las llagas de un triste error.

Al Pisuerga.

Pisuerga , en cuyas orillas
resonaron los cantares
con que el sublime Batilo
dió al estro español realce ;

Tú , que al escuchar sus tonos
el raudó curso paraste ,
dudando si humano pecho
á tanto aliento bastase ,

Escucha breves momentos ,
no canto que al suyo iguale ;
mas de mis votos ardientes
el no fingido lenguaje.

De los frondosos egidos
y de las Musas amante ,
tal vez procura mi lira
en sus cuadros ensayarse.

Y sigue al claro arroyuelo
que circula por el valle ,
ó al despeñado torrente
que en espumas se deshace.

El embalsamado aliento
del céfiro de la tarde
ama también, y la calma
que inspiran las soledades.

Haz pues que cuando sus cuerdas
requiera el numen cobarde,
repetido por los ecos
que copiaron sus cantares,

Adquiera de sus acentos
aquella armonía fácil,
aquella inflexión graciosa
que al más duro pecho ablande:

Y oyéndome los pastores
que célebres hizo el vate,
digan: «Batilo fue dulce;
Mirtilo quiere imitarle.»

La Cartera.

Turbada la paz del campo
à los gritos de la lid,
y hecha bélico ejercicio
la ociosidad pastoril,

En los cántabros oteros
resuena el bronco batir
del parche, que en otro tiempo
danzas anunció sin fin (1).

Los pacíficos zagales
se dan ya priesa á partir:
que á su lealtad aguija
el belicoso clarín.

¡Que de sollozos resuenan
de Vasconia en el confín!
¡que de maternales besos
sellaron faz juvenil!

No pudo el triste Mirtilo
ser ni en aquesto feliz,
pues á sus padres perdiera
no bien empezó á existir.

Mas del amor la cadena
á una zagala gentil
le estrechaba, aunque la bella
no le habia dado el sí:

(1) Levantamiento de aquella provincia contra la
Francia en la guerra de la independencia.

» Que la virginal modestia
selló el labio de carmin ,
y amaba el zagal de veras
para osárselo decir.

Pero llegó el duro instante
de ir en pos de un adalid ,
y el adios , quizá postrero ,
los debía dividir.

A los amados umbrales
se presenta el infeliz ,
que mas teme aquel momento
que todo el furor hostil.

Los ojos fijos en ella
le dice : « Fuerza es partir :
» la lealtad lo prescribe ,
» y lo leal vive en mí.

» El cielo querrá piadoso
» que te vuelva á ver en fin ;
» y si hora no me partiese ,
» no fuera digno de tí.

» En mi memoria te llevo ;
» ni necesito pedir
» recuerdos para la ausencia

» pues el alma queda aquí.

» Pero... Entonces la zagala ,
dando celos al jazmin ,
dentro de su estancia corre ,
y pronto vuelve á salir.

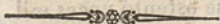
Un rizo de su cabello ,
mas que la seda sutil ,
coloca en una cartera
de color azul turquí.

Rosada cinta la ciñe ,
que se ostentó veces mil
enlazada en el cabello ,
ufana de verse allí.

Mirtilo la toma y besa ;
y cuando tierno va á asir
la mano que le abandona ,
prorunpe Antimia : « ¡ Ay de mí ! »

LA CHOZA CAIDA.

AL EXCELENTISIMO SEÑOR DON MANUEL FER-
NANDEZ VARELA, COMISARIO GENERAL DE LA
SANTA CRUZADA.



Orillas del Manzanares
tenia el pastor Mirtilo
la choza, modesto albergue
de su esposa y de sus hijos.

Cuatro inviernos le miraron
burlarse desde su abrigo
de los bramadores notos,
y los hielos ateridos.

Mas reservado á su suerte
estaba el Diciembre quinto,
en que huracan impensado
echó por tierra su asilo.

Contemplando sus ruínas
el lucero matutino
cogióle, que el novel año
anunciaba en el olimpo.

Y olvidando sus pesares
al recordar beneficios,
(que la gratitud es siempre
en los pesares alivio),

Tomó el rabel que algun dia
regocijó los egidos,
y mal enjugado el llanto,
mirando al cielo así dijo:

«En vano intentas, Fortuna,
»que postrado con tus tiros
»en dia tan señalado
»enmudezca el labio mio.

»Pues aunque al término llegue
»de mi postrer esterminio,
»moverá la yerta lengua

»de VARELIO el nombre digno.

»Varelio, de aquestos valles,
»numen, que siempre propicio
»vierte con pródiga mano
»consuelos al afligido;

»A quien nunca en vano imploran
»del huérfano los suspiros,
»de la viuda el sollozo,
»ni el ¡ay! de los huerfanitos.

»El que amante de las glorias
»de su patria, y su fiel hijo,
»en perpetuar se desvela
»el dulce nombre de *Elicio* (1).

»El que las aras sagradas
»decora, y enternecido
»hace resonar en ellas
»de Palestina los himnos (2)

(1) Alusión á la estatua de Cervantes, que en su Galatea se dió á sí mismo este nombre, construida en Roma bajo los auspicios de dicho excelentísimo.

(2) Fue quien propuso al celebre Rossini la composición del *Stabat*.

»El que el fuego sacrosanto
»del genio fomenta activo,
»para que al trono tribute
»de las artes los hechizos.

»Si, Varelio el bondadoso
»hoy vió la luz: mis conflictos
»huyen con esta memoria
»cual nieblas al solar brillo.

»¡Oh copia fiel y apreciada
»(esclamó mirando fijo
»una lámina preciosa
»que le dió Varelio mismo.)

»¡Oh copia fiel y apreciada,
»hagan los cielos benignos
»que tu original alcance
»á la serie de los siglos!

»Pues aunque mil y mil veces
»los huracanes impíos
»mi pobre choza derriben
»sin dejar de ella vestigios,

»Yo te sacaré afanoso,
»y teniéndote conmigo
»diré: Varelio me queda;

»¿qué he de temer con su auxilio?»

Así cantó reanimado
en la ribera Mirtilo;
y el nombre de su Mecenas
repitió el mantuano río.

A una fuente.

Fuentecita , fuentecita ,
la que en once caños das
desde la *Peña del Monte*
tus raudales de cristal (1):

Orillas del Manzanares
giras para dilatar
en murmullos sonoros
obsequios de lealtad.

Hasta el Océano inmenso
llega con ecos de paz;

(1) La fuente llamada del Abanico , en el paseo de la Florida de esta corte, delicada y rústicamente adornada en los festejos celebrados por el nacimiento de nuestra soberana.

que han de acatarte sus ondas
al saber por quien tú vas.

En tanto que yo á tu margen
cual de apolineo raudal
beberé, si osado intento
las regias glorias cantar.

A UNA SEÑORITA ,

DESPUES DE HABER CANTADO UN VILLANCICO.



Cerraba los bellos ojos
en el soñoliento olvido
el que á los astros da leyes,
y rige el supremo Empireo.

En su torno reverentes
callaban los cefrillos ,
y sus argentadas olas
frenaba obsequioso el río,
En tan general silencio

arrulla e intenté al niño;
 mas temí que humanas rimas
 lastimasen sus oídos:

Cuando escuche, Fili, absorto
 tus celestes villancicos,
 hechos sin duda al modelo
 de los angélicos himnos.

¡Cómo el infante á sus ecos
 en inefable sonrisa
 gustar mejor parecia
 del reposo los prestigios!

Prosigue en ellos, prosigue:
 y si sueño tan divino
 de Eva adormece los males
 y son del hombre el alivio,

No ceses, dulce cantora,
 y con modular tranquilo
 haz que hasta que ría el alba
 quede el infante dormido.

La queja.

¡Ingrata! ¿no me respondes?
 ¿y una firme voluntad,

como los años fugaces,
 sujeta á mudanza está?

Eras tú la que escribieras
 (¡oh recuerdo pertinaz!)
 «que estaban mal apagadas
 »cenizas de hoguera tal?»

¿La que ingénua confesando
 las artes con que el rapaz
 sedujo dos corazones
 que meditó separar,

«Tal vez un día, dijiste,
 »mi labio fiel y veraz
 »logrará satisfacerte,
 »y tú me satisfarás?»

Pues bien: ya llegó este día:
 ¡ay! no llegára jamás
 á costa de haber perdido
 el ser mas angelical!

Pero llegó; y cuando busco
 consuelos á mi penar,
 ¿la amistad, único apoyo,
 á un triste le faltára?

Sí: tu obstinado silencio

me indica ya sin disfraz
que te pesa haber amado
al mas infeliz mortal.

Confunde pues los testigos
que contra tí depondrán,
¡aleve! de que mentiste
simulando ingenuidad.

¡Ay! su vista me atormenta:
pues pienso en mi duro afan
que un papel es menos débil
que quien le pudo dictar.

A tu poder volverelos:
que no es bien que donde estan
quizá te causen la pena
de que los puedo apreciar.

Pero tu quietud recobra:
que si mi mano incapaz
es de darlos á las llamas,
porque allí tu nombre está.

Luego en la tuya romperlos
con satisfaccion podrás,
y el débil hilo con ellos
que á la vida me une ya.

¿Pero qué digo, infelice?
¿moriré con el pesar
de que entre mis males tantos
aun me restaba este mal?

Ser amado es mi delicia:
mi existencia está en amar:
dime al menos que me amaste,
y... nada te pido mas.



FABULAS.

LA ABEJA Y LA MARIPOSA.

De flor en flor volando,
 la abeja, iba sacando
 el jugo delicioso
 para hacer el panal artificioso:
 cuando una mariposa,
 que preciosa de hermosa,
 en los tersos cristales de una fuente
 contemplándose estaba vanamente,
 le dice con enfado:
 «Váyase hácia otro lado
 la sóez bestezuela,
 y mire como vuela;

sin andar con inútiles paseos
 ajándome en las flores mis recreos.»
 ¡ Miren la mariposa presumida!
 á quien tachó de mal entretenida!
 mas, Fabio, no te asombres:
 mil mariposas hay entre los hombres.

El Ruiseñor.

Atento un ruiseñor y embelesado,
 escuchaba posado
 en el movable ramo
 el sonoro reclamo,
 con cuya grata y pérfida dulzura
 cogerle astuto el cazador procura.
 A este fin, diligente
 disimuladamente
 un poquito se aleja,
 y un gusano le deja
 clavado en la ballesta,
 repitiendo el reclamo en la floresta.
 Síguele el ruiseñor, y reparando
 el cebo que incitando

estaba su apetito,
baja á cogerle y cae en el garlito.

Al que adopte tu tono y tus ideas
desde la vez primera que le veas
no por eso te entregues sin temor:
que es tal vez el reclamo al ruiseñor.

El burro y la araña.

Cabiloso un jumento
estaba en su cortijo
deplorando la suerte
de su penoso y mísero destino

Cuando oye hacía su lado
el agudo zumbido
que formaba una moseca
prisionera en la red de su enemigo.

«¡Oh quien araña fuese,
esclamó con suspiros,
pues en mi tela quieto,
sin trabajo me viera mantenido!»

La araña que su queja
oyó desde el garlito,

juiciosa le responde :

«Raciócine mejor , señor pollino;
Que si yo cazo ahora
metida en mi retiro,
por eso me ha costado
sacar la tela de mis intestinos.

Y tenga bien presente
como sabio principio,
que para manteuerse
trabajo , mas ó menos es preciso.»

Yo quisiera rumiasen
aqueste cuentecito
tantos como estan siempre
envidiando la suerte del vecino.

El Marrano y la Zorra.

«¿En qué consistirá que yo no tenga
un poco mas agudo entendimiento,
y que cualquiera de los animales
me aventaje en gran parte cuando menos?
El oso baila y hace habilidades
y por verlas se paga buen dinero :

»el toro tiene en la arenosa plaza
 »embelesado al público y atento:
 »corcovos y corvetas da el caballo,
 »y le llevan con ricos aderezos:
 »no tengo que decir las bellas cosas
 »de que es capaz el industrioso perro:
 »en fin todos me esceden y aventajan;
 »¿en qué estará el busilis de todo esto? »

Asi reflexionaba un buen marrano
 á la larga tendido en su chiquero;
 mas la astuta raposa que le oía
 le sacó de sus dudas al momento
 diciéndole con befa: «Seo gorrino,
 »¿no adivina la causa del portento?
 »pues no es otra, á mi ver, sino que usfa
 »no hace mas que comer y echarse sueños.»
 ¡Con cuantos la raposa estuvo hablando
 cuando sacó de dudas al buen cerdo!

La piedra y el cincel.

«¡Ah hierro endurecido!
 »¡ah verdugo inhumano!

»¿en qué te ofendo, dime,
 »para emplear contra mí rigores tantos?»

Esto dijo una piedra
 con el cincel hablando,
 cuya acerada punta
 mas que nunca aquel dia hubo probado.

Pero á ella volviendo,
 con tono mas humano
 el cincel le responde:
 »poco conoces el favor que te hago.

»Pues si ahora te lamentas
 »de verte hecha pedazos,
 »gozaráste algun dia
 »honrada por imágen de Alejandro.»

¡Jóvenes! ¿os fatiga
 del estudio el trabajo?
 pues él es quien os labra
 en la posteridad eternos lauros.

La oveja y la zarza.

Paciendo separada del rebaño
 una simple oveja,

vió venir á galope al señor lobo ,
que á ella se endereza.

Lejos los perros y el pastor estaban ;
ni otro asilo encuentra
que un zarzal espinoso y herizado ,
donde tímida entra.

Llevóse aquella vez petardo el lobo ;
y rabo entre piernas
fué á buscar aventuras á otra parte ,
que esta no le peta.

La ovejilla , del susto respirando ,
salir luego intenta ;
pero se lo embaraza de contado
la áspera maleza.

Por aquí , por allí , por veinte lados
abrojos encuentra ,
en que la blanca lana enmarañada
la detiene presa.

Y cuando á reiteradas tentativas
consiguió la idea ,
mitad y mas de su vellon precioso
se dejó allá en prenda.

La curia se me antoja que es la zarza ,

y el pleiteante oveja :
á ella recurre ; mas si un daño evita ,
su vellon le cuesta.

El avaro.

Con vigilancia estraña noche y dia
la guardia hacer solia
al arcon del dinero un avariento ,
sin dejar un momento
de tomar las debidas precauciones ,
para ponerlo á salvo de ladrones.
Mas á pesar de todo ,
no sé quién halló modo
de romper tanto hierro y tanto clavo ,
y dejar al pobrete sin ochavo.
Aqui fué el suspirar y lamentarse :
aqui el desesperarse
de su contraria suerte ,
llamando una y mil veces á la muerte.
Lo que viendo un vecino ,
le dice : » ¡ hombre sin tino !
» ¿ á qué un afan tan vano ,

»cuando el remedio tienes á la mano?
 »De tu arca, aunque repleta,
 »no sacabas siquiera una peseta:
 »pues llénala de piedras y terrones,
 »y haz cuenta que te guardas los doblones.»
 Réplica no tenía el argumento;
 ¿mas cuando se corrige el avariento?

CUENTOS.

El escribano enfermo.

Cayó enfermo como otros han caído
 un famoso escribano, distinguido
 por su saber profundo,
 con que atestó de pleitos este mundo.

Y al otorgar su voluntad postrera,
 que suele ser la firme y valedera,
 porque quien la ha otorgado
 no vuelve ya á decir: «me he equivocado;»
 Despues de los sabidos requilorios

con que se llenan tales repertorios,

«item, dijo, deseo

»se den todos los bienes que poseo,

«Los habidos, se entiende, y por haber

»con todo cuanto se halle en mi poder

»á los locos, dementes,

»maniáticos, furiosos é inocentes.»

Al oír del legado la estrañeza,

juzgando le flaqueaba la cabeza,

se lo advirtió un amigo

que á la sazón hacia de testigo.

Pero él sereno respondió: «en lo que hago

»mi conciencia en un todo satisfago,

»volviendo el beneficio

»á los que nos mantienen el oficio.»

Dijo, firmó, murióse y le enterraron;

mas todos los curiales se empeñaron

en impetrar sentencia

que tachase al difunto de demencia.

El vano.

Paseábase un vanísimo sugeto,

y un socarrón también se paseaba,

el cual interiormente maquinaba

ajar la vanidad del indiscreto.

Fingiéndose pues poquísimo respeto,

cada vez que con él emparejaba

burlón se sonreía y le miraba,

como si viese el más risible objeto.

Tanto lo repitió, que llegó el caso

de que el vano, á quien esto mortifica,

airado le digese: «señor mío,

»¿Por qué se ríe usted cuando yo paso?

Mas el otro sereno le replica:

«¿y por qué pasa usted cuando me río?»

El inteligente.

La fachada de un convento

observaba cierto día

un hombre, que parecía

de luces y de talento.

Acercósele cortes
un religioso diciendo :

«el frontis que está usted viendo
»del orden corintio es.»

»Pues he llevado petardo,

le contestó el entendido ;

»me habia á mí parecido

»del orden de san Bernardo.»

El rústico y su muger.

Un rústico montado en su pollino
á su albergue volvia de la hera,
cuando quiso la suerte que advirtiera
un colmado peral en el camino.

Tiéntale el apetito, y de contado
se acerca ufano y del asalto trata ;
pero estaba el peral en una mata,
de zarzas y de espinos circundado.

¡Aquí te quiero ver! no hay otro medio
que alzarse en el albarda muy derecho
cual diestro volatin: pues dicho y hecho;

»asi emprendió del arbol el asedio!

Una y otra engullia muy contento,
cuando al ver su postura peligrosa,
dijo entre sí: «seria linda cosa
»que alguien *arre* gritase á mi jumento.»

Debiólo imaginar con tal viveza,
que el *arre* pronunció con voz sonora:
echa á andar el borrico sin demora,
y se cae el patan en la maleza.

Aun estuviera el pobre en la estacada,
si al ver llegar al burro pasó á paso,
su muger, temerosa de un fracaso
no saliese en su busca apresurada.

Hallóle al fin, y al inquirir suspensa
el motivo fatal de su resbalo,
«No sé, le respondió, sino que es malo
»que diga el hombre á veces lo que piensa.»

El jugador.

A los pies de un confesor,
mas humilde que un novicio,
de su inveterado vicio

se acusaba un jugador.

«Para no serle prolijo,
»el padre le dice, basta,
»que el tiempo que se malgasta
»lo reflexione bien, hijo.»

«¡Ah padre! no hay que dudar,
le responde como un santo:
»pues algunos tardan tanto
»solamente en barajar.»

Epitafio á un ratero.

Aquí por justa sentencia
yace un ladrón principiante,
que no robó lo bastante
para probar su inocencia.

PARTE SEGUNDA.

De mi inclinacion.

Tras el oro camina,
las olas despreciando el marinero,
cuya sed le fascina
para que placentero
la vida fie al elemento fiero.

En brioso caballo
corre el gefe las filas y prepara
al sumiso vasallo,
ni el peligro repara
que el tronante cañon ya le prepara.

Que prósvida natura
distinta prepension dió á cada uno

como regla segura
por donde el oportuno
fin consiguiese, á cada cual consuno.

No pecho diamantino
me quiso conceder para la guerra;
ni para que sin tino
desdeñase la tierra
la sed del oro que la mina cierra.

Mas dióme pecho blando,
propio de los placeres y reposo:
enemigo del bando
del vulgo bullicioso:
amigo de la selva y bosque umbrroso.

Alli los ecos gratos
de la santa, divina poesía,
en dulces arrebatos
en mi niñez oia,
y sin saber por qué me enardecia:

Cantando balbuciente
los hatos por los valles divididos:
de la oveja doliente
los míseros balidos,
ó del viento los pinos sacudidos.

Y cual á la par medra
con el olmo la vid entretegida,
tan fuerte como yedra
á mis años asida
creció esta inclinacion á su medida.

Vivir quiero con ella,
pues es de mis dolencias medicina
y de mi mar estrella:
que mi mal estermina
y de la dicha al puerto me encamina.

Y mientras no me niegue
el plectro la dulzura de sus sonos,
el avaro navegue
borrascosas regiones,
y tremole el guerrero sus pendones.

A RICIO EN UN INFORTUNIO.

IMITANDO A FR. LUIS DE LEON.

Aunque con largo llanto
bañes la faz ¡oh Ricio! de contino;
y aunque en ciego quebranto
quieras ser de tus males adivino;

Y aunque duro porfies
increpando la suerte, no por eso
en tus fatigas fies
que ha de tornar el hado el lance avieso;

Ni que al mirar tu suerte
ha de querer volver al recto giro,
dando al pobre el tesoro,
y alivio á tu lamento y tu suspiro.

Que cual suele en la fragua
arder muy mas voraz el vivo fuego
si le aplacan con agua,
asi al hado le enciende mas el ruego.

Deja como prudente
correr la nave á discrecion del viento,

mientras sopla valiente,
y no es dado vencer al elemento:

Que la calma serena
sigue á la tempestad: y á noche oscura,
la luz grata y amena,
y á la guerra la paz: tú el ser procura.

LA NOCHE DE LUNA.

Vuela, pardo crepúsculo y permite
que del cielo límpisimo señora
tienda la noche su oscuroso manto:
cuya beldad tranquila que compite
con la del bello sol, ausente ahora,
mi pecho llene de placer y encanto,
El desmayado canto
en medio del silencio y de la calma
tal vez conmueva el alma,
tornándola á la paz que en algun día
disfrutó de Nerbion en la ribera,
en la edad placentera
que un porvenir dichoso me ofrecia.

Cuando ardiendo la mente arrebatada

y al canto apercebido el tierno labio,
 cuanto sentí canté con blanda lira,
 ya el murmurante arroyo en la cañada:
 de algun zagal el inocente agravio,
 y el suave aroma que la vega aspira,
 Del rayo la atroz ira,
 seguida de la calma venturosa:
 la purpurada rosa,
 el gayo colorin en red cautivo,
 con quanto ser ostenta en su grandeza
 alma naturaleza,
 peremnie fuente del placer mas vivo.

Del abrasado dia á los ardores
 mustios los seres, el momento claman
 en que torne del aura el blando aliento.
 Llegue, repiten las marchitas flores:
 llegue, las hojas que la selva enraman,
 privadas de su hermoso movimiento;
 y el regalado acento
 de las aves que dejan la espesura,
 con sin igual dulzura
 llegue, tambien repite, sin tardanza:
 que ya del orbe la agotada vida

en su fausta venida
 su nueva gala libra y su esperanza.

Pero ya el númen plácido diviso
 que emulando del Iris la librea
 en la bóveda azul trémulo brilla,
 Otra estrella se asoma de improviso,
 y otras y otra que allá lejos clarea
 apacientan la fúlgida cuadrilla.
 Dobla la tortolilla
 en la intrincada selva el son doliente:
 que renovarse siente
 la aguda pena en las tranquilas horas;
 y el leve aliento de la brisa suave
 con sus querellas sabe
 hacer la noche y soledad sonoras.

Dame, Vernet, tus mágicos pinceles
 con que rival de la natura misma
 le robaste su luces y su estilo,
 y podré así pintar con rasgos fieles
 la sombra delicada en que se abisma
 el orbe todo de la noche asilo.
 Cual el viso tranquilo,
 que el ocaso dejó, fugaz se ausenta:

como do quier se aumenta
la calma del ambiente perfumado ;
el golpe del torrente allá á lo lejos ,
los últimos reflejos
de la luz fugitivos por el prado.

¿ Mas podrás combinar en tu paleta
la progresion de cándidos matices
que forman al oriente un claro fondo ,
y precediendo al pálido planeta
tienden para su paso mil tapices
donde lo blanco se une con lo blondo ?

¿ Podrás su orbe redondo
que asoma á las espaldas de ese monte ,
y alumbra al horizonte
representarme que pausado sube ?
la faz plateada con que al orbe rie ?
cual modesto se engrie ,
disipando al pasar opuesta nube ?

La cumbre ya se mira iluminada :
asciende mas y mas , su mitad veo :
¡ oh que hermosa aparece en su grandeza !
Huid , sombras , huid que ya es llegada
la que me inspira celestial recreo ,

reina de la virtud y la belleza .
El mundo todo empieza
á sentir el influjo cariñoso
que le presta su esposo ;
los seres todos al brillar su cuna
en el diáfano azul entre celages
le rinden homenages ,
y yo con ellos te saludo ¡ oh Luna !

El colorido blando con que bañas
el ancho llano y la enriscada cima ,
el bosque hojoso y cristalino rio ,
pinta tambien las rústicas cabañas ,
el gótico torreón que se sublima ,
y en ese dique el náufrago navío .
Un gracioso atavío
comunica la luz á cuanto toca ;
y á observarla provoca
en estática calma espacio largo ;
mientras de sueños multitud ligera
desciende de la esfera
á sepultar la tierra en su letargo .
Al intento benéfico accesible ,
suspende por do quier naturaleza

el fuerte resplandor y agudos sonos,
 y cuanto, con la calma incompatible,
 á turbar alcanzase su pureza
 al impulso de fuertes impresiones.
 Libre de sus prisiones
 el manso bucy en el establo yace:
 el caballo se place
 en la abrigada estancia del pesebre:
 el pájaro á su nido se retira,
 y ningun ser respira
 cerca del hombre que el silencio quiebre.

Respetando su sueño hasta las plantas,
 se vuelven á encerrar en el capullo
 que al dia derramó dulces esencias:
 asi tú, que en los céspedes levantas
 la plateada corola con orgullo,
draba primavera, le reverencias.
 Iguales influencias
 siguen la *triental* y *correguela*,
 que ahora acaban su vela:
 dóblase en languidez la *nicaragua*
 de la noche al sentir la cercanía,
 y hasta que luzca el día

el *nenufar* anfibio habita el agua.

Fero asi como pocos desvelados
 en contemplar se gozan tu hermosura,
 noche apacible, que los cielos vistes,
 flores hay que á tu vista desatados
 los velos que construyen su clausura,
 gustan solo existir cuando tu existes.
 El alba mira tristes
 al *epidendro* que despierta ahora,
 y su caliz decora:
 á la *diamela* que endereza el tallo
 cual si su triunfo festejar quisiera;
 la grata *arrebolera*,
 á quienes en mis velas acompaño.
 Vela tambien en tu presencia absorto,
 y en raptos de placer embebecido,
 observando el hermoso firmamento,
 y al tiempo acusa de momentos corto
 el que viviendo en yermos escondido
 huye al mundo, de vínculos exento:
 Con celestial contento
 que á las preces el alma solicita
 deja la pobre ermita

y cerca de ella el limitado aprisco;
y el poderoso raptó que le eleva
á meditar le lleva á la encumbrada punta de algun risco.

De allí escuchá el arrullo silencioso
que en el opaco bosque el aire formá y sol
y del arroyo el imparable curso;
y acreciendo estos ecos el reposo
que su tranquilo espíritu transformá
la rienda suelta al superior discurso.
El rápido trascurso
medita de los años que se fueron:
los placeres que huyeron
sin mas retorno á la profunda sima
del mortal los deseos insaciables:
y en votos inefables

en su oscura mansion feliz se estima.
En un fresco jardín donde las hojas
los lunares reflejos embellecen
á través de los árboles espesos,
de cuya copa dóciles y flojas
á voluntad dell céfiro se mecen,
armoniosas sonando á sus accesos;

sublimes embelesos
la mente ocupan del que á Apolo sigue:
aquí fácil consigue
la etérea inspiracion, el fuego santo
que su vigor al corazon infunde;
y luego se difunde
al aura leve en sublimado canto.

En el duro timon la mano fija
y en los astros los ojos perspicaces,
el piloto sentado va en la popa;
ni aprende riesgo alguno que le aflija
en tanto que ve el cielo sin disfraces
guiar su rumbo á la deseada Europa.
Contra la proa topa
con sordo rechinar la ola quebrada:
el aura sosegada
hincha la vela, en bóveda suspensa:
y al mirar por entre ella y el cordage
el lejano celage,
en sus hijos y esposa alegre piensa.

Al ver la luz tranquila que colora
el sereno horizonte, por un rato
deja el sabio los libros y la pluma,

y la lámpara estingue veladora,
saliendo á respirar el aire grato
que el modesto aposento ya perfuma.
De ideas nueva suma
este descanso plácido le escita,
que sagaz deposita
en la basta memoria cultivada:
y ya que he disfrutado del sosiego
mas laborioso luego
prosigue la tarea delicada.

Asi tú, noche bella, te complaces
en ayudar á la virtud, al genio,
y al mortal laborioso que se afana
en pro comun y aun frutos mas feraces;
fiel con la ciencia á tu inmortal convenio,
das en obsequio de la especie humana.
En la region lejana
del Eufrates los tímidos pastores (1),
los toscos observadores
en las nocturnas horas vigilantes,

(1) Origen del estudio de la astronomía.

las periódicas fases sorprendieron;
y los giros previeron
de tantos astros en el aire errantes.

Y grabando en la piedra las memorias
que vió el fiero Alejandro en sus conquistas,
trasladaron con rústicas ficciones
al cielo de los campos las historias,
llenándole de plantas y de aristas,
de vírgenes, de toros y leones.
De tus constelaciones
asi al mortal se reveló el misterio,
que con mas magisterio
Hiparco describieron y Piteas,
del Nilo atentos al diverso flujo;
mas ¿cuánto error no indujo
la imperfeccion aneja á sus ideas?

El ciego vulgo abraza el politeismo;
y el sábio, en sus nociones limitado,
el firmamento de cristal publica
donde clava los astros sin guarismo,
menos el sol que en carro arrebatado
hasta los mares sus caballos pica.
Ni el yerro rectifica

con Tales ni Platon la gran Atenas,
 que hoy opinára apenas;
 ni el Tiber que domando al universo,
 de los vencidos el saber aprende,
 y enagenado atiende
 de su Lucrecio el engañoso verso (1).

¡Verdad oculta! tiempo es de mostrarte:
 Copérnico existió que el orbe muda,
 haciéndole girar en torno á Febo,
 y crecer el astrónomo ve su arte
 del telescopio con la simple ayuda,
 que á su curiosidad es dulce cebo.
 ¡Oh qué espacio tan nuevo
 se descubre al humano entendimiento,
 en que el noble talento
 de Descartes y Newton penetrando
 á favor de sus cálculos profundos,

(1) La obra de Lucrecio *De rerum natura*, engañosa no solo en el sistema de que se trata, sino mucho mas en haber hecho de la materia el principio constitutivo del universo.

conquistan otros mundos,
 por el eter de noche navegando!

En las solares llamas escondido
 apenas á Mercurio se divisa:
 síguete Venus á mayor distancia,
 y por su orden al centro es arrastrado
 este planeta que mi planta pisa,
 habitacion de la mortal jactancia.

Con leal vigilancia
 giras con él ¡oh Luna! juntamente
 en el cielo esplendente:
 y en mas remotas órbitas advierto
 á Marte, Ceres, Palas en su turno:
 á Jove y á Saturno,
 Herschel, Urano, Ercúl y Juno incierto (1).

Diré los veinticuatro luminares
 que, cual la luna que á la tierra sigue,
 satélites les son á estos planetas?
 O dando mayor vuelo á mis cantares,

(1) Incierto, por no haberse descubierto aun todos sus caracteres.

será que al númen atrevido obligue
 à remontarse audaz à los cometas?
 Las naciones inquietas
 al ver su larga crin , supersticiosas
 pensaron tristes cosas: (1)
 de los monarcas tiemblan los doseles
 temiendo que su influjo los eclipse ;
 mientras en vasta elipse
 á su marcada senda ruedan fieles.

¿Quién de tan varios y lucientes globos
 la mole inmensa, la distancia enorme
 y el número dirá? La fantasía
 se estremece en estáticos arrobos ,
 y nada halla en lo humano de conforme
 del celeste edificio á la armonía.
 La no finible vía,
 mortal, recorre audaz: aun à tus huellas
 de las fijas estrellas
 faltan los anchos climas, tan distantes

(1) Alusion al terror que infundia la aparicion de un cometa, que ya se mira hoy como un astro sujeto á revoluciones fijas.

del último planeta que has mirado
 cuanto el está apartado
 de la tierra y sus tristes habitantes.

Otro sol en cada uno de ellos mira ,
 que á otro vasto sistema presidiendo,
 en brillo y luz al nuestro se aventaja.
 ¿ A donde, á donde esta grandeza espira,
 si cuanto de ella mas se va corriendo,
 tanto mas crece y al deseo ultraja?

¡ Ay ! sin fruto trabaja
 el que indagar su término procura :
 pues del Inmenso hechura ,
 es inmensa como él : su fuerte brazo
 alcanza á dó no llega el pensamiento :
 y de fatiga esento ,
 puede crear sin fin , sin embarazo.

¡ Con cuánta brillantéz de Dios la gloria
 la noche en sus antorchas no proclama,
 y el loor debido á su grandeza pide!
 ¿ Qué otra voz puede hacerla mas notoria
 que la de tanta suspendida llama
 que de su esencia el resplandor despide?
 ¡ Oh como cuando mide

la débil vista aun en su pobre vuelo
 el tachonado cielo,
 encendido el espíritu presiente
 la magnitud, la fuerza y poderío
 de aquel, cuyo albedrío
 le sembró de tanto orbe reluciente!

¿Qué es la mísera tierra comparada
 con esos vastos globos, desde donde
 apenas su destello se columbra?

¿Y qué será en tan ínfima morada
 el átomo mortal que el polvo esconde
 y en insensato orgullo se deslumbra?
 Mas el Señor le alumbró:

y haciéndole capaz de inteligencia,
 de libertad y ciencia,
 si su cuerpo en los átomos se pierde,
 inmensa la alma es que fiel le adora:
 y por eso acrehedora
 á que su criador de ella se acuerde.

¡Esperanza tan dulce como cierta!
 tu influjo poderoso al afligido
 el llanto enjuga que bañó el semblante.
 Su inmortal ambición luego despierta,

y las mundanas glorias da al olvido,
 pensando solo en el feliz instante
 en que suba triunfante
 á los etéreos climas y en su altura
 admire la hermosura
 de tantos mundos á sus pies jirando;
 recorra su estension, su luz habite,
 sin que ya se limite
 á estarlos entre dudas observando.

Sí, clara Luna, que pausada asciendes
 al azulado cenit: vendrá día
 en que próximo á tí pueda estudiarte:
 veré hasta donde tu fulgor estiendes,
 y si ilusa quizá la astronomía
 montes, mares y lagos quiso darte:
 penetrador el arte
 en tí los mira y estudioso cuenta,
 y la idea alimenta
 de que todos los globos superiores
 mirarse puedan, como tú, habitados
 en diferentes grados

por especies sin fin de moradores (1).

¿Quién el poder de Dios limitar osa
y los secretos juicios con que pudo
crear razas distintas de la humana?
Quizá cuando su diestra soberana
tal como el polvo los sembró menudo
con que el espacio inmenso se engalana,
con bondad soberana
los diputó para reposo blando
à do fuesen pasando
de Adan los descendientes inmortales, (2)

(1) Ni el ingenioso Fontenelle, ni enantos considerando los cuerpos celestes como otros tantos globos con analogías diferentes con el nuestro los han supuesto habitados, han querido decir que en tal caso serian sus habitantes de la especie humana; sino que la sabiduría y omnipotencia del Creador son tan infinitas, que no puede negarsele sin temeridad la facultad de crear seres, de los que nuestro limitado entendimiento no alcance à formarse idea alguna: pues esta hipótesis en nada rebaja la esencia y dignidad del hombre.

(2) He aquí la bella y conciliadora idea de un autor, bien conocido por su brillante imaginacion, al

á su rápido vuelo siempre abiertos:
y al mirarse desiertos
lloran hoy su horfandad y nuestros males.

Crece el silencio en la natura toda
que al sueño se rindió, y en sus encantos
mudo está el monte, el valle y el egido;
y ya que voz alguna le incomoda,
empieza el ruiseñor aquellos cantos,
portentos inefables al oido.
Ya en lúgubre gemido
con largas pausas su dolor espresa;
ya redobla con priesa
el torrente gozoso que le inunda;

hablar de los cuerpos celestes: idea que se ha procurado compendiar en los dos últimos versos de esta estancia. «Sea lo que fuese, dice Chateaubriand en su *Genio del cristianismo*, no es cosa indigna del poder divino y de la grandeza del hombre suponer que la descendencia de Adan estuviese destinada à recorrer los espacios y animar todo los soles que privados de sus habitantes por la culpa, no son ya mas que unas soledades resplandecientes.»

del mas ínfimo tono hasta el mas alto
da un armónico salto,
ó ya su voz preludia vagamunda.

La candida terneza que en el alma
difunde su quietud consoladora ;
del júbilo impetuoso el embeleso ;
la serena virtud y su fiel calma
de todos los acasos triunfadora,
el infortunio y su oneroso peso ;
el rapido progreso
de una y otra pasion en sus amagos,
y los impulsos vagos
en que la mente absorta se desvia,
todo este alado Orfeo me describe ;
y en su canto revive
aquel que el pecho á su placer movia.

El eco de los valles le responde
con lejano sonar, y en sus engaños
juzgando que un rival hay que le reta,
calla celoso el pájaro ó se esconde
receloso de amargos desengaños:
¡ tanto el orgullo músico le inquieta !
Mas apenas ve quieta

la escena de su triunfo, con mas fuego
torna al canoro juego,
del modular doblando la dulzura:
canta el arbol frondoso que le abriga,
canta la noche amiga,
el céfiro fragante y la espesura.

¡ Pueda, noche apacible, de tus gracias
largamente gozar yo recostado
al tosco pie de este robusto pino,
y del puro deleite con que sacias
á quien medita el cielo sosegado
nutrir el blando pecho de contino!

Al término vecino
en que deje la tierra donde lloro,
¡ pueda el himno sonoro
del dulce rui señor enagenarme:
y de la blanda luz de tu astro bello
en un puro destello
pueda hasta el sumo empero sublimarme!

EL ESTUDIO DE LA NATURALEZA.*A Fabio.*

¡Oh cual te envidio, Fabio, tu ventura
y el gran caudal de ciencia atesorado
en tus inmensos viages! Recorriendo
el ancho espacio de la culta Europa,
¡cuanto, cuanto tu mente embebecida
tendrá admirado de gracioso y noble!
Artes y letras tu estudioso anhelo
interesando en ramos diferentes,
el poder del mortal en sus prodigios,
del sublime mortal te habrán pintado.
¿Por qué el hado fijando mi destino
á un solo punto, permitió que huyeras
sin tu Mirtilo á tan remotos climas?
¿Por qué no fuimos juntos, y siguiendo
de los antiguos sabios las pisadas,
de la amistad tan solo acompañados
y de un libro y el báculo viagero,
recorrimos el ámbito del mundo?

¡Qué de puros deleites he perdido!
Tal suspiraba yo cuando partiste;
y aunque por la distancia separado,
mi espíritu veloz siguió tus huellas.

Si las siguió á la corte de Fernando,
y vió el suntuoso alcazar donde mora,
¡audaz y no acabado pensamiento!
Vió el delicioso Prado con sus fuentes,
la altiva puerta que el romano envidia,
y el nuevo Edem, Retiro delicioso,
al que de Marte la implacable saña
aun no pudo privar de sus encantos.
Vió las hermosas artes reunidas
bajo de un solo techo, (1) y allí mismo
de la naturaleza los arcanos
por el genio en tres clases divididos.

¿Podré, Fabio, mi raptó describirte
al traspasar la mente enardecida
siglos remotos en que fué la Iberia

(1) Alusion á la inscripcion latina que hay en la
entrada del gabinete de Historia natural.

del orbe admiracion?... el llanto, el llanto
embargó mi prestigio en aquel punto.
Luego á la corte de Almanzor corrimos,
y al templo en cien columnas sustentado,
que del profano rito al verdadero
logró arrancar el español brioso ;
y en Granada las sombras evocando
de Laras y Gonzalós, la ancha vega
de mil y mil escaramuzas teatro ;
y el real palacio, do Boabdil sangriento
vertió la noble sangre de los héroes
ante la insigne renombrada fuente,
vimos entre las lágrimas y gozo.

Pero dejaste recorrida á España,
y sediento de ver otros países
vuelas y el Bidasoa te recibe
para que toques en la culta Galia.
Aquí como á porfia el genio humano
en teatros, alcázares, paseos,
desde que el fiero Druida huyó á los bosques
prodiga cada día sus prodigios.
Uno por uno absorto los estudias,
investigas, preguntas y aprovechas;

no cual muchos en fútiles objetos
que ostentan en su patria envanecidos,
y para daño propio lo propagan;
sino en lo grande solo y provechoso,
que no es mengua tomar del extranjero.
Ves á Lutecia, venturosa siempre:
las vastas Tullerías y pensiles:
su primitivo templo, que recuerda
el gótico poder: el noble asilo
que al bravo militar pobre y doliente
y al gran Luis que le erigió proclama;
y tras la antigüedad y sus encantos
corres de Italia á las sublimes ruínas.

¡Italia! nombre mágico y augusto:
nombre que mil y mil grandes encierra
desde que á sus silvestres moradores
una fiera piadosa dió la vida!
¡Oh Nápoles! oh Tiboli y oh Roma
por el mayor poeta discantada!
Aquí el Panteon, donde el latino orgullo
quiso encerrar á las deidades todas:
aquí el gran Capitolio do el senado
dictó la ley al orbe estremecido:

los Thermas, la Naumaquia, y el terrible doloroso Anfiteatro, en cuyo espacio aun es fama que lúgubre resuenan en el quieto silencio de la noche los ayes de las víctimas que fueron sacrificadas al placer romano!

Y vosotras, grandiosas Catacumbas, asilo de los míseros proscriptos, y oculta cuna donde entre lamentos ja religion cristiana vió su infancia....

¡Oh Fabio, que de instantes deliciosos tu tierno corazon habrá gozado, que recuerdos grandiosos tu memoria, y tus ojos que llantos! solo en Roma puede el poder del hombre conocerse!

Mas ya te veo en las salobres ondas surcar el ancho, proceloso Océano, y pisar del Albion la triste orilla visitando á los hijos de Anfitrite.

El adusto breton meditabundo no es en altas ideas el prostrero; y aunque á breve recinto limitado, casi manda la Europa: rival siempre

del galo inventor, vencerle anhela y por opuesta senda se dirige al templo de la gloria. Su marina cien palacios flotantes y espantosos te habrá mostrado, y en su rica corte el buril y el pincel sus maravillas.

¿Pues que si recorriendo cuidadoso sus fábricas inmensas y sus parques, vestigios de su origen primitivo, y cuantos monumentos decorando al caudaloso Támesis... Mas, Fabio, ¿cómo seguir tu rápida carrera por tanta capital y villas tantas? puédelo el pensamiento; no la pluma.

Tú, cuando llegue el suspirado dia de volver á abrazarnos venturosos, en pláticas sabrosas contarásme cuanto de grande y bello hayas notado, ¿y como pagar yo den tan precioso? ¡Ay Fabio! te diré: mientras, vagando la redondez del mundo, me dejaste, tambien he visto yo raros portentos, cuyo valor se goza y no se precia,

Porque ante nuestros ojos se prodigan,
ó la ociosa indolencia los rechaza.

En las nocturnas horas, cuando el sueño
sobre el feliz y desdichado vierte
su mágico sopor, yo desvelado
Con Herbás y Pluché me lauzé al cielo.
¿Qué te diré de su estension pasmosa,
y de mil y mil mundos que rodando
el trasparente espacio, son las ruedas
de la admirable máquina del orbe?
Cada cual es un mundo diferente
de aqueste que pisamos, ni por eso
menos brillante y rico: que la diestra
del supremo arquitecto no se ciñe
á un solo plan y monotona forma.
El encendido Jove, y el helado
y remoto Saturno: el fiero Marte,
y el mas breve Mercurio, y el Lucero
que del Iris las ráfagas se viste:
el astro mas cercano de la tierra,
causador de tristezas deliciosas,
y Febo en fin, el coronado Febo
volcan de luz que en los demas difunde,

¡que prodigios, amigo, en sí no encierran!

Montes de perlas, prados de rubies,
árboles de topacios, mares, lagos
de sonrosadas olas, do sin riesgo
navegan sus felices habitantes
que Fontenel entre sus raptos viera. (1)
¡Oh bóveda magnífica y sembrada
con los bosquejos del pincel divino!
la que creó Rafael al Vaticano
¿tendrá contigo parangon? Desciendo
de religioso espanto penetrado,
y escuchando de Newton las lecciones
surco el piélago inmenso desde Calpe
al polo helado, cuyas aguas mudas
en deshielo periódico producen
el flujo y el reflujó portentosos. (2)

En el tranquilo abismo, do no llega

(1) Alusion à la discreta obra de este sábio francés, titulada *La pluralidad de los mundos*.

(2) Opinion particular de Santiago Bernardino de Saint Pierre.

el violento rugir de las borrascas
 que la hermana codicia contrarrestan,
 las mas ferradas naves sepultando,
 maravilloso otro orbe se descubre:
 otras selvas y valles rubicundos,
 y grutas de cristal que en mil caprichos
 reverberan los rayos quebrantados
 al traspasar por el acuoso espacio.
 No sin razon la antigüedad pagana
 puso aqui de Neptuno el gran palacio,
 tritones y nereidas, fausta corte
 del domador del húmedo elemento.
 ¡Triste ficcion de la verdad al lado!
 Millones de habitantes por sus senos
 jiran y cruzan con soberbia pompa
 desde el gran Lebiatan, á cuya mole
 giñen las ondas, al marisco humilde
 que en un grano de arena se guarece.
 ¡Que de formas sin número y matize!
 ¡Que de estentosas galas no los cubren,
 las diferentes clases del estado
 distingüiéndose en ellas, cual el sábio
 Mentor lo prescribió para Salento!

Luego en la fresca orilla recostado,
 al destellar la aurora sus albores
 miro, Fabio, la tierra y me figuro
 que soy el primer hombre: agradecido
 recorro los tesoros que me cercan:
 veo los valles y pintadas flores,
 que el gozo engendran con su sola vista:
 las copiosas espigas que al impulso
 del jugueton favonio un mar dorado
 en sus undulaciones nos retratan:
 las benéficas plantas sin guarismo,
 alivio cierto á la humanal flaqueza,
 empezando del cedro corpulento
 que al Libano hermosea, hasta la sola
 yerba que crece en carcomido muro:
 los montes atrevidos que á las nubes
 osan tocar con su verdosa frente,
 y en cuyas faldas el balar resuena
 de la traviesa cabra y mansa oveja,
 que en su leche me dan sano sustento,
 en sus pieles abrigo: los cantores
 que en prado y selva y empinado risco
 la creacion animan con mil ecos:

y tras esto el ejército admirable
de animales cuadrúpedos que pueblan
los climas diferentes, á cada uno
según su instinto y variedad ligados.

Bien puede, Fabio, del curioso chino
el prudente gobierno haberte absorto;
mas no creas alcance al eminente
de la social abeja, prototipo
de un estado feliz por laborioso.

Ni menos el castor te admiraría,
y su hermosa Venecia, edificada
al margen siempre de las ondas puras:
y la hormiga económica que afana
con insaciable ardor. ¡Oh Fabio amigo!
¡Quién de Bufon el genio poseyera
para indagar su instinto y sus costumbres!

El al son de la cítara templada
cual otro Orfeo me llevó al abismo,
y en su lóbregos senos me demuestra
del reino vegetal el alimento!
¡Cuántas diversas sales, cuántas tierras
y escondidos conductos que fluyendo
en encontrados laberintos, luego

saltan sobre la tierra dulces fuentes!
« Los pesados metales ve, me dice:
verdadera riqueza, si se emplean
en útiles preciosos, que el colono
consagre á Ceres y el artista labre;
y plaga atroz que del mortal castiga
la sangrienta ambición, dando á la muerte
máquinas infernales de esterminio.
Aquí, como en la fragua de Vulcano,
hierven los gases y en ardiente lava
de suterráneo en suterráneo corren,
hasta tocar en el Vesubio humeante,
por cuya boca el aire se dilata
libertando á la tierra de sus iras. »

¿ Mas que estampido súbito mi oído
agita á su pesar? Retumba el trueno,
y en mar de fuego el aire se trasforma.
¡Oh Franklin! impertérrito te sigo,
y en la region etérea remontado,
la lid de los espíritus sublimes,
ó el empeño falaz de los Titanes
al escalar el cielo me figura
de la electricidad el aparato.

¡Grandiosa escena! bátense iracundos
 en contrapuesta nube airados vientos,
 y el rayo nace de su horrendo choque:
 el rayo que cruzando en sesgo giro,
 toca al mármol y bronce y los desliza.
 Celebrando en pos de él su rauda triunfo
 la horrisona tronada lo proclama
 amenazando chozas y palacios,
 y al conturbado ateo que vacila,
 y en su mismo pavor ya un Dios confiesa.

Así, amigo, do quiera que me torno
 veo prodigios que espresar no es dado;
 pero capaz cada uno por sí solo
 de alimentar la enagenada mente
 tantos siglos cual tuvo la existencia
 del fabuloso Néstor: ¡con qué gozo,
 con qué felicidad á tu regreso
 las pláticas amigas alternando,
 tú me dirás los altos monumentos
 que atestiguan del hombre el poderio,
 los diversos dialectos, é invenciones
 que engrandecen su especie; y yo en retorno
 del Criador la fuerza omnipotente,

su alteza, su bondad y amor paterno
 de la naturaleza en los arcanos!
 En ellos iniciado, ya á tus ojos
 una oruga, una gota de rocío
 y un átomo arenoso que al sol brilla
 conmovieron tu mente pensadora,
 interesando tu sensible pecho
 sobre cuantos objetos te brindáran
 las faustas capitales: sobre cuanto
 los artistas divinos han creado,
 y el sibarita lujo inventar pudo
 en la pasada edad y la presente.

Y en grato llanto sin cesar bañado
 «Feliz, dirás, feliz una y mil veces
 quien en vez de correr lejanos climas,
 el horizonte propio no traspasa;
 y si no ve las obras de los hombres,
 tampoco ve sus vicios. Simple, pio,
 creó la inocencia en el pagizo albergue,
 en los palacios al honor supone,
 y á la virtud en los sagrados templos.
 La creación magnífica admirando,
 en puro culto, del señor imagen,

su amor estiende á quanto le circunda,
 y en el ageno bien el suyo encuentra.
 Para el pobre jardin donde cultiva
 Lumildes sí, pero graciosas plantas,
 no echa menos la vana arquitectura
 que á los de Menfis el orgullo impuso:
 siendo para él cada cáduco tronco
 la mas firme columna, y su ramage
 con otro y otros mil entretegido,
 cúpula natural que le corona.
 ¿Y qué si en medio de su sombra amiga
 recuerda que algun dia ha reposado
 la virtud desgraciada? entónces halla
 doblada dicha en tan feliz memoria.»

¡A puestos prados, murmurantes selvas,
 fuentes de musgo y violas circundadas,
 que en blando apartamiento no sois vistas,
 sino de la paloma gemidora:
 amable soledad que me arrebatas
 con tu dulce prestigio y armonías,
 ¡feliz, repito, el que á tenerte llega
 y en blanda paz en tí pasa sus días!

RODRIGO EN EL GUADALETE.

Sobre el gallardo bruto que tascando,
 El aureo freno que de espuma baña,
 apenas contener la planta puede,
 al hélico clarin que está sonando
 el triste rey de la invadida España
 cuyo valor no cede
 al rigor de la pérdida infelice,
 saca la espada y á sus godos dice.

«Llegada es, lijos, la hora
 alegre á mí, luctuosa al enemigo,
 en que tomemos sin igual venganza
 de los ultrages que la gente mora
 hacer osó, mofando del castigo.
 Contra ellos enristrad la fuerte lanza,
 que el mismo Dios á vuestra diestra fia.
 Es propia tambien de él la causa mia;
 y los rotos altares,
 sus ministros, objeto de su rábía,
 los templos que se miran muladares,

el pudor ultrajado en las doncellas,
 á él alzan sus querellas
 contra la grei del seductor de Arabia.

Vedla, vedla dejar la seca arena
 del Africa abrasada, y al amparo
 de la traicion, abrigo del cobarde,
 enseñorearse de la playa amena
 con corazon avaro,
 que por beber nuestras riquezas arde.
 De allí como un incendio
 rios, montes, ciudades traspasáran,
 dejando do la planta infiel fijáran
 hollada nuestra prez con vilipendio :
 y con fáciles triunfos conseguidos
 sobre número corto de escuadrones,
 generosos mas bien que precavidos,
 victoria cantan con profana lengua
 imponiendo pavor á las naciones !
 ¡Oh caso miserable!
 ¡truceo inaudito! vergonzosa mengua!
 Los que en un tiempo, tiempo memorable,
 los acosamos en su propio suelo ;
 los que el godo pendon hasta la Francia!

arboramos con bélico desvelo,
 hoy del árabe estúpido temblamos: el ab
 en la opulenta Iberia le miramos :
 ¿quése hiciera el valor? ¿qué la arrogancia?
 qué el despreciar la muerte,
 muy mas deseable que los duros hierros,
 à todo varon fuerte?

¡Hierros!... ¡oh nunca, nunca, yo lo juro:
 que el cielo hoy los entrega en nuestras manos,
 á donde corren ciegos en su arrojito.
 Aquí hallarán en cada ibero un muro,
 y su orgullo y sus dolos verá vanos
 el Guadalete, con su sangre rojo.
 Mal su insolencia fiera
 presupe el esterminio que la espera
 en mis valientes huestes aguerridas;
 la flor de España son, hijos de Marte
 que en marchas repetidas
 desde sus tierras à mi voz vinieron
 al lauro que les brinda mi estandarte.
 Los que el Betis florifero produce,
 los que el Guadiana saludó en su cuna;
 del Ebro caudaloso los valientes,

los que las peñas ásperas rompieron
de la fragosa Asturias diligentes;
cuantos el Tajo en su estension aduna,
cuantos la fiel Cantabria me conduce
son la esperanza en que la patria estriva;
por cuyo osado pecho
su mancillado honor, su luz reviva.

A tanta turba el campo viene estrecho:
prontas estan para la santa empresa
las máquinas; las armas y vitualla;
tienen los gefes ya mi órden espresa,
y en el lance vereis cuanto previno
lo que hora el lábio calla.

Sus, pues noble progenie: al arma todos
que aun cuando en este bélico concierto
no fuese el lauro que esperais tan cierto,
jamás murieron sin honor los godos.

Ni el de Ismael se ria;
ni su poder tiránico mas crezca
en tanto estrago y mortandad impia
como gime este suelo malhadado.
¡Caiga sobre ellos nuestro lúgubre hado,
y quien nos hizo el mal, en él perezca!

El cielo nos protege en contra suya;
el cielo, á quien ultrajan los infieles
y en nosotros su herencia impios huellan.
Hagan vuestros aceros que rehuya
del lugar sacrosanto que atropellan
su inmunda faz, sus ánimos crueles.
¿O á sufrir vuestra fe será bastante
que el falaz alcoran quien mande sea
sobre la ley que del eterno mana?
¿será que España sus torreones vea
con oprobio trocar la cruz radiante
por la idólatra luna musulmana?
¡Desgracia á quien cobarde lo tolere!
desgracia á quien no trate
de estorbarlo con brio en la demanda,
y su honor no rescate,
y dignas obras de valor no hiciere
cuales su nombre y religion lo manda.
Llegad, venid, lidiad, vened conmigo:
que en el ardiente fuego en que me abraso,
sin tornarse jamás un solo paso
sabrà triunfar, ó morirá Rodrigo.»

Dijo el monarca, y la dorada espuela

aplicando al caballo, con su gente
 heróico al campo vuéla;
 mientras eco sonando tristemente
 las últimas palabras con estruendo,
 ¡Morirá! ¡morirá! fue repitiendo.

Cumplióse este decreto por su daño:
 que mal de Dios el patrocinio invoca,
 pues aun su justa cólera provoca,
 de Rodrigo a Florinda el torpe engaño:
 y en tan triste jornada,
 él infuasto perece; ¡
 y tu vigor ¡oh patria! desfallece
 al yugo del alarbe sujeta.



UNA MAÑANA

DE PRIMAVERA EN EL RETIRO.

I.

Blando frescor de primavera hermosa,
 que al soplo del Favonio lisongero
 haces brotar á la encantada rosa,
 y sueltas á las fuentes el venero:
 tú que á la turba alada que reposa
 plácido inspiras el cantar primero,
 lejos del hombre, y libre de pasiones,
 llévame al campo á disfrutar tus dones.

II.

El cortesano en la mullida pluma
 aun yace en torpe sueño sepultado:
 sin que su necia flojedad presume
 que ya el sol en oriente ha despuntado;
 en buen hora en el ócio se consume
 quien desprecia la esteva y el arado;
 y de puestos sediento y de riqueza,
 casi ignora lo que es naturaleza.

III.

En tanto guio yo la libre planta,
 y en el Retiro extático me encuentro;
 mansion adonde el alma se levanta,
 y halla mi corazón su propio centro.
 Entre sus calles, de espesura tanta,
 en mi sola existencia me concentro,
 dando rienda á la ardiente fantasía,
 que sus influjos mágicos me envía.

IV.

Templada luz la bóveda ilumina
 pura como el cristal; el viento orea,
 y preciosos aromas disemina
 de tanto arbusto y flor como menea.
 La humilde malva y la robusta encina
 sienten el nuevo sol que las recrea:
 que al asomar su faz hiere primero
 el techo del gracioso embarcadero. (1)

V.

Blandos sus rayos desde allí resbalan,
 y en el diáfano estanque repartidos
 en cada olilla un nuevo sol señalan
 con brillantes reflejos confundidos.
 La superficie desde el fondo escalan
 al ver la luz los peces escondidos:
 y gira cada cual, se lanza, y cruza
 en alegre y porfiada escaramuza.

(1) Efecto de la salida del sol en el estanque grande.

VI.

Por do quiera se nota el movimiento
y espíritu vital con que se agitan
los moradores ágiles del viento ,
y los que el bosque entretegido habitan:
y en este solo y dulce apartamiento
con mudas voces á mi pecho gritan,
que medite y que goce entre placeres
la grata estancia de tan varios seres.

VII.

De este castaño á la apacible sombra
¡oh calma celestial! á tí me entrego,
posado el cuerpo en la verdosa alfombra,
que muestra de la aurora el leve riesgo.
¡Cuál á la mente embebecida asombra
esta diversidad, y vario juego
de pájaros, insectos, vegetales,
en vuelo, industria y forma desiguales!

VIII.

¿No es verdad que al cantar tu estacion bella
Thomson meditador, ledo yacias
en una igual mansion, y que desde ella
supiste describir lo que veias?
¡Oh si de tu almo genio una centella
cayera fácil en las rimas mias,
como igualando tu riqueza rara
aqui la primavera retratára!

IX.

Su virginal verdor fácil colora
la copa de los árboles espesos:
inspirando á la turba voladora
sus dulcísimos cánticos traviesos:
á la vecina fuente hace sonora;
y la abeja zumbando entre cantuesos,
y tanta hoja del céfiro agitada,
hacen aqui su principal morada.

X.

Del Guadarrama la soberbia cumbre
se reviste de plácidos colores;
y de nieve la enorme pesadumbre
fluye entre riachuelos bienhechores.
En su falda se ve la muchedumbre
de manadas sesteando por las flores;
y en la ancha vega que á sus pies se tiende,
la corva reja que la tierra hiende.

XI.

Rauda la alondra se encarama al cielo,
y en el eter purísimo se oculta:
suspira el ruiseñor su triste duelo,
y en el espeso bosque se sepulta.
¡Oh cual al escucharle en su desvelo,
cierto inefable júbilo resulta
en quien mirando su desierto nido
lamenta algun objeto que ha perdido!

XII.

De almendros entre el cándido follage,
con el diverso verde contrastando,
se alza el techo de rústico hospedage
del colono el abrigo remedando. (1)
De la fresca mansión de su bosque
las tórtolas me dan su arrullo blando:
la tímida gallina cacarea,
y el sosiego me pinta de la aldea.

XIII.

Sí: no estoy en la corte: aquestos huertos
que los pimpollos por la cerca asoman,
y en esperanza dan los frutos ciertos;
las hortalizas que de nuevo toman
posesion en los cuadros antes yertos;
y las ásperas vides que se doman
del brazo agricultor al alvedrio,
todo enagena el pensamiento mio.

(1) La casa Rústica.

XIV.

Todo me hace invocar la docta lira
de Virgilio posodrento (1)
á quien el númen superior inspira
campestre tono en número armonioso.
Su aínaa musa por los campos gira
dando al colono leyes de reposo
en el paterno hogar, cuyas labores
describe fiel en pró de sus sudores.

XV.

Desde que en Aries el mayor planeta
triunfa glorioso del ceñudo invierno,
hasta que el equinoccio le sujeta
dando al día y la noche igual gobierno,
las rústicas tareas le decreta
con sábia voz, y con amor materno.
¡Feliz quien las egerce, y así alcanza
su tranquilo vivir en la labranza!

(1) El P. Vaan'er en su *Prædium rústicum*.

XVI.

Solo en el campo reina la inocencia:
solo en el campo existen los instantes
de paz, y de alegría, y complacencia
que gozan sus felices habitantes:
calma de las pasiones la violencia
entre sus cuadros bellos y abundantes,
y en dulcísimos raptos embriagado,
ve aquí el mortal su primitivo estado.

XVII.

¡Así, benigno el cielo á mi deseo,
una mansion me diese solitaria,
do riéra del loco devanéó
del nécio mundo, y de su escena vária.
Después de la virtud y su alto empleo,
única cosa al hombre necesaria,
en vano busca la dichosa vida,
que en mundanos afectos no se anida.

XVIII.

Ni el oro criminal lograrla puede:
ni el sibarita lujo, el saber vano,
ni la ambicion, que en poderio escede
á toda otra pasion del ser humano;
que á su propia grandeza todo cede:
y de la tierra augusto soberano,
es superior su corazon á todo
cuanto dimane del terrestre lodo.

XIX.

De si solo depende, y donde quiera
felicidad le aguarda, si discreto
sabe elevarse á su natal esfera,
y no al vil apetito estar sujeto;
ya un reino en alto solio dirigiera
merecedor del general respeto;
ó ya del orbe en el opuesto cabo
en duros hierros lamentase esclavo.

XX.

Mas si á cada uno grata la fortuna
segun su inclinacion los bienes diese,
quien juzgára mansion mas oportuna
las grandes cortes do notado fuese.
Alli ostentado su vetusta cuna,
ó el talento tal vez que no tuviese,
siguiera de los necios el eemplo,
trepar logrando del poder al templo.

XXI.

Y quien, de inclinacion mas vagamunda,
envidiára la suerte del que gira
del globo todo la extension secunda,
que hoy un polo, mañana el otro mira:
y como en el variar su gusto funda,
en progresion no interrumpida admira
al tosco Musulman, al indio inculto,
al áspero Breton, al Galo culto.

XXII.

Y llenando el espíritu sediento
de ideas, de costumbres y noticias,
cual abejilla que vagando al viento
halla en flores diversas sus delicias,
al paternal hogar vuelve contento,
y allí de su saber dá las primicias
á la amiga reunion que le rodea,
y sin viajar como él, saber desea.

XXIII.

Mas ¡oh débil mortal inconcebible,
y cuanto en tus efectos eres vario :
pues hay quien gusta de la lid horrible,
y el hierro y fuego afronta temerario!
ni hay concierto para el mas apacible
que del cañon el trueno sanguinario,
y el doblar de los roncós atambores,
nuncios dellanto, de horfandad y horrores.

XXIV.

Mientras aquel de mas humano pecho,
amante de las artes, se tendria
por feliz habitando un noble techo,
construido con notable simetria :
altas columnas en medido trecho
sostubieran la vasta galeria,
y el suntuoso arteson, cuyos confines
sombreasen los floríferos jardines.

XXV.

En tan rico depósito hacinára
los nobles grupos de *Michael* divino,
con cuánto da la antigüedad avara
cavando el Herculano peregrino.
Ni en sus ricos salones fuera rara
la hermosa valentia del *Urbino*
ni en sus parques las fuentes sonoras,
urnas, cascadas, grutas caprichosas.

XXVI.

¿Y quién á numerar será bastante
de los varios deseos de cada uno
el voto, desigual como el semblante?
Jamás la dicha consiguiera alguno
cuando, por más que hiciese vigilante,
un medio solo fuera el oportuno,
al que aspirando en implacable guerra
campo de eterna lid fuese la tierra.

XXVII.

Esto previendo el Dueño soberano,
gustos distintos diera á los mortales,
para que en la obra de su diestra mano
brillasen competencias desiguales;
y bebiendo la dicha cada humano
en opuestos, y claros manantiales,
gozasen todos de sus propios gustos,
según la edad, y suerte, y vida justos

XXVIII.

No sé, de estos resortes misteriosos,
cuales por mi destino combinados
sembraron de mis años venturosos
el amor á los gustos moderados.
El campo es pues mi esfera; y los grandiosos
objetos con que brinda en todos lados
hallarán siempre en mí la preferencia
más bien que el nombre, la ambición y ciencia.

XXIX.

En el centro de un bosque, á la corriente,
de una vena copiosa, limpia y pura,
un vergel y una choza solamente
hagan de mi existencia la ventura.
Y lejos de mí tenga, aunque de frente,
una ciudad que acrezca la dulzura
de mi plácido asilo, desde donde
burle los daños que en su seno esconde.

XXX.

Tal el pastor desde la inmoble roca
 que azota el mar con furia embravecida,
 ve de las ondas la arrogancia loca
 amargar impotentes su guarida:
 la triste nao que ya los cielos toca,
 y ya barre el abismo sumergida
 lastimado divisa, y no envidioso
 de quien vende á los vientos su reposo.

XXXI.

Harto de los que bienes llama el mundo
 la falsedad aleve conociera:
 bebí en la copa del placer fecundo
 que acibarada hiel en mí vertiera:
 quise surear el pielago profundo
 del saber borrascoso y sin ribera:
 corrí ciego tras otras ilusiones:
 ¿y que logré? ¡ay de mí! solo aflicciones. (1)

(1) *Et ecce universa vanitas, et afflictio spiritus.*
 Ecclesiastes. Cap. I verso 14.

XXXII.

¡Oh cuanto mas veraz naturaleza,
 de quien la sigue fiel el pecho halaga,
 y ostentando á sus ojos su riqueza,
 en éxtasis suavísimos le embriaga!
 Un sentimiento augusto de grandeza
 al pisar sus mansiones se propaga,
 cual en antiguo templo, que arruinado
 recuerda la deidad que le ha llenado.

XXXIII.

Si, que en los campos venturoso el hombre
 reinó cual otro Dios en su inocencia:
 ¡rápida dicha, cuyo solo nombre
 mueve juntos dolor y complacencia!
 ¿Qué humana mente habrá que no se asombre
 al ponderar la amarga diferencia
 que el crimen poner pudo de repente
 entre el hombre sumiso ó delincuente?

XXXIV.

¡Edem encantador! como tu idea,
 por el sublime Milton retratada,
 muy mas en este sitio me recrea,
 trasunto fiel de tan feliz morada!
 Esta estension amena que florea
 de mil y mil esencias perfumada;
 estos retretes llenos de verdura,
 en donde el arte cede á la natura.

XXXV.

Estas opacas calles, cuyo verde
 los solares reflejos quebrantando,
 en matices levísimos se pierde,
 dulces abrigos al canoroso bando,
 hacen que suavemente se recuerde
 tan mágica ilusion: al sueño blando
 aquí Adan me imagino que se entrega:
 mientras Favonio en sus cabellos juega.

XXXVI.

Tal vez siguiendo el murmurar vecino
 del argentado arroyo que sonaba,
 hasta la margen silenciosa vino
 de esta fuente que á sí le convidaba.
 Y en su líquido espejo cristalino
 que el florido contorno retraba,
 extático dudó si el velo terso
 pudiera contener otro universo.

XXXVII.

Mas ve al pomposo cisne, que el enbiesto
 cuello doblando de color nevado,
 por la espaciosa concha voga presto
 al inverso en las aguas retratado.
 Entonces ve el prodigio manifiesto,
 y de su propia faz el fiel traslado:
 y en sus preciosos rasgos inmortales
 la esencia de los dones celestiales.

XXXVIII.

O al asomar el sol su disco de oro
 reververando el Tigris su vislumbre, (1)
 unido de los ángeles al coro,
 prosternarse le miro en esta cumbre.
 Ve desde ella el espléndido tesoro
 de seres y su inmensa muchedumbre,
 à quienes juntos en la verde alfombra
 Segun su especie y propiedades nombra.

XXXIX.

¡Tosca cabaña que del suelo apenas
 de esta encina al arrimo te levantas:
 otra cual tú tegida de azucenas,
 de arbustos varios y robustas plantas
 miró sus noches de delicias llenas
 acompañadas de legiones santas:
 legiones que el empíreo abandonaban;
 ¡tal placer con Adan esperimentaban!

(1) Uno de los cuatro rios que bañaban el Paraiso.

XL.

En el ardor de la abrasada siesta,
 respirando con Eva suave aroma,
 al modular de la sagrada orquesta
 de una gruta á la entrada asiento toma:
 y al bello Rafael, que ya se apresta
 à perorar en celestial idioma,
 ambos esposos oyen asombrados
 la narracion de los sublimes hados.

XLI.

Y dice los fulgentes batallones
 que fieles á Jeová permanecieron
 en medio de las célicas facciones
 con que las salas del olimpo ardieron.
 El osado furor de las legiones
 que al protervo Luzbel obedecieron;
 hasta que del Señor el hijo santo
 trocó sus glorias en eterno llanto.

XLII.

Luego canta el amor, á cuyo influjo
cediendo el sumo Ser su omnipotencia,
la portentosa máquina produjo
de tanto mundo, bello á competencia:
y cual en el que ven les introdujo,
donde dichosa fuese su existencia,
sí, fieles al precepto soberano,
no gustasen jamas el fruto insano.

XLIII.

¡Que misterios sublimes, que secretos,
sabidos solo de encumbrados seres,
fueron de su atencion caros objetos
en aquella mansion de los placeres!
¡Ay! ¿por qué, solamente á Dios sujetos,
siguieron enemigos pareceres,
que les robaron su inmortal reposo?
¿Tan difícil al hombre es ser dichoso?

XLIV.

Corre ya, Musa, el velo á esta pintura
que su infiel condicion retrata al alma:
torna de aqueste sitio á la hermosura,
y entóname su regalada calma.
Seguiré de este bosque la espesura,
donde una y otra copa que se empalma
construyendo verdoso gabinete,
brindan al numen en amena quiete.

XLV.

El castaño al encino entretegido,
de su tierno boton en los colores
mezcla el blanco al carmin mas encendido
con el matiz opuesto de sus flores.
Aqui el ambiente puro queda enchido
de celestes perfumes, no inferiores
á los que Arabia en sus campiñas tiende
y á la insensata Europa ufana vende.

XLVI.

¡Que profusion! la tímida viola
borda de la ancha senda los confines:
en sus regueros brilla la amapola,
I. jacobea sigue entre jazmines:
I. margarita de oro se interpola
á la azul globularia, y los jardines
á donde el arte apura su destreza
vence sin arte aquí naturaleza.

XLVII.

Tal vez las hojas que á merced del viento
giran, ya de su tronco desprendidas,
confunden su indeciso movimiento
con mil mariposillas encendidas:
gozando con placer de otro elemento
que el que animó sus anteriores vidas,
con inconstante vuelo le pasean,
y de una flor en otra se recrean.

XLVIII.

La magestuosa arcada me conduce
hasta el chinesco lago, cuya forma
á la engañada fantasía induce
el lujo de Pequin con quien conforma; (1)
en la pintada cúpula reluce
el sol que en mil cambiantes la trasforma;
mientras que del dosel en las orillas
mece el aire sonoras campanillas.

XLIX.

De aquí un vasto horizonte divisando,
á mis ojos se ofrece lo primero
el recuerdo inmortal del gran Fernando,
si ese pensil antiguo considero. (2)

(1) La pesquera chinesca.

(2) Los jardines, teatro y palacio de Fernando VI.

El vetusto diseño va borrando
el tiempo, siempre en desolar severo:
y muerto ya en sus restos el cultivo,
presta á la reflexion ámplio motivo.

L.

Aquí vivió y gozó tan ricos dones
el que en paterno cetro rigió á España:
esos trozos de rotos artesones
que coronan el musgo y la espadaña;
esas columnas, ya sin proporciones,
fueron alcanzar de riqueza estraña,
desde donde con cálculos profundos
acertó á ser monarca de dos mundos.

LI.

Los restos del famoso coliseo
donde reunida la lujosa corte
erigió al arte sinigual trofeo
dando dechados al celoso Norte,

entre escombros ruinosos tambien veo: Y
haciendo que mi mente se transporte mus
á la época feliz en la que solas ~~amary~~ ~~and~~
dominaron las musas española. ~~de seiv~~

LII.

Cuál astro infausto en perseguir se ostina
á la que al orbe todo miró esclavo,
la que suya contó la indiana mina,
y ser diera al científico y al bravo?
Hoy ¡ infando dolor! yaces mezquina
patria querida, y de tu gloria al cabo,
nada presentas que al viagero asombre
sino el rumor de tu pasado nombre.

LIII.

Quando el que estos palacios erigiera
bienhadado existió, las ciencias y artes
en tí fijaron su luciente estera,
y fueron espantosos tus baluartes,

Y el oro que la América te diera;
aumentando tu brillo en todas partes;
las guerras evitó, y en regocijos
viste ahorrada la sangre de tus hijos. (1)

LIV.

¡Qué grandioso espectáculo retrata
bajo de un terso y azulado cielo
la vista de Madrid que se dilata
en larga línea por el llano suelo!
Desde aquí miro la campiña grata
que dió al canal un soberano anhelo;
el techo del Museo al diestro lado,
y frente á mí los árboles del Prado.

(1) Alusión al carácter de Fernando VI, que prefería componer con dinero sus diferencias con los demás gabinetes, y á su inclinacion á las diversiones públicas.

LV.

De edificios diversos el conjunto,
alternando con largos chapiteles,
entretiene la vista en este punto
mezclado con los plácidos vergeles.
De los portentos góticos trasunto,
eternizar pudiera á mil pinceles
si, sin hacer á la verdad ultrage,
pudiesen imitar este paisaje.

LVI.

El espesor de la floresta umbria
la noble puerta por mitad me oculta
que á las de la gran Roma desafia,
labrada en otra edad no menos culta. (1)

(1) La puerta de Alcalá.

El gran Cárlos III la erigia,
con cuyo nombre al tiempo mismo insulta:
que acatando sus régios beneficios,
intactos dejará sus edificios.

LVII.

¿Mas que horrisono grito el sosegado
silencio turba de este sitio ameno,
y de espacio en espacio reflejado,
el eco copia de lejano trueno?
Es el leon que gime encarcelado, (2)
y al ver desde su jaula el dia sereno,
por los desiertos de Africa suspira,
y exala en su rugir la inútil ira.

LVIII.

Junto á él tambien el imparable tigre
circula en la prision que le detiene,

(2) La casa de las fieras. Cuando se compuso este poema no existia aun la bellissima que hoy se ve tan poblada de diferentes cuadrúpedos y aves.

y á la Hircania le veda que se emigre,
do no hay poder que su índole refrene;
pero en hierros aqui, sin que peligre
el estudioso que á observarle viene,
en vano al verle su furor se aumenta,
pues cautivo del hombre se presenta.

LIX.

Abatida se vé la águila noble
que algun dia bebió del sol los rayos:
y aunque las régias alas mas redoble,
conoce al fin supérfluos sus ensayos:
Yace á la reja en su despecho inmoble:
sin que del cautiverio á los desmayos
la magestad de su carácter rinda,
que á contemplar su continente brinda.

LX.

El oso torpe hácia la luz avanza,
por si los hielos de Laponia siente:

y el leopardo sangriento en la venganza
rechina en la prision ocultamente.
Y cada cual enfurecido lanza
el grito de su cólera impotente ,
viendo que de su cárcel al contorno
el sol primaveral da nuevo adorno.

LXI.

¡Poder del hombre osado que superas
del aire la region , del mar el ceño,
y las enormes fuerzas de las fieras ,
como del universo único dueño !
Bien es que en su provecho te egercieras,
ó al placer aplicases el empeño ;
mas ¡ ay ! que lo inocente de tus usos
verse suelen trocados en abusos.

LXII.

De aquestas fieras el diverso grito
ya me traslada á la famosa Roma:
el Circo miro de ámbito infinito,

el Capitolio y la tarpeya loma.
El pueblo rey se sienta en su distrito :
de los cónsules ya la insignia asoma ,
que al recreo del pueblo presidiendo,
las vastas galerias van subiendo.

LXIII.

Resuenan los clarines el asalto :
corre el retiario á abrir la doble puerta, (1)
y huye luego que vé con sobresalto
que el pinto tigre la salida acierta
y da sobre la arena enorme salto
conque la espectacion comun despierta,
y el pavor que del pecho se apodera
del gladiador membrudo que le espera.

(1) Retiario se llamaba el gladiador que luchaba
defendido con una red.

LXIV

O ya el bruto sucumbe al repetido
impulso del puñal que le destroza,
ó triunfa, y con horrífico halarido
en desgarrar su víctima se goza.
Clama entonces el pueblo encruelecido
al ay del moribundo que solloza:
gritándole insolente su voz fiera
que le respete y con decoro muera. (1)

LXV.

Entre el batir de triunfadoras manos
el anfiteatro resonó mil veces

(1) Había llegado á tal grado el refinamiento de la crueldad, que se exigía de las víctimas que al desfallecer cayesen con gracia.

«échense á los leones los cristianos (1)
que de la especie humana son las heces»
Mas vano fue el furor, los gritos vanos,
y vana la sevicia de los jueces:
que tanta sangre fiel que el circo absorbe
conquistó derramada todo el orbe.

LXVI.

Mas alto el sol vibrando aureas saetas
al dulce apartamiento me convida
de estas frescas estancias tan secretas,
en que la alada muchedumbre anida.
Las plumosas camillas donde quietas
á la prole fomentan tan querida,
resuenan con el canto vocinglero
de la calandria, el mirlo y el gilguero.

(1) Grito del populacho gentil ; *Christiani ad leones!*

LXVII.

Vecinos de esta noria solitaria,
y à su cadente son acompañando,
observo atento la tarea varia
que su hermosa existencia va ocupando:
quien con sagacidad extraordinaria
el blando musgo arranca y va volando,
y con él y las plumas de su pecho
mulle á su voluntad el nupcial lecho.

LXVIII.

Bajan otros al cauce, y en su pico
acaudalando cristalinas gotas;
á lo alto llevan su tesoro rico,
y con él cierran sus casillas rotas,
quienes ascechan el insecto chico,
ó arrebatan al vuelo leves motas:
quienes del alto encino coronado
cuentan los largos climas que han viajado.

LXIX.

Que no toda esta aligera colonia (1)
en el patrio solar moró constante:
ni ha mucho que la antigua Babilonia
para escuchar sus himnos fue bastante.
En sus ruinas los vió Lacedemonia
numerosos reunirse en un instante,
á la señal que el zéfiro temprano
hizo en las bellas islas de Océano.

LXX.

Obedientes entonces al instinto
con que les hace obrar la Providencia,
el viage emprenden á pais distinto
donde crien la tierna descendencia.
Formando caprichoso laberinto,
cortan unas del cielo la eminencia,

(1) Emigracion de las aves á nuestras regiones.

(191)

y otras en largos triángulos unidos
atravesan las nubes precavidos.

LXXI.

Y llegan, y con músicos acentos
animan nuestros campos á porfia :
la antigua habitacion buscan contentos
que ha de ser cuna de la nueva cria.
Del labrador los pobres aposentos
busca la golondrina y á ellos guia;
el becafigo entre los matos queda,
y el dulce ruiseñor en la arboleda.

LXXII.

Pero otoño vendrá, y antes que acabe (1)
emprenderán su vuelta á otras regiones,
en donde reine la temperie suave
lejos de los furiosos aquilones.
Del oriente en las selvas algun ave

(1) Regreso de las aves á climas mas templados.

(195)

celebrará tambien nuestras mansiones:
de este sitio la calma y los encantos:
y no será el peor trozo de sus cantos.

LXXIII.

Decid tambien, hermosas criaturas,
que aqui os acompañaba un solitario,
de quien os visteis observar seguras
en el reposo ó en el giro vario:
que son sus intenciones siempre puras,
y de nadie profesa ser contrario;
y sin causa infeliz al contemplarse,
con vosotras venia á consolarse.

LXXIV.

De la corte se siente ya el bullicio:
el rodar de los coches sin sosiego:
y tornando cada uno á su egercicio,
vuelve á empezar el cotidiano juego.
Pocos á la virtud, hartos al vicio

(196)

van à entregarse en torbellino ciego :
que el hombre apenas á la luz despierta,
están ya sus pasiones muy alerta.

LXXV.

En el modesto templo que preside (1)
de este sitio el recinto sosegado ,
la campana en los golpes que despide
anuncia el sacrificio preparado.
Con pausado compas el tiempo mide ,
llamando con instancia al que alejado
vagá pensoso estos floridos senos ,
y le acrece sus éxtasis amenos.

LXXVI.

Tambien el nuevo dia á mi me llama
á donde es bien que laborioso me halle:
y que abandone tal solaz me clama ,
veloz volviendo á la ruidosa calle.

(1) La iglesia parroquial del mismo real sitio.

(197)

¡Estancia en que mi espíritu se inflama,
quédate á Dios! ¡á Dios frondoso valle,
á quien con mas placer cada vez miro:
fuerza es dejarte; á Dios, á Dios, Retiro



**DOÑA BLANCA DE BORBON,
AL REY D. PEDRO. (1)**

Heroïda.

De la oscura mansion en que lamento
de un esposo los tristes desvarios,
estas letras te mando, mas formadas
que con la tinta con el llanto mio.
Las últimas serán que de mi veas:

(1) Entre los varios hechos que refiere la historia del rey don Pedro I, apellidado *el cruel*, es uno haber quitado la vida à doña Blanca de Borbon, prince-

pues para consumarte en los delitos,
sé que mi fin, por el que tanto anhelas,
ordenado le tienes. El cuchillo,
el dogal, la ponzoña se te ofrecen;
y si quieres gozarte en mis martirios,
invoca la barbarie, que en tu pecho
su natural mansion siempre ha tenido.
De cruel te precias, cruel te denominan,
no desmientas tu ser para conmigo:
que si es Blanca tu víctima prostrera,
benedicirá serena su esterminio.
Tal vez mi sangre, que á la tuya iguala,
holocausto será con que propicio
el sumo Dios que á los monarcas guarda,

sa de Francia y esposa suya, por casarse con don Juan de Castro. Este es el argumento de la presente heroïda, suponiéndola escrita por doña Blanca desde su encierro, noticiosa ya del fin que se le preparaba. Como poeta presento aquí al monarca bajo el aspecto de la crueldad, que es el mas favorable á la impetuosidad de los afectos de que debia estar poseida en aquellas circunstancias su esposa: pues no faltan quienes relativamente à otras acciones de su vida justifican à don Pedro con el renombre de *Justiciero*.

mude tu corazon por un prodigio.
 ¡Dichosa yo, dichosa de la España,
 digna de que la rija un rey benigno :
 y mas dichoso tú, si victorioso
 del tropel de tus locos descarrios,
 vuelto á la Religion y las virtudes,
 hicieses de tu reino un paraíso !

¿Y por qué no?... Los cielos bondadosos
 en tu pecho sembraron desde niño
 mil sobrehumanas prendas, cual un fuego
 que hoy cubren las cenizas de los vicios.
 De Alonso el noble, vástago primero,
 los tres lustros tuvieras no cumplidos,
 cuando al trono subiste de Castilla,
 exacta copia del paterno tipo.
 ¡Que de tí no contaban en las Galias!
 ¡y como en tu retrato peregrino
 creí mirar el ser, en cuyos lazos
 me aguardaban los días mas tranquilos!
 En tí el hijo de un héroe contemplaba

que domando el furor de los partidos, (1)
 dió la paz á Castilla dividida
 á impulso de ambiciosos enemigos;
 de aquel que con política profunda
 burlando los hostiles artificios,
 hizo que sus contrarios discordasen
 debilitando asi su poderio.
 El vencedor de Toro y de Zamora :
 el que á Valladolid refrenó invicto :
 y tanto como bravo generoso,
 supo indultar triunfante á los vencidos.
 Sí : la fama de Alonso llenó el mundo :
 sus victorias juzgábanse prodigios :
 absorto Portugal las acataba :
 y en mal hora empeñado el Berberisco
 se afaná en hacer suyos tantos lauros,
 reconquistando un suelo ya perdido.

(1) Formaron estos partidos los regentes que habían quedado en la menor edad de don Alonso, don Juan Manuel su tio, y don Juan, el Tuerto, los cuales se juramentaron contra él en Cigales; pero la política de don Pedro consiguió que se desaviniesen.

Aun llora el musulman á sus valientes
 que mordieron el polvo enrojecido
 á orillas del Salado: aun este corre
 de cuatrocientos mil con sangre tinto: (1)
 ¡victoria nunca vista, con que el cielo
 premió á un monarca generoso y pio!

Asi que cuando tierno demandaste
 á mí en santa coyunda ser unido,
 mas feliz me juzgué que cuantas hembras
 coronaron su sien en otros siglos.
 No por el resplandor de una diadema,
 bajo de cuyo adorno y falaz brillo
 frecuentemente oculta permanece
 otra de abrojos mil desconocidos;
 sino por las hermosas esperanzas
 que de tal padre prometiera un hijo.
 Vine á España, te ví, quedé prendada:

(1) En la prodigiosa batalla del Salado quedaron en el campo cuatrocientos mil árabes vencidos por solo veinte mil cristianos, que componian el ejército de Castilla y de Portugal.

¡tales eran los dotes esquisitos
 que en tu exterior natura prodigára,
 para mejor en tí cubrir lo inicuo!
 Dalce como la miel en tus razones,
 gentil, apuesto, cortesano y fino,
 el alma me robaste por los ojos,
 sorprendiendo engañoso mis sentidos.
 ¡Cómo, ay triste, pudiera imaginarme
 en medio de la pompa y regocijo,
 en medio de los vivas y festejos
 que prodigó Sevilla al nombre mio,
 que presto se cambiasen mis placeres
 en enojos, en llantos, en ludibrio!
 Pero saciaste apenas en mis gracias,
 no, ¡bárbaro! tu amor, mas tu apetito,
 cuando ya la esquivéz é indiferencia
 el lugar ocuparon del cariño.
 Noches enteras de llorar cansada,
 de mi retrete en el callado asilo
 gemí tu desamor y tus ausencias:
 y al escuchar pretestos mal urdidos
 con que por cohonestarlas te esforzabas
 cuando al alba volvias no tranquilo,

mi pasión conjurada con tu engaño
 acertó á disculparte en tus delitos,
 reputando sospechas injuriosas
 de mi pecho leal los vaticinios.
 ¿Por qué siquiera, Pedro, no fingiste
 tiempo mas largo á un ánimo sencillo?
 ¿Por qué de pronto la engañosa venda
 arrancar que ocultaba tu artificio?
 Juzgárate yo fiel, aunque no fueras:
 amárate, aun dudando si eras digno;
 pero quisiste por mayor escarnio
 que á una dura verdad probase el filo.

Sí: con desdoro de tu nombre agosto,
 profanando sacrilego los ritos
 con que la religión unió dos almas,
 dos tronos, dos naciones al unirnos,
 á fuer de malhechor que vagamundo
 deja su albergue y patrio domicilio,
 seguiste á la Padilla, y en sus lazos

hiciste profesion del mas rendido. (1)
 Públicamente lo miró Castilla:
 los Ricoshombres, los plebeyos mismos
 escándalo tamaño motejaron:
 yo, yo sola ingnoraba tales dichos;
 hasta que en una noche... ¡noche infausta!
 cuando luchando tímida conmigo
 cerraba apenas los llorosos ojos,
 de gente de armas el rubor percibo.
 Se acercan á mi estancia: caen de pronto
 los candados y llaves en que fio
 mi amarga soledad: se me aproximan;
 y reflejando del acero el brillo
 á la pálida luz de las linternas,
 con la muerte amenazan á mis gritos.
 Vendada entre la turba me conducen
 de pieza en pieza por el real recinto,
 y con silencio lúgubre igualmente
 de la ciudad conozco que salimos.
 Como mansa ovejuela, á la que arrastran

(1) Se enamoró don Pedro, y aun hay quien asegura que se casó con doña Maria de Padilla.

á ser hostia en cruento sacrificio,
sellé mis labios, siendo mi language
tan solos los sollozos y suspiros.

Algun pecho, sin duda mas piadoso,
aun de los de tus órdenes ministros,
que escucharlos sin lástima no pudo,
en baja voz al oido así me dijo:

«A Dios, las preces dirigid, señora: (1)

»á encerrar os llevamos á un castillo:

»que ya el rey, entregado á la Padilla,

»á la virtuosa Blanca da al olvido.»

¡Ay cual su compasion, (prémiela el cielo
fue para mi mortífero cuchillo

que al alma dividiera! ¡ay cual la muerte
habría á tales nuevas preferido!

Pedro olvidarme! ¡posponerme Pedro
á un amor ilegítimo é indigno,

(1) Suponiéndose que ocultaria cuidadosamente D. Pedro á su esposa sus amores con doña Maria recurro á este artificio poético, así como al que uso para que sepa doña Blanca la muerte que le amenaza hallándose aprisionada y sin comunicacion alguna.

y para abandonarse libremente
galardonar á Blanca con desvios!
la aurora en fin, no cual me vió algun día,
empezó á destellar sus claros visos,
cuando en aqueste fuerte me introducen,
donde ha seis años que muriendo vivo.

En lo mas interior de sus estancias,
que dobles puertas guardan: triste sitio
casi privado de la luz que el cielo
dispensa á los mortales para alivio,
sola quedé: del orbe abandonada;
mas no de aquel que desde el alto Empireo
ve al justo padecer, y se complace
en que así gane el premio merecido.
Libre de la ilusion que desde el trono
al mas cuerdo deslumbra con prestigios,
ví la verdad de tus acciones todas
y el monstruo que me cupo por marido (1)

(1) Mató á doña Leonor de Cuzman concubina de su padre, y de quien tuvo á don Enrique, que huyó á Asturias. Permitaseme aquí un obsequio á la amistad

«¡ Infelice Leonor! clamé mil veces,
 mal pretendió tu bárbaro asesino
 colorear con el nombre de justicia
 un hecho atroz, un ilegal castigo.
 ¿Es crimen el amar? ¿merece muerte
 la mugeril flaqueza, de continuo
 por el poder de un rey circunvalada,
 si tierna cede en fin al poderío?
 ¡Sexo infeliz por solo estar sujeto
 al mas fuerte! tus leves estravios
 crímenes han de ser si el hombre quiere;
 juventudes no mas los de si mismo.
 Amó Leonor á Alfonso, amó á un monarca;
 pero en su sucesor es ya sabido

en la persona de don Mariano de Eguia, natural de Bilbao, cuya modestia, negándose á dar á luz muchísimas composiciones poéticas que honrerian á la literatura española, cuenta entre ellas una tragedia, cuyo asunto es la muerte de doña Leonor de Guzman, llena de asuntos trágicos, y escrita en purísimo lenguaje, y que ansiaba representarla el célebre Maiquez, y no lo permitieron las circunstancias.

es delito el amar, pues en su esposa
 no castiga al presente otro delito.
 El gran maestro Nuñez como reo
 de deslealtad padece en un suplicio;
 mas ¡ah! que advierto que pasó aquel cargo
 al hermano de tu ídolo querido,
 y en las aras quizá de un amor torpe
 derramaste su sangre en sacrificio.
 Nuevo Cain, persigues á tu hermano,
 que de tus iras anda fugitivo,
 y no bastando de Leonor la sangre,
 anhelas derramar aun la del hijo.
 ¿Asi piensas reinar? ¿asi ganarte
 el corazon de aquellos que sumisos,
 temen á Dios y adoran á los reyes,
 como lo manda el código divino?»

En aquestas amargas reflexiones,
 hijas tan solo del amor mas fino,
 los días y las noches he pasado
 en mi lóbrega estancia confundidos,
 esperando del Dios de las bondades
 de aquel que liquidar sabe los riscos,

que enternezca ese pecho de diamante
 hasta invocarle en su favor contrito.
 Pero ya no lo espero: aunque privada
 de quien pueda anunciarme mi destino,
 ¡bárbaro! lo sé todo; y no has logrado
 el sorprenderme en mi último suspiro.
 La suma Providencia, que sin duda
 quiere que no me coja de improviso
 mi lastimoso fin, ha decretado
 por modo extraño darme sus avisos.
 A deshora esta noche, cuando el sueño (1)
 ocupa á los mortales mas tranquilos,
 al pie de las murallas de este fuerte
 un sonoro instrumento he percibido:
 á una lánguida voz acompañaba,
 la que en conceptos tristes y sentidos
 tus mayores escesos me han cantado.
 ¡Oh santo Dios! ¿acertaré á escribirlo?
 Dejaste á la Padilla abandonada,
 cual víctima inocente de un capricho,

(1) Véase la nota de la pág. 206.

y soltando la rienda á tus pasiones,
 corres de precipicio en precipicio:
 doña Juana de Castro con sus gracias
 y su virtud (justicia es el decirlo)
 tu voluntad conmueve veleidosa:
 y al notar que discreto su albedrío
 á tus instancias el honor no rinde,
 y se niega á un enlace no debido
 viviendo yo; sagaz y poderoso
 buscas de las intrigas el auxilio;
 y merced á venales sentimientos
 consigues anular derechos dignos.
 Sé que mi puesto ocupa doña Juana;
 que es reina de Castilla; y solo pido
 á Dios que el fondo de las almas mira,
 ser á ella quiera mas que á mí propicio.
 Al fin, no tan sin dicha como Blanca,
 un fruto de su amor te ha producido:
 ¡dulce satisfacción que se deniega
 á quien te amó con sin igual cariño!
 ¡Oh si un pequeño Pedro á mi ternura
 hubiese dado el cielo mas benigno!
 sus gracias, su inocencia acaso fueran

para su padre cruel un atractivo.
 Los juegos infantiles le pintáran
 algun bosquejo del amor sencillo
 que su madre infeliz le mereciera,
 y al tenerle en sus brazos... Mas qué digo?
 Bien sabe el justo cielo lo que se hace,
 y yo sumisa su querer bendigo.
 Fuéra tu hijo inhumano, licencioso,
 bárbaro, sin honor, tirano, altivo,
 y tal vez el verdugo de su madre,
 que, como tú, atentase... Ya lo he dicho.

Si, monstruo, á quien las furias alimentan!
 tambien se que mi muerte has decidido;
 que mi triste existencia te embaraza,
 fiscal de tus atroces desvarios,
 y que voy á morir ¡Blanca infelice!
 tu trágico finar está prescrito.
 Asi lo quiere un rey: asi un esposo:
 Dios lo tolera: justo es el cumplirlo.
 Pero sabe tambien, hombre inhumano,
 que apenas salga del terrestre asilo
 el alma de tu esposa coronada,

cuando su sombra en el instante mismo,
 te seguirá sangrienta donde quiera,
 turbando tus infames regocijos.
 Al lado de tu esposa, entre sus brazos,
 espectro formidable he de affigirlos,
 capitaneando la restante turba
 que sus ofensas vengará conmigo.
 Verás mal de tu grado á don Fadrique,
 hermano tuyo, y á don Juan su primo
 á tus ojos luchando enagonia
 y pidiendo á los cielos tu esterminio.
 Verás tambien del último á la madre,
 que á Dios dirige los maternos gritos
 invocando venganza de un tirano:
 Verás, cruel, hasta el monarca mismo
 del reino de Granada, á quien faltaste
 á la fé de un tratado: á quien impio
 apuñalearás con tu propia diestra,
 como al Padre comun te acusa activo. (1)

(1) Aunque las muertes del arzobispo de Santiago
 y del rey Alhamar fueron posteriores á la de doña

Verás que se te acerca el venerable
 pastor de Compostela y su arzobispo,
 y severo te muestra sus heridas,
 sus blancas canas hechas tu ludibrio,
 y en proféticas voces te amenaza
 que no aguanta Dios siempre á los inicuos:
 y me verás á mí; no ya amorosa
 como de nuestra union en los principios;
 mas feroz, vengativa é implacable,
 penetrar con mis quejas tus oidos,
 y maldecir tu nombre, y complacerme
 en tus remordimientos y martirios.

¡Bien pagarás mi muerte, furia horrible
 que lanzó, no sufriendola, el abismo!
 Ni mas quietud, ni mas placer esperes,
 ni para tí el vivir tendrá atractivo;
 sino que los momentos que te aguardan
 han de empezar desde el momento fijo

Blanca, se comete este anacronismo para presentar
 bajo un solo punto de vista la serie de crueldades del
 rey don Pedro.

en que yo rinda el alma: tu renombre
 en anatema eterno tendrá escrito
 del mundo la postrera descendencia
 cual símbolo de muerte y esterminio,
 junto con el de aquellos tus modelos,
 á quienes escediste en los delitos.
 Los Tiberios, Calígulas, Nerones,
 justos parecerán cuando contigo,
 español y cristiano, se comparen;
 ¡español y cristiano!... pero indigno.
 Y momento vendrá... Yo me estremezco:
 impulso superior que no adivino
 guía veloz mi pluma... ¡Dónde me hallo!
 Arroja el Sena egércitos invictos,
 clama la fiel Castilla rebelada,
 y claman del santuario los ministros,
 y las castas esposas profanadas,
 y las llorosas viudas y pupilos,
 y todos en tu contra... Pronto, pronto
 suena tu hora fatal... El juez divino
 como á Saúl te tiene reprobado,
 y de tí aparta el poderoso auxilio
 con que guarda á los reyes.. Entre sombras

la fortaleza de Montiel diviso (1)
 en donde Enrique... su puñal relumbra...
 y tu altivez y tu arrojado brio
 fueron ya .. ¡Santos cielos ! soy su esposa:
 detened vuestro brazo vengativo.
 Muera yo sola: perdonad á Pedro;
 le amo aunque le conozco mi asesino.
 Vuestra ley sacrosanta me lo ordena:
 el vínculo lo exige que á él me ha unido:
 vuestra piedad en ello se interesa ;
 alejad tan funestos vaticinios.
 ¡Viva feliz , si acaso puede serlo
 quien corre por las sendas de los vicios ,
 y obtenga mi clamor que pesaroso ,
 de vuestra gracia al poderoso brillo
 en sus acciones el horror conozca ;
 y ser ya diferente del que ha sido
 juraros por mi sangre derramada
 pueda algun dia en el sepulcro mio.

(1) En el castillo de Montiel fue muerto don Pedro por su hermano don Enrique , como se lo vaticina su esposa.

LA SOMBRA DE DELIO. (1)



El ancho disco de la nivea luna
 encumbrándose leda por el cielo
 derramaba su luz encantadora ;
 y á mis meditaciones oportuna ,
 y á la quietud del sitio y de la hora ,
 por los sublimes arcos que el desvelo

(1) La vista del retrato del dulcísimo poeta Fr. Diego Gonzalez , que estuvo colocado en el claustro superior de san Felipe el real de esta corte , inspiró esta composicion , en la que se procura imitar su estilo y se han acomodado algunos versos suyos , que llevan esta señal.*

creó del gran Herrera, (1) en el asilo
de los hijos del águila de Hipona
entraba magestuosa, retratando
en el blanqueado fondo perfil blando
la columnata fiel que le corona;
trasunto hermoso del toscano estilo.

Un dulce rayo de su luz caía
sobre la faz serena, que la mano
de diestro artista retrató, de Delio:
à su luz sonreirse parecia
aquel varon, honor del suelo hispano,
elocuente orador del evangelio;
y yo que enagenado le miraba,
recordando sus obras inmortales,
hijas de un estro como su alma puro,
asi exclamé con lábio mal seguro:
«¡Dame, oh Delio, tus cantos celestiales
«y el fuego divinal que te abrasaba!

(1) El referido claustro es una de las obras de Herrera.

«¡ Oh si vivieras! con heróica lira
ya al atónito mundo hubieses dado
del Manzanares la peremne gloria.*
Ni el estro blando de el amor suspira
dejára de entonar entusiasmado
de alguna de sus ninfas la memoria.
En encumbrado número sonante,
que la mente á los cielos arrebatá,
dirías de otros orbes la existencia,
cual penetrando la divina esencia
que al astro de la noche dió su plata,
y al del día su oro rutilante.»

«En esto parecióme que á la vida
tornaba el vate, y que con voz serena
á mí tierno volviendo, asi digese:
Todo pasa, zagal, todo se olvida:
que si nadie en cantar con dulce avena
hubo que en otro tiempo me escudiese,
sin sentir de Cupido los rigores,*
de las Musas y amor portentoso raro,
y á Mirta y á Melisa hice famosas,
son ya sus gracias marchitadas rosas:»

tornóse oscura noche el día claro,
y el canto enmudeció de mis pastores.

«Y yo sumido el pecho en mil enojos
que bien acerbos males predecian
al sin ventura suelo Carpentano,
à la madre común di mis despojos,
que de azucenas pálidas cubrian
de Liseno y Batilo la fiel mano.
¿Ni como mas los amorosos cantos
sonar pudiera el quieto caramillo
y la holganza feliz del valle umbroso,
si ya, nuncios del caso lastimoso,
dieron los astros eclipsado brillo,
y el Manzares vió prodigios tantos?

«La Lira que en el Tormes yo lanzára
al impulso de delfico despecho,
sin que mas pareciese en sus arenas,
del Manzanares la corriente avara
la levantó desde su seco lecho,
pudiendo tal portento creer apenas.
Sus fragmentos al punto por la fria

cristalina region luego giraron,
hasta el mar caminando lentamente
envueltos en la misera corriente;
y doloridos ecos resonaron
turbando de sus campos la alegría.

«Y vióse en el fragoso Somosierra
al estender la noche el negro velo
fúnebre espectro de improviso alzarse,
con tono atronador gritando ¡Guerra!
y al mismo punto en el tranquilo cielo
deslumbrantes relámpagos cruzarse.
Y en la bella ciudad que fue mi gloria,
del indomable mar siempre acatada,
temblar se vieron los vetustos muros;
temiendo ya sus hijos mal seguros
que de las ondas la atrevida armada
ni un *aquí fue* dejasen por memoria.

«Pronto estos signos fueron realidades;
tú lo sabes, zagal, que los egidos (1)

(1) Invasión francesa.

desiertos viste, ardiendo las ciudades,
 los hatos y pastores perseguidos,
 y viendo el mayoral tierras estrañas.
 Las aras que la fé sencilla y pura
 multiplicó en los campos de la Ibería
 las profanára el enemigo impio,
 de Mantua toda en la comun miseria,
 trocada en vil establo su hermosura.

»¿Y te das tu tormento * deseando
 se prolongase mi cansada vida,
 porque vieses mis ojos tal mudanza?
 ¿mis posesiones en estraño mando,
 y vuelta esclavitud aborrecida
 nuestra nativa libertad y holganza?
 ¿Y qué importa que el cielo mas clemente
 la paz tornase al ibero quejoso
 por medios de sucesos peregrinos?
 Decretado tenian los destinos
 que la letal discordia el ponzoñoso
 soplo inspirase á la española gente. (4)

(4) Los partidos que empezaron á reinar desde el
 año 20.

¡«Oh, ciego error, que daños no causaste,
 y como á los hermanos dividiste
 del bien tras engañosas apariencias!
 Viles rencores engendrar lograste;
 mientras el sábio en su retiro triste
 gemia tan fatales consecuencias.
 Eterna mi amargura hubiera sido
 al presenciar tan miserable daño
 en las varias sociales condiciones;
 y huyendo del furor de las pasiones,
 de la ilusion libréme y del engaño
 de mi sepulcro en el feliz olvido.

»No pues te compadezcas de mi suerte:
 pecho me cupo blando y amoroso,
 y Erato me inspiró blandos cantares:
 y no es, como se piensa, un mal la muerte
 cuando turbado el natural reposo
 pierde el poeta sus queridos lares.
 Union, y paz, y amor á los humanos,
 y grato acatamiento á la belleza,
 con que el dulce pincel varió las tintas,
 fueron de mi rabel voces distintas;

no del ágrío rencor el aspereza,
ni el grito aterrador de los tiranos.

«Mas ¡ay! todo fue ya cual edificio
en deleznable arena construido,
que leve soplo súbito derriba;
y si otra vez al métrico artificio
tornase y al vivir, apetecido
de quien ignora la existencia viva,
¡Oh como dócil al consejo sabio
del heróico Jovino, mi ornamento, (1)
solo digera asuntos inmortales,
que libran siempre de terrenos males
á quien los canta con osado labio.

* Y el verso didascálico segusera
de cada edad notando las pasiones,

(1) Don Melchor Gaspar de Jovellanos escribió al P. M. Gonzalez y á otros poetas amigos suyos una epístola en verso desde Sevilla, exortándoles á que empleasen la poesia en asuntos importantes, y que acarreasen provecho á la patria.

(salto cantar que interrumpió la muerte)
ó los trofeos de la gente ibera
aun mas allá del Austro y los Triones,
arrostrando esquivaces de la suerte.
Con Milton al Empíreo arrebatado
desenvolviera el caos uniforme,
que tanto ser brotó desemejante
del sutil arador al elefante, *
cada uno al plan del Creador conforme,
y al bien del hombre por que fue creado.

«Que émulo del varon que en sus dolores
sus desdichas gimió del hondo pecho,
y las oí del númen granadino,
conseguí arrebatarle sus primores,
y en llanto melancóico deshecho
término puse al suspirar divino. (1)
Ni menos á la vista de Solima,
requiriendo el davídico salterio

(1) Las adiciones ó suplemento de la traduccion de Job, del maestro Fr. Luis de Leon, hecho con tal

diera mi voz á la turbada esfera,
que interpretase la tragedia fiera
que puso fin al triste cautiverio,
si de tanto es capaz humana rima.

«Tambien los altos dotes soberanos
que al mortal le quedaron en herencia,
aunque á la ciega culpa sometido,
asuntos fueran para mí no vaos
en que egercer la délfica influencia
sobre quien me prestase atento oido.
Y en estas dichosísimas orillas,
augusto centro de las bellas artes,
por un sábio monarca reaninadas,
¡oh como mis atónitas miradas
vagando sin reposo á todas partes,
miráran donde quiera maravillas!

«El grandioso depósito que al genio
creador del pincel Carlos dispuso

maestria y tan perfecta imitacion de su estilo, que á
no ser por estar señalados los versos de Gonzalez con
letra bastardilla, no se distinguirían los de cada autor.

entre bien combinadas proporciones: (1)
(impulso noble al natural ingenio)
el gran jardín que Flora misma puso
del hombre vegetal á las sazones,
y remedio oportuno á sus dolencias,
en números sonantes celebrára (2)
donde el bosque se estrecha en lazo amigo;
ó del cincel diestrisimo testigo
que el mármol animó, la patria cara
oyera de su amor las escelencias.

Lasque al sublime olimpo alzar consiguen
de Daoiz y Velarde el claro nombre,
de do su prez á los leales vino;
aunque la envidia y la traicion intriguen
para que el mundo á su eco no se asombre,
y acate su entusiasmo por divino.
¡Sola inmortal! que ya llamarte solo
podrás de hoy adelante, si guardado
está á tu diestra el atrevido intento

(1) La Academia de san Fernando.

(2) El Jardín botánico.

de materializar el pensamiento , (1)
y hacer que el bronce guarde perpetuado
al que estimbre de España, honor de Apolo!

«Estos cantos, zagal, que el alma elevan
al purísimo origen , desde el suelo
do en ilusiones fascinada yace ,
el estro digno del humano prueban:
que aunque encerrado en el terreno velo,
á su inmortal esencia satisface.
Por estos darse deben al olvido
los blandos que en prestigios juveniles

(1) Don Antonio Sola, cuyo cincel nos ha dado el excelente grupo de Daoiz y Velarde, tan admirado de los inteligentes; y que cuando se compuso este poemita, estaba concluyendo en Roma la estatua de Miguel de Cervantes bajo los auspicios del Excmo. señor don Manuel Fernandez Varela, comisario general de la santa Cruzada, que tan decidido protector fue de las artes. El hipérbolo de materializar el pensamiento me ha parecido que deja de serlo aplicado al genio de Cervantes, todo sublime; y todo, por decirlo así, espíritu.

suelen embelesar al tierno pecho
confundiendo el amor con el torpe hecho,
y el casto afecto con pasiones viles,
el órden perturbado establecido.

»De aquí proviene que en la edad madura
con eternas lágrimas llorada *
la edad lozana por el justo sea,
y ame la utilidad con la dulzura,
y la verdad no mas divinizada,
digna de loor en donde quiera vea.
La verdad, poderosa en atractivos
sobre cuanta belleza encantadora
pudo fingir enamorada mente
de fogoso y risueño adolescente,
de su alvedrio haciéndola señora
en medio de sollozos fugitivos.
Asi el divino Aurelio, mi patrono,
por el fuego de amor escandecido
su insensatez lozana deplorando,
alzó del pecho el soberano tono
al origen del bien que siempre ha sido,
su ardor en mil suspiros exalando.

Su cítara le dieron los profetas:
 su corazón fogoso los querubes:
 y en la llama vivísima en que ardía
¡tarde, antigua verdad, te amé! decía: (1)
 y traspasaron encumbradas nubes
 de su amante deliquio las saetas.

«Este canto eternal suena contino
 del Empíreo en las plácidas regiones,
 donde el vate dichoso entusiasmado
 bebe el raudal de néctares divino
 que anima sus dulcísimas canciones
 en el plectro con arte meneado. *
 A cuya inconcebible consonancia
 de la tierra los himnos mas sonoros
 suenan desapacibles, cual los ecos
 que en triste noche y en ruinosos huecos
 de las aves fatídicas los coros
 van repitiendo en solitaria estancia.

(1) *Sero te amavi, veritas antiqua, sero te amavi.* S. Agust.

«Emprende, pues, emprende la árdua senda
 por do la heroica gloria se consigue,
 tratando asuntos de comun provecho;
 y tenga así el vulgar error enmienda,
 ni mas erróneas ilusiones ligue
 á un arte para el bien y virtud hecho.
 Que la figura de este mundo pasa,
 y con ella los bienes terrenales,
 bien como sombras cuando el sol se oculta,
 y la honda huesa sin piedad sepulta
 la faz hermosa y ojos celestiales
 por quien la necia juventud se abrasa.

«Y el alto puesto, y el ansiado mando,
 y el oro engendrador de las maldades,
 ¿qué son ¡ay! en la hora postrimera
 cuando al hombre la parca está amagando,
 ni le ciegan mundanas vanidades? ...»

hunde en grato sopor y al fin la mata!
 Torna, y pueda mi voz tan persuasiva
 cual la del fiel amigo que al guerrero,
 de ponzoñosos mirtos á la sombra
 y en ocio femenino de Armida esclavo
 lejos halló de las heróicas lides,
 al antiguo entusiasmo devolverte
 que de sacro laurel tu sien corone.
 Pueda, como él, el reluciente escudo
 aplicar á tus ojos fascinados,
 do mirando tu imagen con mancilla
 otra dé lo que fue, tu noble orgullo
 vuelva del Pindo á la gloriosa senda.

Y no para esto recordarte intento
 de la naturaleza el bello cuadro,
 ahora delicioso mas que nunca,
 que el mas helado pecho vivifica:
 cuando subiendo en su carrera Febo
 nace en cuna de rosas, y en los brazos
 se pone de la verde primavera,
 perlas sembrando en las cerúleas ondas.
 ¡Cuantas veces amigo le miramos

sus postrimeros rayos despidiendo,
 del Cerantes volcánico en la base (1)
 escondernos el disco rutilante;
 y al declinar el delicioso día,
 en ráfagas de púrpura dorada
 pintándose el cantábrico horizonte,
 la plácida velada sucederle.
 Entonces fuera yo zagal sencillo,
 visño en el cantar, y por mi dicha
 Silvio me llevó á tí porque escuchára
 embriagado en placer tus dulces cantos.

Y digeras la flor de los amores,
 como tu Filis, pudorosa y bella:
 y la paz de las rústicas techumbres.
 O en mas subido tono, entre las ondas
 de Cirene la estancia cristalina.
 Yo te escuché tambien con estro grave
 dilatar de Cominges los suspiros

(1) El viagero ingles Bowles asegura que este monte de forma piramidal que se divisa desde Bilbao, presenta todos los caracteres de haber sido volcan.

combatiendo mezquino ante las aras
 la fuerza de Cúpido incontrastable.
 O alzar con Rioja el sublinado acento
 y el nombre de los íberos que al moro
 lanzar pudieron de la hispana orilla.
 Calzando luego el trágico coturno ,
 á la tierna Leonor hablar hiciste
 víctima del monarca riguroso ,
 del buen Guzman aconsejado en vano. (1)
 ¡Oh cual entre la calma vespertina
 al derramar el héspero sereno
 su tibia luz en monte, y vega, y valle ,
 las ninfas del Ibaizabal undoso
 donde al Océano próximo se lanza ,
 de la fresca maleza en la espesura
 estáticas tus cánticos oyeron ;
 y de espadañas y fragante helecho
 su cana sien en torno coronada
 mostró el anciano rio. Tú indulgente
 mi mal templada cítara acordabas,

(1) Véase la nota de la página 207.

el disonante número notando ,
 y la ley de la métrica armonia
 supisteme inspirar. Joven lozano
 ardí cantando báquicas delicias
 en pos del viejo que la Grecia honrara ,
 el pecho libre de cuidados graves.

¡El pecholibre!.. ¡Cielos! y cuan pronto,
 se miró en dulces grillos prisionero!
 Amor, de mi indolencia resentido,
 vengarse decretó, y una doncella
 de albo semblante, que en su curso el Duero
 viera ufano nacer puso á mis ojos ,
 de hermosura y amor rico tesoro ,
 á quien la vida y corazon rindiese.
 Yo de su faz canté la nieve pura ,
 donde el clavel sus tintas desliera ,
 y las luengas pestañas que sombreando
 la virginal megilla, comandaban
 un amor respetuoso al mas osado ;
 su cabello que al ébano dió celos ;
 la ebúrnea mano, del jazmin afrenta ;
 de su insinuante voz el dulce quiebro ,

y tipo el alma de virtud ¡Eguilio!
 perdona á la amistad estas memorias
 con la mas feliz época enlazadas,
 ¡que ya no volverá! de mi existencia:
 pues tan dulce es llorar el bien perdido,
 y ser de Antimia prohibiólo el cielo.

Mas desde aquel momento en que fortuna
 ya del todo en mi daño conjurada,
 lanzándome del teatro do corrieran
 mis años inocentes, á los llanos
 de la olvidada patria me condujo
 que baña el agotado Manzanares,
 yo sé, amigo, que mas y mas copioso
 el raudal de tu numen, esos valles
 de consonancias mil habrá llenado
 que repitan sus playas espumosas. (1)
 Bajo la encina patriarcal atentos
 se habrán gozado en ellas los ancianos,
 viendo en torno undular las anchas hojas

(1) La palabra Vizcaya quiere decir bahía espumosa.

del trigo de oro que del indo suelo
 trajo el cántabro á Europa cuando vino,
 de la atrevida expedicion primera.
 O bien se habrán mecido á sus acentos
 en blando jiro los azules cuadros
 del floreciente lino, cuyos visos
 en los declives y sinuosas ramblas
 con los robles contrastan encumbrados,
 y los pomposos árboles que dieran
 la fruta de Amarilis tan preciada.
 En tanto los pacíficos rebaños
 por el hervoso suelo discurriendo
 pastan la grama, y torna á la alqueria
 con paso tardo la manchada vaca,
 de alfalfa henchida y trevol oloroso,
 que esquisito sabor presta á su leche.
 Del bosque en lo profundo torna el eco
 el compasado golpe del martillo (1)
 sobre el inmóvil yunque: la maniobra
 los cíclopes suspenden, y tan solo

(1) Las ferrerías, tan comunes en aquella provincia.

el músico sonido se percibe
del cadencioso fuelle en la floresta,
que de la soledad el gusto acrece
en quien meditando la transita.

Las frescas auras tu cantar llevando
al lejano bajel que el agua hiende
con la ferrada proa, nuevo anhelo
habrán dado al cansado navegante
de tocar las orillas, donde deje
del cetáceo escocés la rica carga; (1)
y muy mas ágil la barquilla leve,
que cual luciente plata reverbera
al rayo vespertino, se adelanta
y el pescador sencillo de Vasconia
mira gozoso el fruto de su industria
en la ribera plácida, y olvida
la larga noche sobre el mar pasada.
Repetido también habrán tus versos
lindas zagalas en acorde coro

(1) El comercio del bacalao, uno de los ramos mas
lucrativos en el país.

por las regocijadas romerías,
do el placer inocente solo reina,
y que los gratos cuadros de la Arcadia
retrazan y las bodas jubilosas
que pintó de Cervantes el ingenio. (1)
Allí suelto el cabello al libre viento
vaga la virgen, que en sí mismo libra
el respeto debido á su inocencia;
mientras de Baco el nectar delicioso
libando en ancha copa otros zagales,
improvisan poéticos conceptos,
y la Musa de la égloga sencilla
vuelve á morar la tierra, de do fuera
por la ambición y lujo desterrada.

¡Oh si dado me fuera en este punto
del Archanda trepar al alta cima (2)

(1) Estas alegres cuanto inocentes recreacio-
nes ofrecen durante casi todo el verano en diferentes
puntos de Vizcaya un cuadro, comparable sin exa-
geración alguna poética, al que se cita, trazado por
aquel singular ingenio.

(2) Altura que domina á Bilbao presentando la
mas deliciosa vista.

por los frondosos jaros y quebradas
 en qué brotan torrentes cristalinos!
 Extáticos mis ojos mirarian
 aquel inmenso círculo que encierra.
 Viera á mis pies á la opulenta Flavia,
 de una selva de mástiles circuida
 en la ancha faja que describe el rio;
 y de Olabeaga el pintoresco barrio,
 grato al marino, divisára en frente.
 A mi derecha la herbidora barra
 rugir sintiera levantando espumas,
 y al lado opuesto la azulada sierra
 del nubloso Mañaría miraría,
 de bellos jaspes mina prodigiosa. (1)
 Oyera el canto del tranquilo grillo,
 cuyo reposo perturbé travieso
 en mis primeros años: los preludios
 del mirlo burlador entre sus matas;
 y allá del monte en el fragoso seno

(1) El gabinete de historia natural de esta corte
 deposita muestras de esta bella cantera, y las colum-
 nas de la capilla de Palacio son de jaspe de la misma.

del cuclillo los gritos mesurados
 en la calmosa siesta, retornando
 á mi feliz albergue al caer las sombras,
 de luciérnagas mil al blando brillo,
 ó al devoto reflejo de la antorcha
 que arde tranquila en solitaria ermita.

¡Y qué, amigo! tan plácidos paisajes
 ¿tu estro dejan inerte? esas regiones
 que el celta visitó, donde guardadas
 por siempre han sido las augustas leyes
 con qué hacer libre al hombre quiso el cielo;
 do el patriarcal gobierno primitivo
 intacto floreciera siglos tantos,
 y aun rigen hoy sus derivadas leyes,
 ¿no reclaman la cítara del vate?
 ¡Ah! que aun respira su recinto vario
 de la dorada edad el puro ambiente.
 La igual reparticion de los terrenos
 fue del cántabro el vínculo mas fuerte:
 los padres de familia eran los jueces
 que en el sagrado foro conciliáran
 las privadas discordias: los que sabios

despreciando el metal por cuyo logro
 el mortal su reposo sacrifica,
 y la existencia, y la virtud hermosa,
 fijaron una valla impenetrable
 á su poder tiránico, fundando
 en los sulcos la fuente verdadera
 de la riqueza pública; en el cambio
 de las especies el ingenio giro.
 El fraternal amor en firmes bases
 supieron afianzar como niugunos,
 y el misterioso emblema de tres manos
 asidas entre sí fue su divisa. (1)
 Su dialecto ignorára distinciones
 que hallar supo el orgullo despreciable;
 y el *tú* de los amantes y los Dioses
 usa, no mas, el cántabro en su trato.
 De aquí el santosenado, á cuyo templo
 cinco bocinas rústicas llamaban,
 en que los hombres-buenos discutian

(1) El escudo de las tres provincias presenta el emblema de tres manos asidas con este lema: *Iurac-
 bat, tres y una sola.*

el pro comun; institucion primera
 que los antiguos gaulas conmemora.
 Su espíritu marcial aun se retrata
 en las dos lanzas que en la tierra fijan
 los infanzones jueces, que presiden
 ya el tribunal, ya el plácido recreo; (1)
 y la noble altivez originaria,
 y el cántabro gobierno primitivo
 en la gallarda juventud engendran
 el amor de la patria y de la gloria,
 y aquella sencillez de la edad de oro
 que en los antiguos iberos reinara
 antes que la ambicion á su recinto
 duros conquistadores atragese
 para robarles el natal reposo.

Franco y afable, hospitalario y pio
 el vizcaino en medio de su hacienda
 vive en los patrios campos retirado,

(1) En las llamados anteiglesias ó republicas presiden las asambleas y funciones dos jueces llamados *fieles*, que tienen clavados en tierra delante de si dos chuzos de plata, insignia de su dignidad.

sin conocer mas términos del orbe
 que los del horizonte que divisa,
 dado todo al cultivo de sus huertos;
 hasta que el día del Señor le llama
 al templo de la aldea, donde ofrece
 sus religiosos votos con fe pura;
 y ya tan sacra obligacion cumplida,
 la antigua danza complacido mira
 en que en ocho compases bien medidos
 los ágiles mancebos se ejercitan,
 y las doncellas púdicas los siguen.
 Los esposos despues salen al circo,
 y el coro de matronas la concluye
 al son del parche y del melífluo silbo,
 que los patricios tonos repitiendo
 en el tono menor que el alma mueve, (1)

(1) El carácter de los zorcicos y canciones que en lo antiguo se componian en los países bascos, y que aun se conserva, era para cantarse y nunca para solos los instrumentos. La composicion se hacia siempre en tono menor y nunca mayor, porque las letras se componian verdaderamente para mover las pasiones con el auxilio de una música, no ruidosa ni complicada.

mil sabrosas memorias les renuevan.
 ¡Memorias de sus ínclitos abuelos,
 que con el mismo son electrizados,
 jaraban defender sus patrias leyes
 y su nativa libertad, rompiendo
 las enemigas huestes con asombro
 del romano pendon à quien siguieran!
 Violos Tiberio y Galba, los vió Augusto;
 y de sus hechos en condigno premio
 les conservàran sus antiguos usos;
 y haciéndolos de Roma ciudadanos,
 les dieron que entonasen en las lides
 el himno de victoria los primeros,

Mas si tal vez deploras enervado
 el antiguo vigor de las costumbres,
 sabe que para siempre inmarcesible
 la gloria es de los héroes: mira, Eguilio,
 à los que à Leovigildo y Recaredo
 à pactar obligaron, y oye el grito
 del valeroso Andeca, pereciendo
 allá del Guadalete en la jornada,

por siempre fiel al infeliz Rodrigo. (1)
 No cabe en el olvido el claro nombre
 del celebrado Eudon, que protegiera
 á Cantabria, su alianza recibiendo;
 ni el de aquel que llevando la vanguardia
 de los guerreros del octavo Alonso,
 alto renombre se alcanzó en las Navas,
 y Diego Lopez de Haro fue llamado. (2)
 No le cede en honrosa nombradía
 don Juan Nuñez de Lara, que al socorro
 voló de Alfonso, y cerca de Tarifa
 al nómida aterró y al africano.
 También reclama el padre de Belinda
 el apolineo canto, y memorables
 del hijo de Favila las razones
 son, que digera á la bascona gente:
 «¿No sois vosotros todos por ventura
 »los que en sañosa lid con los romanos
 »que señoreaban desde el alto Tiber

(1) En la batalla del Guadalete murió al lado de Rodrigo el jefe ó protector de Vizcaya, Andeca.

(2) Fundador de Bilbao.

»al galo, y al sajón, toscano y griego,
 »y á la Italia, y á Africa, y España,
 »¿jamás fuisteis por ellos conquistados?
 »¿pues qué temer debemos este día?» (1)
 Dijo, y la patria sacudiera el yugo
 del árabe opresor, y brilló en gloria.

Mira Egulio de oliva coronados
 á Aznar y Semenona, (2) y al tercero
 Eudon, del noble tronco digna rama,
 que á Benjamela destrozó en Tabira. (3)
 ¡Y cuantos, cuántos héroes á porfía
 no miró de Padura el rojo valle
 del infeliz Zenon vengar la muerte! (4)
 ¿Diré de Jaonzuría las prohezaz,
 primer señor en la Cantabria electo,
 que del sobervio Akmet el poderio

(1) Palabras que dirigió Pelayo á los Bascones.

(2) Llamado después Inigo Arista.

(3) Batalla de Tabira, cerca de Durango, contra los árabes, año de 796.

(4) Batalla de Arrigorriaga, en el sitio que se llamaba Padura de la España Tarraconense.

en Orovio humilló? ¿Diré la série
de Iñigos, y de Laras, y de Ezquerras,
Haros y Nuños, ínclitos varones,
cuyos hechos decoran los anales
que el español medita agraderido?
¿Podrá quien el pindárico renombre
ose emular en sonoro verso,
herir las doctas cuerdas, sin que suenen
de don Juan Nuñez el glorioso triunfo,
cuando de Gibraltar, de Alonso aliado,
con sus huestes saliera, y à sus plantas
cayó Alboacen con deshonor vencido?
¿ó callarán la lealtad probada
del cántabro severo y religioso
desechando de Cronwel las propuestas,
aun en favor de sus amadas leyes,
para no ser aleve con Castilla? (1)

(1) En 1655 Cronwel que gobernaba la Inglaterra ofreció su proteccion á Vizcaya contra las miras de la corte de España; pero no fue aceptada, y los vizcainos se mantuvieron constantemente adheridos al rey de Castilla.

Mas ya de Atreo la funesta copa
te miro contemplar, y que su vista
las trágicas pasiones te retraza.
¡Oh! no corra tu mente enagenada
los pórticos romanos, ni los griegos!
De Alonso y Diego el odio inconciliable
acentos te darán muy mas terribles;
y *el diente hollado*, y la amenaza cruda
de *yo os pondré la planta sobre el cuello*: (1)
¡triste principio de mortal discordia!

(1) Refieren algunos historiadores que la enemistad de don Alonso el sabio con don Diego Lopez de Haro provino de que hallándose don Alonso todavía jóven, mondándose los dientes, se le cayó uno, y se lo alargó á don Lope en señal de que le haria merced de ciertos vasallos; pero que como despues se arrepintiese de la promesa, y lejos de hacerle honras, solo cuidase de agraviarle, llevó un dia don Diego el diente á la corte, y allí le tiró al suelo à presencia de don Alonso, diciendo á los cortesanos: *Hollad, caballeros, diente de boca sin verdad*, y se marchó; de lo cual recibió el monarca tanto enojo, que le dijo: *non temas, que yo os porné el pie en el pezcuelo*: y desde aquel momento fue su enemigo declarado.

En Alfaro la muerte lastimosa
 dirás de Lope Díaz, ó en Villaumbrales
 el mensaje fatal de Nuñez Lara,
 tan caro al inocente mandadero.
 Sus voces te dará Juan de Abendaño
 contra el ingrato Tello: esas riberas
 le vieron fenecer cabe las aguas,
 que horrorizadas á la mar corrieron.
 Miró Flavia tambien estremecida
 de un infante el cadáver en su foro,
 por el régio balcon en él lanzado
 á impulso fratricida; y aun repitén
 sus muros con pavor: *«catad, vizcainos
 «ahí, ¿vuestro señor que os demandaba (1).»*
 Ni del noble coturno menos digna

(1) Noticioso el rey don Pedro de que el infante don Juan de Aragon, su primo, en virtud de su oferta andaba catequizando á los diputados de la junta para que le admitiesen por su señor en representacion de su muger doña Isabel Nuñez de Haro, le envió á llamar en su palacio en Bilbao, y luego que le tuvo dentro de su aposento, hizo que los mazers le quitasen la vida, pretestando ser uno de los que le tuvieron preso

la suerte de su esposa desolada
 reputarás; y de Isabel los llantos (1)
 muriendo allá en Xeréz entre cadenas
 al hielo de mortifera cicuta,
 arrancarán los del suspenso oyente.

En las altas cumbres remontada
 del sacro Pindo, su corona de oro
 Caliópe te propina, y con su diestra
 de Sebastian la cuna te señala, (2)
 digno rival del portugués osado.

en Toro; y ejecutado esto, mandó arrojar el cadáver por una de las ventanas á las puertas de la casa diciendo á los vizcainos *«catad hi á vuestro señor que os demandaba.»*

(1) En 1361 murieron la reina doña Leonor y doña Isabel de Haro, con yerbas que las dieron en la prision, casi al mismo tiempo que en Sevilla en iguales términos la reina doña Blanca, muger del rey don Pedro, y doña Juana de Haro, muger de don Tello y hermana de doña Isabel.

(2) La expedicion de la nave la Victoria al mando de Juan Sebastian de Cano.

Vele como dejando en las orillas
 de Matan al intrepido Fernando, (1)
 (que guardado tal hecho no le estuvo)
 impávido le arrostra; ni las ondas,
 ni los marinos monstruos concitados,
 y el iracundo cielo, ni el abismo
 que desató sus furias espantosas,
 bastan á detener la nao triunfante,
 que tantas gentes y sepulcros vido,
 midiendo la hiperbórea superficie
 del vasto globo que el mortal habita.
 Huyó el error de entonces abiltado,
 y gozosa Sofía se ciñera
 con mas segura mano los laureles
 que Cano le alargó, y en adelante,
 del cántabro terreno tambien hijos,
 Loaisas, y Gaitanes, y Mendañas (2)

(1) Fernando de Magallanes.

(2) Hicieron tambien el viage alderredor del mundo despues de Cano diferentes españoles, y entre ellos Garcia de Loaisa, Gaitan y Alvaro de Mendaña, vicarios.

Ni es estrangera la escocesa musa,
 que á Walter inspirára sus poemas,
 en aquezas románticas orillas,
 de do descende: facil á tus votos
 se sonreirá, ya lastimoso quieras
 de un gefe antiguo de valiente tribu
 las exequias cantar en son doliente,
 y el ¡Ay de mi! cien veces repetido (1)
 por la matrona que al feretro sigue
 de las vecinas dueñas circuida,
 que sendos velos por el suelo arrastran;
 si no es ya que pintárnosla prefieras
 con el blanco mongil enmantillada,
 cercana mas al gélido cadáver,
 bien cual su sombra, que en contorno gira
 del caro hogar que amó: resuena en tanto
 entre halaridos fúnebres el coro
 su pérdida plañendo, y la campana
 le gime en prolongado retiñido.
 O ya el grito de alarma helicosa,

(1) ¡Ay ené! esclamacion de dolor.

de cerro en cerro por la noche dado,
 que avisa al clan del inminente riesgo
 repita tu harpa en consonancia aguda. (1)
 Por enriscadas sendas descendiendo
 á los valientes *diviseros* miro
 concurrir al *batzarra* preparados (2)
 de dura cota y acerado chuzo,
 y el Trobador vascon la antigua letra
 repite en el sepulcro de Odöario. (3)

Si en la fragosa margen que el Indusi,
 entre dos altas rocas derribado,
 baña siguiendo los callados bosques,
 al reflejar de la menguada luna

(1) Aun hay recuerdos de estos gritos gerreros en los regocijados que dan los naturales de aquel país al volver de sus romerías, llamados vulgarmente *hujujús*, y en vascuence *hujujuac ó zanzuac*.

(2) Junta de los ancianos.

(3) Se señala todavía el sitio donde se sostuvo la pelea en la batalla de Padura, y el parage del sepulcro de Odöario; y aun se recuerdan cantares antiguos en basenence, que describen aquella jornada.

los ojos alzas y la mente, Eguilio,
 á la terrible y anchurosa cueva (1)
 que cierra su eminencia, arrebatado
 de superior no conocido impulso
 penetrarás recónditos secretos,
 que la historia ignoró. Mas misteriosa
 que las cavernas que admiró Mephitis
 y la que dió su voz á la Sibila,
 en su interior y basto laberinto
 tras el inmenso pórtico se escuchan
 sonos diversos y violentos gritos.
 Fúnebres restos de insepultos huesos
 tal vez en su contorno halla el viagero,
 y huyen las reses su nocivo pasto.

(1) La cueva de Balsola en la ante iglesia de Dima. Su descripción se encuentra en el tomo 3.º de la *Historia de las naciones bascas*, de don Juan Antonio de Zamácola, así como de la del puente de que se hace mención en este mismo párrafo, llamado *gentilzubi*, ó puente de los gentiles. La descripción de esta cueva se insertó en el *Correo literario y mercantil* y en el número 43 de *El Semanario Pintoresco*.

El cárao agorero con el buo,
 en su oscura techumbre arracimados,
 los moradores son de su silencio,
 por solo algun sollozo interrumpido
 que lanza la lechuza pavorosa,
 nuncia de males, y retumba el eco
 del atrevido puente, que caduco
 aun hoy á las edades desafia.
 En su circuito errantes tal vez vagan
 los manes de romanos centuriones,
 que en lazo federal miró Cantabria;
 ó su trono ducal en la caverna
 tenga Flavio Suintila el generoso, (1)
 ó el blanco manto y el penacho ondeante
 allí escondieron de Molé los hijos
 la proscripción buyendo, y malhadados
 sobre ellos dieran el postrer suspiro. (2)

(1) Hay quien opina que la cueva y el puente son obra de Flavio Suintila, monarca godo; que depuesto del trono con sus hijos por los años de 625, pasó á ser duque de cantabria.

(2) Se sintió mucho en Vizcaya, y aun en todo el

Tantos asuntos á la par heróicos,
 bien como el mármol en la tosca mina
 de constante escultor aguarda el golpe,
 cuyo impulso le anime, así reclaman
 que existencia les den tus varios cantos.
 Aun quedan palmas que coger al margen
 de la eliconia fuente. ¿Será, amigo,
 que tu mano indolente las desprecie,
 ó que avaro sepultes los tesoros,
 corriendo sus regiones adquiridos,
 que alto nombre te alcancen? ¡Oh! no sea:
 que el noble don de enardecida mente
 no dan los cielos al que grato miran

país basco, del pireneo, el arresto de los caballeros templarios, con quienes tenía don Diego de Haro, señor de Vizcaya, una estrecha alianza: lo que me ha dado margen á esta suposición, adoptada á las ideas románticas, que tan maravillosamente se prestan á la situación é historia de aquellas provincias. Por no multiplicar las notas en este poemita, remito á los curiosos á la citada historia de aquel país, y á las antigüedades cantábricas del P. Henao: pues solo he mirado el asunto por el aspecto poético.

para que en torpe olvido lo sepulte,
 ni el amor de la gloria es un delito.
 El á nobles acciones nos incita:
 héroes crea á la patria en su defensa;
 sabios para su lustre y ornamento,
 y lirás que al Olimpo los sublimen.
 ¡Oh! descuelga la tuya presuroso,
 y sépase que orillas del Océano
 hay un vate querido de las nueve.
 Y pues al feudo general sujetos
 bajar tenemos á la helada huesa,
 la complaciente esposa abandonando,
 y dulces hijos, y penates caros,
 ¡ay! da tu voz armónica á las auras
 con que á la Parca de antemano venzas.
 Dala, mi amado Egulio, que la aguardan
 los cántabros zagales por modelo
 que los conduzca en la difícil via;
 que yo ansioso la espero por tu gloria;
 Y cuando á sus acentos regalados
 preste la docta Iberia atento oido,
 si algun precio mis versos mereciesen,
 «Fue mi maestro!» clamaré gozoso.

A DOÑA T. G.

EL TROVADOR.

Era la noche templada,
 era una noche de otoño,
 inmediata precursora
 de las del invierno torbo.
 En una calle de Mantua,
 de entrambos mundos emporio,
 sombreada por dos torreones
 de un templo vetusto y solo;
 arrimado al guardarruedas,
 vueltos á un balcon los ojos,
 el dulce laud requiere
 un trovador, no ya mozo,
 si bien aun no peina canas,

que las desdichas dan à otros.
 Por intervalos la luna
 asoma el plateado rostro
 entre nubes que se ostinan
 en cubrir su disco hermoso.
 El viento de media noche
 ecos produce remotos
 en los vidrios movedizos
 del templo y de sus contornos.
 Y solitaria la calle ,
 y en calma el ambiente todo,
 permiten que se perciba
 del trovador asi el tono.



TROVADOR.

I.

Si Morfeo que tierno te halaga
 este instante en el lecho mullido,
 te permite que prestes oido
 perturbando su grato sopor ;

Oye , bella Temisa, los cantos
 que el laud gemebundo produce :
 el laud con el cual ya no luce ;
 cual un tiempo , el leal Trovador.

II.

Por abril en el valle se ostenta
perfumada y brillante la rosa;
pero cae inodora y llorosa
del agosto al ardiente rigor.

De la tarde la dura tormenta
roba al sol los mas fúlgidos rayos,
y al mirarle ponerse en desmayos,
le saluda el leal Trovador.

III.

Sol y rosa, Temisa es la vida :
bien á costa lo sabe el humano ,
que si hoy canta sus glorias ufano ,
pronto debe llorar su dolor.

Mas del gusto esta idea homicida
nunca, hermosa, en tu mente se fije:
cuanto sea de júbilo elige;
deja penas al fiel Trovador.

IV.

Penas si, son la parte que espero
mientras gire en la mísera tierra:
el encono, la saña, la guerra
á mi patria han jurado rencor :

Y tal vez al fanático acero
que en Cantabria el hipócrita afila
he de caer, ó cautivo de Atila
gemiré cual leal Trovador.

V.

¡Mas esclavo, quien siempre fue libre!
antes deje la patria adorada,
y la Galia me ofrezca apiadada
un asilo que ignore el traidor.

En el margen del Sena que vibre
he de hacer mi laud sonoro:
cantaré tus recuerdos lloroso,
solo bien, del leal Trovador.

VI.

Quizá escuchen tu nombre, Temisa,
del Albion nebuloso las olas;
y las gracias admire españolas,
el breton, de lo noble amador.

Y del mar en la plácida brisa
sus acentos Osian me revele,
cuando en noches tristísimas vele,
como en esta, tu fiel Trovador.

VII.

Cantaré que en los montes bascones,
de la musa romántica cuna,
mas hermosa que asoma la luna
la luz viste, que es hoy esplendor.

Que tu padre llevó los pendones
de mi patria hasta el polo encontrado:
que tu madre por él ha llorado:
y que amasteis al fiel Trovador.

VIII.

Que te he visto crecer cual la palma
en virtud, á las gracias unida;
que adorada, aun mas que querida,
debes ser de quien sepa de amor.

Y á mi pecho turbado la calma
volverán estas dulces memorias,
ya que nunca mas gustos ni glorias
quedan ; Ay ! al leal Trovador.

IX.

Decayó de mi voz la dulzura ;
pulso torpe las cuerdas doradas,
por el llanto continuo mojadas
que me ha hecho verter el dolor ;

Perdí un bien que gozé en amargura,
y al sepulcro por siempre ha bajado:
perdí triste un amor ignorado:
¡hado cruel de leal Trovador!

X.

Perdí al fin un amigo, un hermano:
de mis brazos rancólo la parca
¡Oh Temisa! y acaso me marca
en seguida á saciar su furor.

Venga pues, ó ya tarde ó temprano,
que esta deuda la paga todo hombre:
si un instante permite te nombre
en su canto el leal Trovador.

XI.

Deje que antes celebre este día,
de tu bella existencia el primero:
en tus ojos la luz del lucero,
en tu frente del alba el candor.

La madeja que el sol desearia
en tu lengo y dorado cabello,
y el eucanto inefable, que vello
sabe solo un leal Trovador.

XII.

¡Así el cielo permita que seas
tan feliz, como soy desdichado!
¡así mires por siempre á tu lado
quien te aprecie en tu justo valor!

Y si hiciese la suerte que leas
estos versos, entonces, hermosa,
¡Cuanto amaba, esclames llorosa,
A Temisa el leal Trovador!

Dijo, y con un ay termina
el canto triste y sonoro,
y el laud á la espalda se echa,
y cala el morrion plumoso.
En tanto por el oriente
el cielo de matiz rojo
pintaba el cercano día,
del mes de otoño el diez y ocho:
natal de aquella que un tiempo
celebró muy mas dichoso,
cuando el Trovador contaba
menos, años y mas gozos.

SONETOS DE CIRCUNSTANCIAS.

En el agosto enlace de SS. MM.

En los frondosos campos del Sebeto,
el arco roto y flecha matadora,
la deidad de los bosques triste llora
de la musgosa gruta en lo secreto.

Robóle amor el mas querido objeto
que el coro de sus ninfas atesora; (1)
y al Tajo trasladándola señora,
rie el rapaz un hurto tan discreto.

«El llanto enjuga, dolorida Diana,
dice, que fiel Cristina á tus lecciones,
no las dará al olvido soberana:

Ya lo dicen de Iberia las regiones:
donde no bien la planta puso ufana,
cuando ha prendido ya sus corazones.

(1) Alusion á la singular destreza de la reina doña
María Cristina en la caza.

*En los dias de la reina doña Maria
Cristina.*

¿A dónde el vuelo linda mariposa
diriges con el aura matutina?
—A la Granja real, fecunda mina
de tanta flor y planta deliciosa.

—¿Y por qué tu inconstancia no reposa
en cuantas Manzanares te propina?
—Porque donde no está la gran Cristina
no es posible encontrar la mejor rosa.

—Bien dices, mariposa afortunada:
goza tu suerte y puesta sin demora,
en el real pie como gentil lazada,

Felicita este día á tu señora.

—¿Y qué la he de decir en mi embajada?
—Que España la ama; que Madrid la adora.

*Al cumpleaños de la serenísima infanta
doña Maria Luisa, Fernanda.*

¡Oh cuan ansioso el tiempo se da prisa
por desplegar tus cándidos encantos,
que prenderán un día á pechos tantos,
escelsa infanta, plácida Luisa!

Tus lindos ojos y amorosa risa
ahuyentan pronto los pueriles llantos:
y Cupido te aduerme con sus cantos,
y por no desvelarte quedo pisa.

Crece; y en tanto con tu hermana unida,
pues solo amor y halagos ambicionas,
de la régia familia sé embeleso.

Ni envidies á Isabel la sien ceñida:
pues vale por mil tronos y coronas
de tu adorada madre un solo beso.

*A la reina doña Maria Cristina con mo-
tivo del cuadro pintado de su mano y re-
galado á la academia de san Fer-
nando.*

Docta la antigüedad en sus ficciones
creó el grupo de Psiquis y Cupido;
en éste el don de la belleza unido;
en aquella del alma la acciones.

De tal símbolo ideal las perfecciones
superar mano excelsa ha conseguido
en diestros rasgos, fresco colorido,
que eternamente envidien las naciones.

Mas si absortos los ojos examinan
la verdad algórica que sella,
en misterioso y plácido arrebató

A vos, régia pintora, se encaminan
diciendo: ¡Es este cuadro ficcion bella,
ó es, Señora, mas bien vuestro retrato?

*En la jura de la serenísima infanta doña
Maria Isabel Luisa, por Princesa here-
dera del reino.*

Del ara sacrosanta que preside
al gótico edificio tan inmenso
se alza al Empíreo de fragante incienso
diáfana nube, que su altura muda.

Nuevo esplendor de magestad despide
el trono de Pelayo: en él suspenso,
el dulce bien de su cariño intenso
contempla el español que al cielo pide.

El purpurado sacerdote eleva
la consagrada diestra, y con fe pura
el voto general severo prueba;

Y en éxtasis de armónica dulzura
el nombre de Isabel eco repueva,
y la jura el deber; y amor la jura.

*Al retrato de doña Rosa de Ta-
pia, celebrada por don Juan Me-
lendez.*

¿Ves esa tersa y candorosa frente,
donde el amor y magestad respira,
y el entreabierto labio que suspira
si oye del amador el ay doliente?

¿Ves la fresca mejilla que al oriente
robó el carmin; y la fogosa vira
que amor asesta, cuando blanda mira,
del trono de sus ojos resfulgente?

Esta es Rosana: á su beldad graciosa
rinde parias la misma Citeréa,
ruborizada de llamarse Diosa:

Que en Filis, en Dorila, en Galatea,
de Batilo la cítara armoniosa
cifró del numen y de amor la idea.

A LA HEROICA DEFENSA DE BILBAO.

Ruje el mar, y levanta embravecido
su mole audaz en la espumosa barra;
silba el Bóreas colérico, y desgarrar
troncos y rocas con letal gemido.

En ciega noche el hórrido estampido
menudea el cañon del de Navarra,
por sujetar la decision bizarra,
de un pueblo fatigado, y no vencido.

Sítiale en su furor naturalza;
sítiale la ambicion y la perfidia
apurando sus artes y su rábia;

Nada importa del libre á la firmeza:
que es seguro su triunfo cuando lidia.
si siguen todos á la invicta *Flavia*. (1)

(1) Nombre latino de Bilbao.

AL NERVION,
CON IGUAL MOTIVO.

De hoy mas, Nervion, tus plácidas corrientes
no coronas de toscas espadañas:
modesto fuiste; pero ya te engañas,
si el adquirido nombre no presentes.

De siglo en siglo las futuras gentes
contarán á sus hijos tus hazañas:
cambia en laureles las humildes cañas,
que tienes que ceñir mil nobles frentes.

¡Nervion, Nervion! el Ebro te venera:
el Tiber te saluda aunque distante,
aun no olvidado de la gente ibera;

Y yo, tu hijo adoptivo el mas amante,
«¡Gloria, proclamo, hasta la edad postrera
á los hijos de Lopez y Violante!»! (1)

(1) Don Diego Lopez de Haro y su esposa doña Violante, hija del rey don Alonso el sabio, fundadores de Bilbao.

*En la traslacion de los restos de Don
Pedro Calderon de la Barca.*

Los que amais el valor, los que del genio
percibís la dulcísima armonia,
que á Pedro regaló fácil Talía,
y respetuoso veneró Celenio;

Los que siguiendo superior convenio,
marchais al ara por difícil via,
en esta sacra ceremonia pia
venid á ver los restos de un ingenio.

Pulsar la lira, manejar la espada,
contra el vicio mover discreta risa
en la española escena celebrada,

Ser del santuario voz que nos avisa
y modular hasta la tumba helada
fue del gran Calderon *Hado y Divisa.* (1)

(1) Ultima comedia que compuso á los 84 años de su edad.

TELLO Y CLARA.



Con uno y otro blason
el fuerte escudo cubierto,
los pasos de su bridon
de noche y por un desierto
aguija un noble infanzon.

Tello es su nombre, y Granada
tras de Fernando le ha visto
esgrimir la fiel espada,
hasta dejarla ganada
á España y á Jesucristo.

Dos años lleva de ausencia;
mas vuelve á ver la que amó
no bien en la adolescencia
la irresistible influencia
de amor y gloria sintió.

Esta á la lid le llevará
para tornar mas amante
á ver á la linda Clara,
que tres lustros no contará
cuando la dejó constante.

La selva atraviesa fiel,
y la impaciencia le abrasa:
huye el suelo bajo de él,
y sobre su morrion pasa
el chopo, el sauce, el laurel.

Mas el jadeante alazan
se detiene de improviso
donde el mirto y arrayan
fragante y rústico piso
formando en contorno estan.

Un tronco de añosa encina,
de fresco muzgo bordado,
sostiene el tosco traslado
de aquella Madre divina,
consuelo del malhadado.

La luna en aquel instante
despide un claro destello,
y al reflejo vacilante
reconoce el joven Tello
el sitio que ve delante.

El bosque que veces tantas
fue de su pasión testigo;
aquellas silvestres plantas,
aquel apartado abrigo
que oyó sus promesas santas.

Promesas que ante el altar
repitió la voz sonora
de su Clara encantadora,
cuando él iba á cabalgar
en daño á la gente mora.

Aun le suenan al oído
las palabras que oyó allí
en tierno llanto sumido
cuando su dueño querido .
gimiendo le dijo así :

«Caro Tello, si estando tu ausente
»la parca acabase mi luengo penar ,
»á la media noche viniendo luciente
»á tu cabecera me oirías llorar :
 »á tu cabecera
»para siempre de ti me despidiera.»

Ni el caballero ha olvidado
cual fue entonces la respuesta
que dió al objeto adorado,
sobre el acero afilado
la valiente mano puesta :

»Bella Clara, si el moro enemigo
»con su dura lanza me hace perecer ,
»á la media noche tornará tu amigo
»y junto á tu lecho volverasle á ver .
 «Y junto á tu lecho
«El postrer ay exalará su pecho.»

De amor y melancolia
imágenes encontradas
en aquellas enramadas
ajitan su fantasía.

De la tórtola el gemido,
de la noche los reflejos,
y el Jalon, que suena lejos
con imponente ruido.

Todo á Tello allí suspende
y le tiene como atado :
del caballo se ha bajado
y en los céspedes se tiende.

El sueño luego á su pena
treguas engañosas da:
soñando con Clara está,
de nuevos encantos llena.

Ve sus celestes facciones:
su encantadora sonrisa ;
y al ir á abrazarla aprisa,
escucha tales razones:

«Tello amado, aquí estoy mira á tu esposa
«fiel á la cita que tu amor le diera.
»¡Oh cuan eterna dicha nos espera!
»Ven conmigo y reposa.»

Con tierna solicitud
al corresponderla amante,
resuena el eco distante
¡las doce en Calatayud!.....

Y en aquel momento ve
una muger á su lado,
todo su cuerpo velado
desde el cabello hasta el pie.

» «¡Eres mi dulce bien?» Clara está muda.
Llega á mis brazos que te agnardan fieles:
«lleno vengo de amor y de laureles.»
No se mueve el espectro: ¡fiera duda!
«¡Ah! que tu mano trémula à lo menos
«la de tu ardiente esposo grata oprima»
Hielo es la mano al fuego que la anima.
»¿Y esa frente, esos ojos tan serenos,
en que el alma se arroba,
»¿porque importuno velo me los roba?»

Diciendo así tira inquieto
del velo que le exaspera,
y una triste calabera
ve, y un pálido esqueleto.

De un relámpago à la luz
la escualida sombra crece
y que huye á Tello parece
envuelta en negro capuz.

(286)

Siguela el guerrero fiel
recorriendo el bosque vago...
y desde aquel punto aciago
no se ha vuelto á saber de él.



(287)

PARTE SAGRADA.

—•••—
HIMNO A DIOS.

En tu adorable nombre, Jeova santo,
pulso las cuerdas de mi tosca lira,
dando á las auras el gozoso canto
que tu amor ardentísimo suspira.
Asómase á mis ojos dulce llanto
al ver trazada en cuanto en torno gira
tu inefable grandeza,
y del amor al hombre la fineza.

(288)

¿Mas quién es el mortal para que fije
de tí, Señor, las miras paternales,
sobre cuanto absoluto manda y rije
un Hacedor de mundos eternos?
¿Tu dignacion el polvo vil elige,
vertiendo en el de amor largos raudales?
¿El polvo te merece
que al soplo mas sutil se desvaneece?

¡Polvo feliz! levanta el pensamiento
al que asi te elevára en su ternura:
él es quien hizo el claro firmamento:
él pintó de la tierra la hermosura:
él dió á los seres vida y movimiento:
al cielo su fulgor, al mar su anchura;
y en cuanto su mano hizo
al amor que te tiene satisfizo.

(289)

Los collados, los valles, las praderas,
deleites á la vida enagenada:
del día y de la noche las lumbreras
que dividen del tiempo la jornada:
las lluvias que á su voz bajan ligeras
á fecundar del hombre la morada,
dones son de su mano:
dones de un primer ser á un vil gusano.

¿Por quién siguiendo á la rosada aurora
entre nubes de nacar aparece
el planeta mayor que al orbe dora,
y á la tarde en las ondas desfallece?
¿Por quién sale la luna encantadora
que á las tinieblas mismas embellece,
y en carroza de plata
entre nubosos grupos se dilata?

¡Ay! mal conoce el insensible bruto
 de la estacion risueña las delicias,
 despues de roto el invernosol luto :
 ni gozar de las flores las primicias
 sabe, y en ellas esperar el fruto,
 del céfiro gustando las caricias,
 con otras fruiciones,
 propias solo de humanos corazones.

Pero ¡cuanto mayores no percibo
 de tan amante padre los consuelos,
 si repaso los años en que vivo
 contando por instantes sus desvelos!
 El mi infancia sostuvo compasivo :
 él me guardó en mis años pequeñuelos :
 y de la edad fogosa
 me defendió su diestra victoriosa.

¡Que de veces luchando en agonía
 ví declinar mi frágil existencia ,
 como sombra fugaz al caer el día,
 de aguda enfermedad á la violencia !
 ¡Oh cuántas veces entre mí decia :
 «esta será mi postrimer dolencia,
 y el sol que hoy me ha alumbrado
 dará mañana en mi sepulcro helado!»

Y otras de adversidad en el aprieto
 volviendo en torno los llorosos ojos ,
 de mi desnuda estancia en lo secreto
 el amargor probé de mil enojos.
 Fija la mente en el fatal objeto ,
 pensé que eternos fuesen sus abrojos ;
 y que al acervo duelo
 negado era el alivio en tierra y cielo.

Mas miróme el Señor, «hágase,» dijo,
y nueva vida circuló en mis venas:
vió de mi suerte el increpar prolijo,
é hizo de mis espinas azuzenas.
Tornóme á mi vigor y al regocijo
que estático en el bien creía apenas
al admirar suspenso
la rapidez de su poder inmenso.

¿Quién como tú, Señor, perenne fuente
de la paz, la salud y la alegría?
¿quién por sí solo existe eternamente?
¿quién dá ser á lo que antes no tenía?
¿quién es á la flaqueza mas clemente,
ni vengador mas pronto á la osadía?
¿quién como el Dios sublime,
que al justo abraza y al impio oprime?

¡Dichoso el hombre que á tu ley sumiso
la sigue fiel y canta tu alabanza,
émulo del que mora el paraíso
en eternal contento y bienandanza!
que otro deleite que tu ley no quiso,
ni en bien caduco pone su esperanza;
sino que en mas se estima,
y hasta tu pura esencia se sublima.

En ese abismo donde el ángel bebe
raudales permanentes de tu gloria,
¿quién cantará el deleite en que se embebe
con cítara mortal y transitoria?
¡Oh ser inmenso! ¡oh Dios! tu mismo mueve
lengua que digna sea de tu historia;
que yo, en tierra mi rostro,
te adoro, gimo, y á tus pies me postro.

EL DIA DE CORPUS.

Ya la cándida aurora
despide sus destellos nacarados,
cual preparando el mas fulgente dia :
y en su pos los favonios regalados
en la bóveda inmensa que el sol dora
difunden de su aliento la ambrosia.
Canta en el nido la donosa cria :
rien en su jirar los arroyuelos :
y conforme natura en su alborozo
al estático gozo
que reina en el espacio de los cielos ,
al Criador festeja ,
que su alto trono por la tierra deja.

Veloz el regocijo
se comunica al hombre, que del lecho
ve la luz y los plácidos colores ,
y salta de él en júbilo deshecho
el que el alcazar mora y el cortijo ;
que es hoy igual el siervo á los señores.
El ancho espacio de fragantes flores
cubierto miro y de agradables sombras
que regalen la vista en sus matices :
aquí patrios tapices ;
allá cuelgan de Flandes las alfombras ;
y el arte con natura
prodiga por do quiera su hermosura.

El sonoro repique
señala del Eterno la salida
del sacro templo, do su gloria vela ;
pero auunciando faustos su venida,
antes que su esplendor se comuniqué ,
vienen los héroes que formó su escuela.
Ricos pendones de bordada tela
ondean , á cada uno precediendo ;
siguenlos los ministros del santuario,

que el dorado incensario
al compas de los himnos van moviendo :
el militar valiente ,
el juez severo humilla ante él su frente.

En recamada nube ,
el ancho disco por mitad cubierto
¿visteis nacer el sol , luces sembrando?
Ved , ved entre el angélico concierto
y el denso aroma que á las auras sube
cual el sol verdadero va asomando.
¡El Dios! ¡el Dios!... (1) ante su faz temblando
se anonada el Querub ; pero propicio
oculta el resplandor que nos matára
al verle cara á cara ,
y se acerca ofrecido en sacrificio.
Cantad el himno fausto
de su paterno amor y su holocausto,

(1) *Deus, ecce Deus. Virg.*

En tan solemne fiesta
hincada la rodilla ante su trono ,
salgan del corazon las alabanzas :
nuevos los metros sean , nuevo el tono ,
y las variadas voces de la orquesta
alternen con las célicas estanzas.
Cumplidas las antiguas esperanzas
en la noche que alegres recordamos ,
la antigua ley cesó desde el momento
en que se obró el portento
que por la Fe seguros confesamos :
cuando Jesus divino
echó su bendicion al pan y al vino.

Y á la grey estimada
que observándole absorta se mantiene
dice : «Mi cuerpo es este que se entrega.»
«Bebed tambien el cáliz que contiene
mi sangre por vosotros derramada
para remedio de la culpa ciega.»
Y antes de entrar en la letal refriega
dejó este sacrificio instituido
de solo los presbíteros al cargo ,

cuyo sublime encargo
 es tomarle con pecho compungido,
 y cual Jesus haciendo,
 entre el rebaño fiel irle partiendo.

Al combite inefable,
 que absorto el serafín tocára apenas,
 es llamado el mortal ¡dicha inaudita!
 ¡cómo del alma las potencias llenas
 cuanto mas asombrada lo admirable
 de este milagro del amor medita!
 El que en los chozos rústicos habita
 al sudor trabajoso condenado;
 el que morando lóbregos encierros
 jime al son de los hierros
 la rigurosa suerte de su estado;
 el enfermo doliente,
 participar de él pueden igualmente.

Que para todos vino
 desde el fulgente seno de su Padre
 al bajo mundo en humanal figura:
 para todos nació de intacta madre,

como al remedio del mortal convino,
 que en los esfuerzos de su amor procura;
 y eligiendo ingenioso otra clausura
 que de su esencia el resplandor mitigue
 en carne y sangre su palabra fuerte
 el vino y pan convierte:
 y quedar con el hombre así consigue.
 ¡Medio á la mente extraño!
 pero lo dijo un Dios, y no hay engaño.

Yerra la torpe vista,
 y el paladar y el tacto también yerra
 al gustar un manjar que no es terreno:
 ni en él el jugo de la vida se encierra,
 ni la sustancia de la rubia arista;
 sino el Verbo encarnado, de amor lleno.
 Letal tósigo al malo, maná al bueno,
 efectos siempre altísimos produce
 á medida de aquel que le recibe:
 el uno por él vive;
 al otro á su juicio le conduce.
 No llegues á su abismo,
 mortal, sin que te pruebes á ti mismo.

Ya llega el arca santa,
 del nuevo testamento rica prenda,
 sobre los hombros de levitas fieles.
 Teged guirnarlas en sencilla ofrenda
 al inmortal Jeová que se adelanta:
 dadme rosas, y lirios, y clabeles.
 Adornemos devotos los doseles
 donde descansa en regios pabellones,
 cual de Israel el pueblo presidiendo
 le vió muy mas tremendo
 recorrer el desierto sus mansiones;
 ó Dios de las batallas,
 caer en ruina á su vista las murallas.

Pero pues tan finita
 es á su loor la diligencia humana,
 acompáñenla aqui todos los seres.
 Ensalce la presencia soberana
 el noble coro que el Empireo habita,
 bebiendo en él angélicos placeres;
 e l sol en sus hermosos rosicleres,
 el astro de la noche delicioso,
 con el brillante séquito de estrellas:

las rápidas centellas
 que cruzan por el ámbito espacioso:
 de la noche los velos,
 y las aguas que estan sobre los cielos.

Que su gran poderio,
 como en sí propio el pan y vino muda,
 «existan» dijo, y existieron luego.
 Vióse entonces la esfera, antes desnuda,
 de orbes sin fin mostrar el atavio
 que van jirando en admirable juego.
 Tambien le alabe el devorante fuego,
 y la esponjada nieve, que á su mando
 en blanco copo al orbe se derrama:
 la borrasca que brama:
 y tú, tierra, que hoy pisa con pie blando,
 tu ventura conoce,
 y haz que cuanto sustentas se alboroce.

De los montes los ecos
 con el canto eucarístico resuenen,
 y de júbilo salten los collados.
 De espíritu pacífico se llenen

las fieras que se abrigan en sus huecos,
 y de nuevo verdor selvas y prados.
 Aves, plantas, insectos y ganados
 en vario acento la bondad alaben
 conque al hombre se acerca un Dios oculto:
 y en obsequio á su culto
 los varios seres que en las aguas caben,
 y sus ondas ligeras
 sonar hagan su nombre en las riberas.

No á su carroza uncidos,
 que no es cual los humanos vencedores
 que en el ageno mal hallan su gloria;
 mas si con grato pecho á sus favores,
 de las aureas coronas desceñidos,
 seguid, reyes su carro de victoria.
 Sacerdotes, cantad la dulce historia,
 y en voces mil los pueblos la repitan:
 el coro de las vírgenes la ensalce,
 y á quien mas la realce
 en cien himnos los jóvenes compitan;
 y el viejo vacilante
 con religiosa voz tambien la cante.

Levantad, madres tiernas,
 el dulce fruto á aquel cuyo cariño
 les prodigó caricias celestiales:
 vea al Dios de la patria el débil niño,
 y las gracias eternas
 su fe os merezca y risa angelicales.
 Calman sus iras los acerbos males
 al tránsito de Dios, y desde el lecho,
 al percibir la música sonora,
 el enfermo le implora,
 y siente alivio su angustiado pecho.
 le ve el triste y el pobre,
 y espera cada cual que su bien obre.

¡Oh mil veces sagrada
 hostia que del Empíreo abres la puerta,
 y templos de la vida los pesares!
 Si el débil estro en tu cancion no acierta,
 el alma te contempla prosternada
 cual tornas magestuosa á los altares.
 Nuestra fragilidad no desampares,
 pues eres de los flacos alimento:
 perdona los agravios del impio:

á los justos da brio :
 y la oliva feliz del vencimiento
 que á la virtud previenes ,
 ciña siglos eternos nuestras sienes.

FIN.

ÍNDICE.

ODAS BAQUICAS.

	<u>Pág.</u>
<i>A don Mariano de Eguía.</i>	9
<i>A Anacreonte.</i>	40
<i>De los viejos.</i>	11
<i>A Doris.</i>	12
<i>El valor.</i>	id.
<i>Del beber.</i>	15
<i>El sol y yo.</i>	14
<i>Poder de Baco.</i>	15
<i>A Rocio, por navidades.</i>	16
<i>A una ponchera.</i>	18
<i>A todas.</i>	19
<i>De las vides.</i>	21
<i>A Eguilio en sus dias.</i>	id.
<i>A los amigos.</i>	22
<i>La edad.</i>	23

SONETOS.

	<u>Págs.</u>
<i>La noche.</i>	25
<i>Los bienes rústicos.</i>	26
<i>De Valino.</i>	27
<i>La naturaleza.</i>	28
<i>El trueque.</i>	29
<i>A Tirsis.</i>	30
<i>A Ubalio.</i>	31
<i>La chozita.</i>	32
<i>La tarde.</i>	33
<i>La fuga del tiempo.</i>	34
<i>A las musas.</i>	35
<i>El arroyo.</i>	36
<i>A la lira.</i>	37
<i>En una ausencia.</i>	38

CANTINELAS.

<i>Mi gusto.</i>	39
<i>De mi niñez.</i>	42

Págs.

<i>A Lidia.</i>	44
<i>A un Gilguero.</i>	45
<i>El pago de Amor.</i>	46
<i>La ciudad y el campo.</i>	47
<i>Al mes de mayo.</i>	51
<i>A un pajarito.</i>	54
<i>El calidescopio.</i>	55
<i>Recuerdos.</i>	56
<i>La mirada.</i>	58
<i>La higuera.</i>	62
<i>La rosa.</i>	68
<i>A Glicera.</i>	74

ROMANCES.

<i>El solitario.</i>	72
<i>Mis cantos.</i>	75
<i>El pescador.</i>	77
<i>El desengaño.</i>	79
<i>Al Pisuerga.</i>	81
<i>La cartera.</i>	82
<i>La choza caída.</i>	86

	<u>Págs.</u>
<i>A una fuente.</i>	90
<i>A una señorita.</i>	91
<i>La queja.</i>	92

FABULAS.

<i>La abeja y la mariposa.</i>	96
<i>El ruiseñor.</i>	97
<i>El burro y la araña.</i>	98
<i>El marrano y la zorra.</i>	99
<i>La piedra y el cincel.</i>	100
<i>La obeja y la zorra.</i>	101
<i>El avaro.</i>	103

CUENTOS.

<i>El escribano enfermo.</i>	105
<i>El vano.</i>	107
<i>El inteligente.</i>	id.
<i>El rústico y su muger.</i>	108
<i>El jugador.</i>	109
<i>Epitafio á un ratero.</i>	110

PARTE SEGUNDA.

<i>De mi inclinacion.</i>	111
<i>A Ricio en un infortunio.</i>	114
<i>La noche de luna.</i>	115
<i>El estudio de la naturaleza.</i>	236
<i>Rodrigo en el Guadalete.</i>	151
<i>Una mañana de primavera en el Retiro.</i>	157
<i>Doña Blanca al rey don Pedro.</i>	198
<i>La sombra de Delio.</i>	217
<i>A don Mariano de Eguia.</i>	253
<i>A doña T. C. el Trovador.</i>	261

SONETOS DE CIRCUNSTANCIAS.

<i>En el enlace de SS. MM.</i>	270
<i>En los dias de la reina doña Maria Cristina.</i>	271
<i>Al cumpleaños de la infanta doña</i>	

VI

	<i>Págs.</i>
<i>Maria Luisa Fernanda.</i>	272
<i>A la reina doña Maria Cristina con motivo del cuadro pintado de su mano y regalado á la Academia de san Fernando.</i>	273
<i>En la jura de la serenísima infanta doña Maria Isabel Luisa por princesa heredera del reino.</i>	274
<i>Al retrato de doña Rosa de Tapia, celebrada por don Juan Melendez.</i>	275
<i>A la heroica defensa de Bilbao.</i>	276
<i>Al Nervion, con igual motivo.</i>	277
<i>En la translacion de los restos de don Pedro Calderon de la Barca.</i>	278
<i>Tello y Clara.</i>	279

PARTE SAGRADA.

<i>Himno á Dios.</i>	287
<i>El diade Corpus.</i>	294

ERRATAS.

<i>Página.</i>	<i>Linea.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
17	4	<i>fecundo</i>	facundo.
30	3	<i>campo de flores</i>	campo que de flores.
35	13	<i>debía</i>	desvia.
41	9	<i>gilgueros</i>	gilgueros.
57	1	<i>tempabla</i>	templaba.
110	9	<i>solamente en barajar.</i>	solamente en barajar...
111	12	<i>prepara</i>	declara.
124	8	<i>he</i>	ha.
133	16	<i>estancia</i>	estanza.
139	3	<i>lo</i>	los
140	3	<i>lúgubre</i>	lúgubres.
144	19	<i>matize</i>	matices.
147	13	<i>el aire</i>	al aire
164	2	<i>de Virgilio podsodrento</i>	del rival de Virgilio portentoso,

167	5	<i>ostentado</i>	ostentando
175	6	<i>retraba</i>	retrataba.
224	12	<i>que libran</i>	quelibressiem-
		<i>siempre de</i>	pre de te cre-
		<i>terrenos ma-</i>	nos males,
		<i>les,</i>	elevan hasta
			el alto firma-
			mento
id.	14	<i>segusca</i>	siguiera

